

EL AMIGO FRITZ

POR

ERCKMANN-CHATRIAN

(Continuacion.)

XIII.



Sabe Dios á qué hora se dormiría Fritz aquella noche ; pero muy entrada la mañana, Katel se asomó á su cuarto y vió las persianas cerradas todavía.

—¿Eres tú, Katel? dijo estirando los brazos ; ¿qué sucede?

—El compadre Christel que viene á veros, señor ; hace más de media hora que está esperando.

—¡Ah, el compadre Christel está ahí! díle que éntre ; entrad, señor Christel ; Katel, abre las persianas. ¡Hola! buenos dias, buenos dias, compadre Christel ; vaya, vaya, ¿V. por aquí?... le decía apretando las dos manos del viejo anabaptista, que se mantenía de pié al lado de la cama.

Y Kobus le miraba con la alegría pintada en su fisonomía ; Christel estaba admirado de un recibimiento tan entusiasta.

—Sí, Sr. Kobus, respondió sonriéndose ; acabo de llegar de la quinta para traeros un cesto de cerezas... ¿Sabeis? cerezas de campo, del cerezo que plantásteis vos mismo detras del establo hace doce años...

Fritz reparó entónces en un canastillo de cerezas que había sobre la mesa ; estaban arregladas con mucho cuidado sobre hojas de fresal que pendían alrededor ; estaban tan frescas, tan apetitosas y tan bellas, que le embelesaron.

—¡Ah! ¡qué buenas son, qué hermosas! ¡Sí, me gustan mucho las

cerezas! exclamó. Gracias, por haberos acordado de mí, compadre Christel.

—Ha sido Suzel la que se acordó; no tenía un momento de sosiego; todos los días iba á ver el cerezo y me decía: «¿Cuándo vais á Hunennbourg, padre? Las cerezas ya están maduras, y ya sabéis que al Sr. Kobus le gustan mucho.» Por fin, ayer noche le dije: «Mañana voy»; y al amanecer hoy tomó la escalera y fué ella misma á cogerlas.

Fritz oía con atención esta relación, y cada palabra de Christel parecía una gota de bálsamo que se extendía por su cuerpo, produciéndole un bienestar indescriptible. Hubiera querido abrazar y besar al pobre hombre, pero se contuvo y dijo:

—Katel, tráeme esas cerezas, que quiero probarlas.

Y Katel se las entregó: las contempló primero; le parecía estar viendo á Suzel cómo extendía las hojas en el fondo y colocaba las cerezas sobre ellas: esto le causaba una satisfacción interior y le enternecía de un modo increíble.

Por fin las probó, saboreándolas y tragándose hasta los huesos.

—¡Qué frescas son! decía; ¡qué aroma tan delicioso tienen estas cerezas acabadas de coger! no se encuentran así en el mercado; están todavía cubiertas de rocío, y conservan su aroma, toda su fuerza y toda su vida.

—¿Os gustan mucho las cerezas? le interrogaba.

—Sí, me muero por ellas. Pero sentaos, no esteis de pié.

Colocó la cesta en la cama, y durante la conversación, tomaba de vez en cuando una cereza, con un placer indescriptible.

—¿De modo, compadre Christel, decía, que todos están buenos por allá? ¿Y la buena Orchel?

—Muy bien, Sr. Kobus.

—Y Suzel, ¿cómo está?

—Gracias á Dios todos están bien; Suzel andaba tristona hace algunos días; creí que estuviera enferma, pero debe ser la edad lo que la tiene así; las muchachas se ponen algo melancólicas á esta edad.

Fritz se puso encarnado al recordar la escena del clavicordio, y tosiendo, respondió:

—Es verdad... sí... sí... Oye, Katel, guarda estas cerezas en la alacena, si no me las voy á comer todas ántes de la comida. Perdonad, padre Christel, voy á vestirme.

—¡Con toda franqueza, Sr. Kobus, que yo no le sirva de estorbo!

Y al vestirse, Fritz le preguntó:

—Supongo que no habreis venido de Meishental sólo para traer las cerezas.

—¡No, señor! Tengo otros asuntos en la ciudad. Recordareis que cuando estuvísteis la última vez en la quinta, os enseñé dos bueyes que estaba cebando. Schmoule los compró á los pocos días de vuestra

salida, y convinimos en el precio de 350 florines. Debía ir por ellos el 1.º de Junio y pagarme un florin más por cada día que se atrasara. Pero ya hace tres semanas de esto, y los animales están todavía en el establo. Suzel le advirtió que fuera por ellos, que estaban estorbando; y como no contestaba nada, lo cité ante el juez de paz. No ha negado la compra de los bueyes, pero dice que no hemos convenido nada respecto del pago, ni de abono ninguno por el retraso en sacarlos; y como el juez no tenía pruebas, ha exigido el juramento á Schmoule, y debe prestarlo hoy á las diez, ante el viejo rebbe David Sichel, á la usanza especial que los judíos tienen de jurar.

—¡Bien! dijo Kobus, que acababa de ponerse el gaban, descolgando el sombrero; ya son cerca de las diez, yo os acompaño á casa de David, y en seguida nos vendremos á comer; ¿comereis conmigo?

—¡Gracias, Sr. Kobus! pero tengo los caballos en la posada del Beuf-rouge.

—Vaya, vaya, comereis conmigo. Katel, prepara una buena comida. ¡Qué contento estoy de teneros aquí!

Y salieron.

Por el camino, Fritz decía para sí:

—Es admirable, que al mismo tiempo que yo soñaba esta mañana con Suzel, haya venido su padre á traerme cerezas cogidas por ella para mí; ¡esto es maravilloso, maravilloso!

Y se marcaba en su fisonomía la alegría interior, reconociendo en estas cosas el dedo de la Providencia.

Algunos instantes despues, llegaron al patio de la Sinagoga. El mendigo Frantzoze estaba en su sitio, con la gamella de madera sobre las rodillas. Kobus, en su transporte de alegría, le dió un florin, y el padre Christel dijo por lo bajo: ¡qué bueno y qué generoso es!

Frantzoze le miró sorprendido; pero él no le miraba, marchaba con la cabeza erguida y risueño, abandonándose á la felicidad de tener á su lado al padre de Suzel; parecía que respiraba el ambiente de Meishental, entre aquellos edificios altos y sombríos.

Como los hombres tienen siempre extravagancias, Kobus tenía la de reconocer ahora en el pobre anabaptista, que ántes creía solamente un honrado labrador, altas cualidades, talento, gracia, casi lo quería ya; había tomado muy á pecho su causa y se indignaba contra Schmoule.

El viejo rebbe David, asomado á la ventana, esperaba ya á Christel, Schmoule y el escribano del juzgado. Al ver á Kobus se alegró sobremanera.

—¡Hola! ya estás aquí, schande, exclamó desde léjos; hace ya ocho días que no te veo.

—Sí, David, aquí estoy—dijo Fritz, parándose á la ventana,—y aquí te traigo á mi arrendatario Christel, que es un hombre honrado á carta cabal, incapaz de decir una cosa por otra... Respondo de él como de mí mismo.

—Está bien, está bien, respondió David; lo conozco hace mucho tiempo. Entrad, entrad, que ya no pueden tardar los otros en venir; están dando las diez.

El viejo David llevaba su gran gaban color de castaña, reluciente por los codos, un casquete de terciopelo negro puesto en la coronilla, dejando ver su gran calva y algunos cabellos grises que salían enmarañados por debajo. Su cara enjuta y pálida, tenía un aspecto melancólico, como en el día del Kipour (1).

—¿No te vas á vestir? le preguntó Fritz.

—Nó; es inutil, sentaos.

Y se sentaron.

La buena Sourlé miró por la puerta de la cocina entreabierta y dijo:

—Buenos dias, Sr. Kobus.

—Buenos dias, Sourlé, buenos dias. ¿No viene V. por aquí?

—Ahora mismo, replicó, ahora voy.

—Excuso decirte, David, que estoy convencido de que la razon está toda de parte de Christel, y que me atrevo á responder con mi cabeza.

—¡Bueno! todo lo sé, dijo el viejo rebbe, y sé tambien que Schmoule es de lo fino, muy fino, demasiado quizás. Pero dejemos este asunto; hace tres dias he recibido la orden y estoy reflexionando sobre el asunto y... ¡vaya, ya está aquí!

Se divisaba á Schmoule, hombre de gran nariz en forma de pico de loro y pelo de un rojo fuerte; llevaba la blusita amarrada á la cintura con una cuerda, y una gorra aplastada sobre los ojos; marchaba con aire distraido. Detras venía el secretario Schuvan con su sombrero de tubo de chimenea puesto de pié sobre la cabeza y el protocolo debajo del brazo. Al cabo de un minuto entraron en la sala. David les dijo con aire grave:

—Sentaos, señores.

Despues fué él mismo á abrir la puerta que Schuvan había cerrado por olvido diciendo:

—Los juramentos deben ser públicos.

Tomó de un armario una gran Biblia, de cubiertas de madera, las letras rojas y las hojas usadas por el pulgar. La abrió sobre la mesa y se sentó en un gran sillón de cuero. Tenía entónces en su persona algo de grave y de contemplativo. Los demas esperaban. Mientras él hojeaba el libro, Sourlé entró y se puso de pié detras del sillón. Uno ó dos de los que pasaban se pararon en la escalera de los judíos, mirando con aire de curiosidad.

Despues de algunos minutos de silencio, durante los cuales pudieron todos reflexionar, David levantando la cabeza y poniendo la mano sobre el libro, dijo:

(1) Día de ayuno y expiacion entre los judíos.

—El señor juez de paz de Richter ha requerido el juramento á Isaac Schmoule, carnicero de oficio, sobre este punto : la verdad que han convenido entre Isaac Schmoule y Hans Christel, en que iría aquél á los ocho dias á recoger un par de bueyes, comprados el 22 de Mayo último, y que en caso de faltar abonaría á Christel un florin por cada dia de retraso, como indemnizacion del gasto de manutencion de los animales; ¿es cierto?

—Cierto, dijeron á la par Schmoule y el anabaptista.

—Sólo se trata, pues, de saber si Schmoule consiente en prestar juramento de su dicho.

—Para eso he venido solamente; estoy pronto, dijo Schmoule tranquilamente.

—Un momento, dijo el viejo rebbe, esperad un momento! repitió levantando la mano ; mi deber ántes de recibir un juramento, ántes de cumplir un acto tan solemne, uno de los más santos y sagrados de nuestra religion, es recordar á Schmoule su importancia.

Y se puso á leer en alta voz con tono grave :

«No invocarás en vano el nombre del Eterno, de tu Dios. No levantarás falsos testimonios.»

Más adelante leyó con el mismo tono sentencioso :

«Cuando se trate de algo dudoso, referente á un buey, á un asno ó algún animal pequeño ó tratándose de un traje ó cosa análoga, la cuestion la decidirá un juez, y el fallo del Eterno intervendrá entre las dos partes.»

Schmoule, en este instante quiso hablar, pero David le hizo seña por segunda vez de que guardara silencio y dijo :

«No invocarás en vano el nombre del Eterno, de tu Dios. No levantarás falsos testimonios.» Hé aquí dos mandamientos de la ley de Dios, oídos entre truenos y relámpagos por todo el pueblo de Israel que atemorizado se mantenía á larga distancia en el desierto de Sinaí.

« Si desobedeceis la voz del Eterno vuestro Dios, y no practicais lo que os prescribo en este dia, los cielos que os cobijan se convertirán en bronce, y la tierra que os sostiene será de hierro.»

» El Eterno os dará en vez de lluvias polvo y cenizas; os castigará á vosotros y las generaciones sucesivas con plagas horribles, grandes y duraderas, con enfermedades largas y malignas.

» Los extranjeros subirán á una altura muy considerable sobre vosotros, os prestarán dinero sin que vosotros podais prestarles nunca á ellos.

» El Eterno os enviará la maldicion y la ruina para todas vuestras empresas hasta destruiros; vuestras hijas é hijos serán entregados á los extraños, los estareis viendo y no tendreis fuerza para librarlos.

» Vuestra vida estará pendiente de un hilo á vuestros ojos, y os causará espanto dia y noche. Al levantarte exclamarás: «¿si llegaré

» á la noche?» y al acostaros direis: «¿quién me asegura que he de ver amanecer?»

» Y todas estas maldiciones os perseguirán y caerán sobre vosotros hasta exterminaros, por haber desobedecido la voz del Eterno vuestro Dios, que os manda guardar sus mandamientos y los estatutos que os ha dado.»

—Así dicen las palabras del Eterno, dijo David levantando la cabeza.

Y miraba á Schmoule, que con los ojos fijos en la Biblia parecía ensimismarse profundamente.

—Ahora, Schmoule, prosiguió, vas á prestar juramento sobre este libro, en presencia del Eterno que te escucha; vas á jurar, que no ha existido convenio entre Christel y tú, que no habeis convenido en plazo ninguno, ni tratado sobre el retraso en recoger los bueyes, ni sobre el pago de la manutencion de aquéllos, pero guárdate mucho de recordar resentimientos antiguos para justificar tu juramento: guárdate, por ejemplo, de decir para tí: «Este Christel me ha causado pérdidas, me ha impedido ganar en tal circunstancia,» ó bien: «Hizo daño á mi padre, á mis bienes, y de este modo me reintegro de lo que legítimamente me hubiera correspondido:»—ni siquiera puedes decir: «Las palabras con que hice el convenio, tenían doble sentido, yo las traduzco, como me convienen, ó no eran bastante claras y las niego.»—Tampoco hagas un argumento semejante á éste: «Christel me quiere llevar muy caro; sus reses valen ménos que lo convenido, y de este modo queda en el justo precio y en la verdadera justicia que quiere que el objeto y el precio estén nivelados como los dos platillos de una balanza:»—ni siquiera lo de «hoy no tengo toda la cantidad necesaria, cuando la tenga la entregaré,» ó cualquier otro pensamiento análogo.

Nó, todos estos subterfugios no se escapan á la mirada del Eterno; no es con estas reservas ni otras análogas como debes jurar; no debes asegurar, segun tu pensamiento, que puede el interés inclinarlo al mal, *debes arreglarte al mio*, ceñirte á él sin quitar ni añadir una sola palabra, sin tretas ni reservas mentales.

—De modo que yo, David Sichel, pregunto clara y terminantemente: ¿Schmoule ha prometido á Christel abonarle un florin por la manutencion de los dos bueyes que ha comprado, en cada dia que pase de los 8 siguientes á cerrar el contrato? Si no lo ha prometido, que ponga la mano sobre este libro de la ley, y diga: «¡Juro que nó! ¡no he prometido nada!» Schmoule, aproxímate, extiende la mano, y jura.

Pero Schmoule, levantando la vista, dijo:

—Treinta florines no son una suma suficiente para prestar ese juramento.

Puesto que Christel está seguro de que yo lo he prometido, yo, que no lo recuerdo, lo pagaré, y espero que no reñiremos por esto. Ya ganaré esto en otra ocasion, porque las reses valen realmente

muy caras. En fin, los tratos son tratos y Schmoule no juraría ni por una cantidad diez veces mayor, á no estar completamente seguro.»

Entónces David lanzó sobre Kobus una mirada suspicaz, y dijo: —Haces bien, Schmoule; en la duda más vale no jurar.

El escribano había anotado la negativa de jurar; se levantó, saludó á los concurrentes y salió con Schmoule, que, en el umbral, se volvió, y dijo bruscamente:

—Mañana, á las ocho de la mañana, vendré á buscar los bueyes y traeré el dinero.

—Está bien, respondió Christel inclinando la cabeza.

Cuando se quedaron solos, el viejo rebbe dijo sonriendo:

—Schmoule es largo; pero nuestros antiguos talmudistas eran aún más largos que él.

Ya sabía yo que se arrepentiría y por eso no he creído necesario vestirme.

—Sí! exclamó Fritz, sí; ya veo que hasta en tu religion hay cosas buenas.

—Calla, *epicaurus*, respondió David, cerrando la puerta y llevando la Biblia otra vez al armario. Sin nosotros, seríais todos paganos; á nosotros debeis el pensar hace dos mil años; no habeis inventado nada, no habeis hecho un solo descubrimiento. Reflexiona un poco sobre lo que os habeis dividido y combatido en estos dos mil años, cuántas y qué variadas sectas y religiones habeis formado; nosotros nos conservamos los mismos desde Moisés; somos los hijos del Eterno; á vosotros os han formado el tiempo y el orgullo; con el menor interes cambiáis de opinion, mientras que á nosotros, pobres miserables, no nos han podido hacer abandonar una sola de nuestras leyes todo el universo reunido.

—Estas palabras me demuestran el orgullo de tu raza, contestó Fritz; hasta ahora, te había creído un hombre modesto en tus pensamientos; pero hoy me he convencido que respiras orgullo por todos los poros.

—¿Y por qué había yo de ser modesto? exclamó David en un tono gangoso: Cuando nos eligió el Eterno, ¿no sería porque valíamos más que los demas?

—¡Cállate! interrumpió Kobus; me asombra tu vanidad y acabaría por incomodarme.

—Incomódate cuanto quieras, dijo el viejo rebbe; yo no me he de oponer.

—Nó; prefiero que dentro de una hora vengas á tomar café conmigo; hablaremos, nos reiremos y despues tomaremos un vaso de cerveza: ¿te conviene esto?

—Sea, respondió David; consiento; siempre gana algo el cardo al lado de la rosa.

Kobus iba á contestar: « ¡ Decididamente no puedo aguantar ya más ! » pero se repuso y dijo con mucha dulzura:

—¡Seré yo la rosa!

Y los tres no pudieron contener la risa á esta buena ocurrencia.

Christel y Fritz salieron del brazo, diciendo entre sí:

—Qué ladino es este David, siempre tiene algun proverbio antiguo, adecuado á las circunstancias, para animar la conversacion. Es todo un buen hombre.

Todo sucedió como lo habian pensado; Christel y Kobus comieron juntos; David fué á los postres y tomó café y despues se fueron juntos á la cervecería del Grand-Cerf.

Fritz iba radiante de alegría, no solamente porque marchaba entre su antiguo amigo David y el padre de Suzel, sino porque se le había subido á la cabeza una botella de Steinberg que había caido sobre el Burdeos y el Kirschenwaser. Veia todo lo del mundo de color de rosa. Su cara estaba roja hasta el púrpura, y los labios los tenía contraídos por una sonrisa de felicidad y alegría. Así es que al aparecer de esta manera en la puerta del Grand-Cerf, se le recibió con un entusiasmo extraordinario. Por todas partes se oía:

—¡Ya llegó! ¡Ya está aquí el mejor bebedor de la cervecería! ¡ya está ahí Kobus!

Y él repetía riendose:

—¡Sí, ya llegó, ya está aquí! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

Entraba por entre los bancos dando apretones de manos á todos los compañeros.

Durante los ocho dias que acababan de transcurrir, se preguntaban todos:

—¿Dónde estará? ¿cuando volverá por aquí?

Y el viejo Krantheimer se desesperaba porque todos encontraban que había empeorado la cerveza.

Por fin, se sentó en medio del júbilo universal y sentó á su derecha al compadre Christel; David se fué á hablar con Federico Schoultz, el bueno de Haan, Speck y cinco ó seis más que jugaban una partida de rams á dos kreutzers el tanto.

Les sirvieron la célebre cerveza de Marzo, que se sube á las narices como el vino de Champagne, y se pusieron á beberla.

Enfrente de la cervecería de las Deux-clefs, los húsares de Federico Wilhelm bebían la cerveza á cántaros; continuamente se oían los taponazos como tiros; se saludaban de un lado á otro de la calle, porque la clase media en Hunennburgo se lleva siempre bien con los militares, aunque hacen rancho aparte y no les permiten entrar en sus familias, lo cual que consideran siempre peligroso.

A cada instante se despedía Christel, diciendo:

—Me voy porque se me hace tarde, Sr. Kobus; perdone V., pero ya hace dos horas que debería estar en la quinta.

—¡Bah! exclamaba Fritz, poniéndole la mano en el hombro; esto no sucede todos los dias, y es necesario de cuando en cuando esparcir el ánimo. ¡Vamos, tomad una copita más!

Y el viejo anabaptista, que ya iba estando alumbrado, se volvía á sentar pensando : «ya van seis con esta. Mucho me temo no poder irme por mi pié.» Despues añadía :

—Pero, Sr. Kobus, ¿qué va á decir mi mujer si me ve entrar un poco trastornado? ¡Será la primera vez que me vea en ese estado!

—¡Vaya! ¡vaya! al aire libre todo se disipa, y en último caso no teneis sino decir : Kobus tiene la culpa, y ya saldrá Suzel á vuestra defensa.

—Eso es cierto, gritaba Christel, riéndose; es verdad ; ¡cuanto dice y hace el Sr. Kobus está bien hecho! ¡Venga, pues, otra copa!

Y le traían una copa que vaciaba, y despues otra y otra.

Pero al sonar las tres de la tarde en San Silvestre, y cuando estaban más descuidados, vieron un regimiento de chiquillos que volvía la esquina de la posada de la Cigüeña, corriendo hácia la puerta de Landau ; divisaron despues unos soldados que llevaban á un camarada en una camilla, y seguidos de otro tropel de chiquillos ; á lo lójos se oía el acompasado ruido de las pisadas.

Todo el mundo se asomaba á las ventanas ó salía de las casas para ver lo que sucedía. Los soldados subían por la calle de la Forja, hácia el hospital, y tenían que pasar forzosamente por delante de la cervecería del Grand-Cerf.

Todos abandonaron las mesas para ponerse de pié sobre los bancos ; Haan, Schoultz, David, Kobus, los mozos, Krantheimer ; en fin, todos los asistentes, y algunos más que entraron no se oía sino decir en voz baja : ¡Ha sido un duelo! ¡Un desafío!

Y la camilla avanzaba lentamente, llevada por dos hombres ; era una angarilla de las que usan para sacar el estiercol de las cuadras en los cuarteles de caballería ; el soldado acostado sobre ella con las piernas y los brazos caidos y la cabeza de costado y la cara pálida en extremo, llevaba los ojos cerrados, la boca entreabierta y la pechera llena de sangre. Le seguían los padrinos, que lo eran un húsar, veterano, moreno, de grandes bigotes y ojo penetrante, que llevaba con completa tranquilidad el sable del herido debajo del brazo y la bandolera al hombro, y un jóvencito rubio con chacó, que parecía muy abatido : detras venían dos sargentos, que parecían muy enfadados, al ver el gentío que les seguía. Algunos húsares al pasar por delante de la cervecería de las *Dos llaves* increpaban al viejo que llevaba el sable, diciéndole : ¡Rapel! oiga ¡Rapel! pero él no respondía ni volvía la cabeza.

Al pasar los dos últimos, Federico Schoultz, en su calidad de sargento de la Lanwer, les increpó diciendo :

—¡Hola! ¡Compañeros!... ¡Compañeros!

Uno de ellos se paró.

—¿Qué sucede, compañero?

—Nada, veterano ; es un sablazo á la salud de Gredel, la cocinera del Beuf-rouge.

—¡Ah!

—¡Sí! Una estocada á fondo, sin quite; llegó tarde la parada.

—¿Y dónde le dió?

—A dos líneas debajo de la tetilla derecha.

Schoultz alargó el labio; parecía orgulloso de que le contestasen. Todo el mundo se agrupó en torno suyo para oír la conversacion.

—¡Mala herida! replicó; he visto algunas en la campaña francesa.

Pero el húsar reparó que sus compañeros volvían la esquina del callejon del hospital, y, llevando la mano á la oreja, dijo:

—Con permiso.

Se incorporó á los suyos, y Schoultz dirigió una mirada de satisfaccion á los circunstantes y se sentó, diciendo:

—Gajes del oficio: los soldados tienen que arreglar sus cuentas á sablazos; en cambio, los paisanos pueden hacerlo á puñetazos.

Lo decía en un tono tal, que parecía significar: «Esto era para mí cuestion corriente; más de cien veces lo tuve que hacer.»

Más de uno le admiraban.

Pero la mayoría, que era gente razonable y pacífica, murmuraba entre sí:

—¿Es posible que se maten los hombres por una cocinera? Eso repugna á la naturaleza misma. Debería expulsarse á esa Gredel por las funestas pasiones que sabe despertar en los húsares.

Fritz estaba callado, parecía meditar y sus ojos brillaban con un reflejo singular. Pero el viejo rebbe se puso á su vez á hacer las siguientes consideraciones:

—Parece mentira que dos séres criados por Dios se sacrifiquen de este modo por nada.

—¿A qué llamas nada, David? dijo Fritz con voz sonora. ¿No ha sido el amor quien ha inspirado las más bellas acciones y los pensamientos más elevados? ¿No personifica el soplo del Eterno? ¿No es el principio de la vida, del entusiasmo, del valor y del desinterés? Quitá al hombre el amor ¡que le queda! el egoismo, la ambicion, la embriaguez, el hastío y los más miserables instintos! ¿qué puede hacer bueno ni grande? nada; sólo pensará en llenarse la panza.

Todos los asistentes volvieron la cabeza aturdidos de su entusiasmo; Haan le miraba admirado por encima del hombre de Schoultz que por su parte alargaba el pescuezo para cerciorarse de que era Kobus el que hablaba, porque dudaba de lo que oía:

Pero Fritz sin preocuparse de nada de esto continuaba:

—Dime, David, decía arrimándose cada vez más; cuando el poeta de los poetas, el gran Homero, nos pinta centenares de héroes de la Grecia, que van en barquichuelos á buscar una mujer que se ha escapado de su casa, que atraviesan los mares y no terminan hasta volverla á ver ¿crees que inventa todo eso? ¿Crees que lo que pinta no es la realidad? Y á qué debe su celebridad sino á haber pintado la cosa más sublime, la más grande que hay en el cielo ¡el amor! Y ¿por qué

se llama al canto de Salomon, el cántico de los cánticos, sino porque canta un amor más grande, más noble y más profundo que todo lo demás que encierra el corazón del hombre? Cuando dice en el cántico de los cánticos: «Querida mía, eres bella como la bóveda celeste, agradable como Jerusalem, temible como los ejércitos marchando á tambor batiente y bandera desplegada.» ¿No quiere significar con esto, que no hay nada tan bello, tan dulce y tan invencible como el amor? y desde Jesucristo, ¿no se ha convertido por el amor á los pueblos más bárbaros? ¿no se ha convertido por el amor, con una simple cinta color de rosa, un salvaje en caballero?

Si en nuestros tiempos se ha empequeñecido todo y son menos notables y grandes las acciones, ¿no será porque se desconoce el verdadero amor y los hombres se casan por conveniencia? Pues bien, David, óyeme; yo digo y sostengo, que el amor verdadero, el amor puro, es lo único que cambia el corazón del hombre, lo que lo eleva, y que solamente por él puede un hombre sacrificar su vida. Creo que esos hombres han hecho muy bien en batirse puesto que ninguno podía renunciar á su amor, sin reconocerse él mismo indigno de él.

—¿Cómo diablos puedes hablar tú de eso? interrogó Haan; tú no has estado nunca enamorado; razones, pues, sobre estas cosas, como podría hacerlo un ciego hablando de los colores.

Fritz, al verse increpar de este modo quedó confuso; miró fijamente á Haan, como si tratara de contestarle, balbuceó algunas palabras y vació su copa de cerveza.

Esto causó una hilaridad general. Pero Kobus, levantando de repente la cabeza cuyos cabellos se erizaban como si tuvieran vida, respondió:

—Cierto que nunca he estado enamorado. Pero si hubiera tenido esa dicha, ántes que renunciar á mi amada, hubiera descuartizado á un rival ó me hubiera dejado matar por él.

—¡Vamos! ¡vamos! decía Haan en tono un tanto zumbón, dando capirotazos á las cartas. ¡Vamos, Kobus, que ya hubieras sido un poco menos feroz!

—¡Menos feroz! decía con las manos crispadas; pues bien; ya ves si yo te quiero y somos antiguos amigos, ¡y si yo estuviera enamorado y creyera que solamente en tu imaginación pudieras amar á mi elegida... sería capaz de estrangularte!

Y hablando de este modo, tenía los ojos inyectados y se le veía en su fisonomía que no bromeaba; nadie se reía.

—Querría, añadió, que en todo el pueblo y en cien leguas á la redonda respetasen á mi amada, aunque fuera de clase y condición inferior á la mía, y no me igualase tampoco en bienes de fortuna; el menor desprecio que se le hiciera sería causa de una terrible batalla conmigo.

—Dios nos libre, dijo Haan; de que te enamores, porque si no

han muerto todos los húsares de Federico Wilhelm, más de uno corre peligro si tu amada es bonita.

Los párpados de Fritz le temblaban por un movimiento nervioso.

—¿Es posible? replicó sentándose, porque se había incorporado. Yo me alegraría; ¡sería para mí una gloria batirme por una criatura tan bella! ¿No es verdad, Sr. Christel?

—Justamente, Sr. Kobus, replicó el anabaptista un poco ébrio; á pesar de que nuestra religion es una religion de paz, hay ocasiones... Cuando yo hacía el amor á Orchel, hubiera sido capaz de batirme hasta con mi hermano para conseguirla. Felizmente no fué preciso, y me congratulo por ello, porque de este modo tengo la conciencia más tranquila.

Fritz observó que todo el mundo le miraba y comprendió la imprudencia que había cometido. El viejo David, sobre todo, no le quitaba la vista de encima y parecía como que quería leer en el fondo de su alma. Algunos momentos despues el compadre Christel exclamó por vigésima vez:

—Pero Sr. Kobus, se hace muy tarde, y Orchel y Suzel me estarán aguardando con ansiedad.

—Sí, le contestó; ya es tiempo, voy á acompañarte al coche.

Tomaba este pretexto para retirarse.

El anabaptista se levantó diciendo:

—Si no quereis molestaros en venir, creo que atinaré solo con la posada.

—Nó; quiero acompañaros.

Salieron de los bancos y atravesaron juntos la plaza. El viejo David salió casi detras de ellos. Fritz encaminó á Christel, y se retiró prudentemente á su casa.

En este dia notó Sourlé con extrañeza que el viejo rebbe murmuraba palabras confusas al acostarse.

—¿Qué tienes, David? le preguntó. Te estoy oyendo murmurar desde que concluimos de cenar.

—Nada... nada... contestó destapándose; que estoy soñando con estas palabras del profeta: «Tenía celos de Eva, tenía grandes celos,» y en estas otras: «En este tiempo sucedieron cosas extraordinarias; grandes y felices nuevas.»

—Con tal que pensara en nosotros al decir eso, replicó Sourlé.

—¡Amen! dijo el viejo rebbe; todo llega cuando se sabe esperar. ¡Durmamos en paz!

XIV.

Kobus debió arrepentirse al dia siguiente de su imprudente peroracion en la cervecería del Gran Cerf; debía estar desesperado, porque pocos dias ántes, habiendo notado que el vino le soltaba la lengua y que hacía traicion á los pensamientos más recónditos de su

alma, decía para sí: La viña es una planta de Gomorra; sus cepas están llenas de hiel y sus granos son amargos; no bebas más el jugo de la vid.

Estos eran sus propósitos, pero Dios, que dispone del corazón humano como mejor le place, vuelve lo de arriba abajo. Por eso Fritz, al despertarse, ni siquiera pensó en lo que había pasado en la cervecería.

Su primer pensamiento fué que Suzel le agradaba; se puso en contemplación, y creía oír su voz, ver su sonrisa.

Recordó á la niña pobre de Widland, y se aplaudió el haberla socorrido, por su semejanza con Suzel, la hija del anabaptista; recordó también el canto de Suzel en medio de los segadores y segadoras, y aquella voz dulce que se elevaba como un suspiro en medio de la noche, le pareció ser la de un ángel del cielo.

Cuanto había sucedido desde que empezó la primavera, lo recordó en aquel momento como en un sueño; vió á Suzel aparecer en medio de sus amigos Haan, Schoultz, David y Josef, sencilla, modesta, y con los ojos bajos, para dar mayor realce al final del festin; la recordó en la quinta, con su faldita de lana azul, lavando la ropa de la familia, y después, sentada á su lado, mientras él cantaba y el clavicordio acompañaba con tono ronco, como una carraca, el antiguo aire de

Rosita

La más bonita, etc.

Y en medio de todos estos pensamientos, se despertaba un deseo, un gran deseo; el de ver á Suzel.

—Me voy á Meishental, decía; sí, saldré después de almorzar... ¡Es preciso que yo la vuelva á ver!

De este modo se cumplían las palabras que el viejo David decía á su mujer: «¡En estos tiempos sucederán cosas extraordinarias!»

Estas palabras se referían al cambio de Kobus, y demostraban también la gran perspicacia del viejo rabino.

Al levantarse Fritz, y mientras se ponía las medias, recordó que el compadre Christel le había dicho la víspera que Suzel iría á la fiesta de Bischem para ayudar á su abuela á hacer la tarta. Abrió, pues, extraordinariamente los ojos, y dijo para sí al cabo de un instante:

—Suzel debe haber salido ya, porque la fiesta de Bischem es mañana domingo, día de San Pedro.

Quedó, pues, muy pensativo.

Katel vino á servirle el almuerzo, que tomó con buen apetito, y en seguida se caló el sombrero y salió á la plaza á pasearse como de costumbre con Haan y Schoultz, que solían venir todos los días entre nueve y diez. Pero se vió muy contrariado, porque faltaron en este

dia, y él quería arrastrarlos á que le acompañaran á la fiesta de Bischem.

—Si voy sólo, pensaba, despues de lo que dije el otro dia en la vecería, voy á infundir sospechas; ¡las gentes son tan maliciosas, y sobre todo las viejas, que siempre se están ocupando de lo que no les importa! Necesito llevarme dos ó tres compañeros para que aparezca como un viaje de recreo y que vamos á comernos un pastel de ternera y á beber una botella de vino blanco para romper la monotonía de la existencia.

Subió, pues, los parapetos y dió una vuelta á la ciudad á ver si encontraba á Haan y Schoultz; pero no los vió por las calles y supuso que deberían encontrarse jugando alguna partida de bolos en el *Pannier Fleuri*, casa del compadre Baumgarten, á orillas del Losser.

Con esta idea, avanzó Fritz hasta la puerta de Hildebrandt, y mirando hácia la exclusiva, vió á medio tiro de cañon algunas figuras extrañas entre los sáuces.

Bajó el talud muy gozoso, y emprendió la marcha por el sendero del rio. Al cabo de un cuarto de hora oía distintamente las risotadas de Haan y la voz fuerte de Schoultz que gritaba: ¡Dios! ¡qué mala suerte!

Y asomándose un poco, descubrió delante de la casita, cuyo tejado descendía hasta dos ó tres piés del huerto, y que tenía la fachada tapizada por un emparrado, á sus dos compañeros en mangas de camisa, con las ropas tiradas por la hierba, y á otros dos, el secretario de la alcaldía y el profesor Speck; el primero, el Sr. Hitzig, que había colgado su peluca del baston y lo había clavado en tierra. Los cuatro se disponían á derribar los bolos que se encontraban al fin de la pared de la casa. El gran Haan estaba en lo firme, con la bola bajo la nariz, la cara morada, los ojos entornados, los labios apretados, y los cuatro pelos que le quedaban derechos como látigos, dirigía sus visuales. Schoultz y el buen secretario miraban medio encorvados, bajando los hombros y balanceándose con las manos atras; el muchacho Sepel Baumgarten levantaba en el otro extremo los bolos.

Por fin Haan, despues de un rato de calcularlo bien, dejó caer los brazos en semicírculo, y la bola partió describiendo una curva imponente.

Al instante se oyó una algazara en que decían: ¡cinco! y se vió á Schoultz bajarse á recoger una bola, mientras que el profesor hablaba con Haan levantando el dedo, sin duda para enseñarle que había cometido una falta en el juego. Pero Haan no le escuchaba y miraba á los bolos; luégo se sentó en el extremo de un banco, bajo el transparente follaje, y llenó su vaso con seriedad.

Esta escena campestre reanimó á Fritz.

—¡Qué contentos están! Me alegro, porque presentándoles la proposicion con diplomacia accederán en seguida.

El gran Federico Schoultz, despues de balancear la bola, acababa de arrojarla; rodaba con la rapidez de la liebre que sale de un matarral. Schoultz, con los brazos por el aire, gritaba: ¡Der Konig, der konig (1)! Cuando Fritz, colocado detras de él soltó una carcajada, diciendo:

—¡Bravo! ¡Buen golpe! Acércate, que voy á coronarte.

Los demas se volvieron entónces y exclamaron:

—¡Kobus! bien venido... ¡Cómo nos alegramos de ver por fin que viene aquí alguna vez!

—Kobus, vas á entrar en el partido; hemos encargado un buen almuerzo, y es preciso que tú lo pagues.

—¡Bueno! dijo Fritz, riéndose; me alegraré mucho; no tengo hoy gran fuerza, pero, sin embargo, trataré de ganaros si puedo.

—¡Bien! dijo Schoultz; la partida estaba ya empezada; te se dan los quince que yo tengo. ¿Te conviene?

—¡Perfectamente! replicó Kobus, quitándose el gabán y recogiendo la bola; estoy deseando saber si me he olvidado de jugar desde el año pasado.

—¡Compadre Baumgarten! gritaba el profesor Speck; ¡compadre Baumgarten!

El tabernero acudió.

—Traiga otro vaso para el Sr. Kobus y otra botella. ¿Qué tal va ese almuerzo, adelanta?

—Sí, Sr. Speck.

—Auméntalo algo, porque hay uno más.

Baumgarten volvió á entrar en su figon todo encorvado y corriendo; en el mismo instante lanzaba Fritz la bola con tal fuerza, que, pasando por cima del juego, fué á caer como una bomba en el huerto.

¡Qué alegría la de los demas! Se movían balanceándose en los bancos, echaban las piernas por el aire, y se reían de tal manera, que Haan tuvo que desabrocharse el chaleco para no reventar.

Por fin apareció el almuerzo: consistía en unas magníficas truchas fritas que venían chirreando y despidiendo grasa, como el rocío sobre la hierba, y embalsamando el ambiente con un olor delicioso.

Fritz había perdido la partida; Haan, dándole golpecitos en el hombro, le decía muy alegre:

—¡Eres un gran punto! ¡Eres fuerte en este juego! Ten cuidado solamente para otra vez, no vayas á agujerear el cielo hácia Landau.

Se sentaron en mangas de camisa alrededor de una mesita desven-
cijada. Pusieron manos á la obra, y riéndose todos, se despachaba cada uno á su gusto, tomando su buena porcion de fritura; los tene-
dores de estaño iban y venían como la lanzadera de un tejedor; las

(1) El mingo.

mandíbulas se movían á escape, y la sombra del follaje hacía tembleques en las animadas fisonomías, en la fuente de florones, en los vasitos tallados y en las botellas de vino blanco del país.

Cerca de la mesa estaba sentado sobre su cola de penacho, Melai, que era un perrito del *Pannier Fleuri*; era blanco como la nieve, con la nariz negra como la mora, las orejas tiesas y ojo reluciente. Unos y otros le arrojaban tan pronto un pedazo de pan, luégo una cola de pescado, y él lo atrapaba todo en el aire.

Presentaba un buen golpe de vista.

—Cómo me alegro, dijo Fritz, que se me haya ocurrido venir por aquí hoy por la mañana; me aburría terriblemente y no sabía qué hacer; es en extremo monótono ir todos los días á la cervecería.

—Si la cervecería es monótona no es ciertamente porque no trates de divertirte en ella, dijo Haan. ¡Vive Dios! Que podrías jactarte de divertirte; ayer te has burlado de todo el mundo con tus citas del cántico de los cánticos. ¡Já, já, já!

—Desde hoy ya conocemos la formalidad de este hombre, dijo Schoultz, y sabemos que cuando está serio hay que reirse, y cuando se rie hay que desconfiar de él.

Fritz se puso á reir con ganas.

—Con que no os habeis tragado la píldora, dijo; yo que creía...

—Kobus, replicó Haan; te conocemos hace mucho tiempo, y por lo tanto, no puedes hacernos comulgar con ruedãs de molino. Pero volviendo á lo que decías de la cervecería, añadiré que realmente creo que la cervecería nos puede jugar una mala pasada. Tantos hombres obesos prematuramente, tantos asmáticos, gotosos é hidrópicos, lo deben principalmente á la cerveza de Francfort, de Strasburgo, de Munich, ó á cualquiera otra, porque la cerveza contiene mucha agua, vuelve al estómago perezoso, y cuando el estómago no está bien, toda la máquina se descompone.

—Cierto, Sr. Haan, dijo entónces el profesor Speck; es preferible beber dos botellas de vino á una copa de cerveza; contienen ménos agua y por consiguiente predisponen ménos al mal de piedra; el agua deposita arenillas en la vegiga, esto es bien sabido, y por otra parte fomenta la grasa. El hombre que no bebe sino vino tiene muchas probabilidades de no engordar en mucho tiempo, y la delgadez no pesa nunca como la obesidad.

—Es verdad, Sr. Speck, es mucha verdad, respondió Haan; por eso para hacer engordar el ganado, se les da agua con salvado; si les dieran el salvado con vino de seguro no engordarían jamás. Pero además de todo eso, el hombre necesita mucho movimiento; el movimiento entretiene en buen estado nuestras articulaciones, de tal modo, que evita se pongan premiosas, como las ruedas de las carretillas que dan un chirrido á cada vuelta, cosa bien desagradable por cierto. Nuestros antepasados, dotados de una gran prevision, tenían los juegos de bolos, cucañas, carreras de sacos y partidas de

patines, sin contar con el baile, la caza y pesca; ahora, prevalecen por todas partes los diversos juegos de cartas y por eso degenera la especie humana.

—Sí, exclamó Speck vaciando su copa, es deplorable, verdaderamente deplorable! Recuerdo que en la antigüedad, cuando yo era niño, todos los buenos ciudadanos iban á las fiestas de los pueblos con sus mujeres é hijos. Ahora se estanca uno en su casa, y es un acontecimiento que salga uno del pueblo. En aquellas fiestas se cantaba, se bailaba y se tiraba al blanco, y por fin se respiraba otra atmósfera; de este modo, nuestros antepasados vivían cien años, tenían un color envidiable y desconocían las enfermedades á la vejez. ¡Es verdaderamente sensible que se hayan abandonado todas aquellas fiestas!

—Todo tiene su explicación, exclamó Haan, versado en las costumbres antiguas; todo resulta, Kobus, del aumento de las vías de comunicación. En otro tiempo, cuando no abundaban los caminos, cuando no existían los vecinales, no existían comisionistas que viniesen á los pueblos á ofrecer unos pimienta y canela, otros cepillos y tijeras, y otros telas de todas clases. No teníais á vuestra puerta al especiero, al quincallero y al comerciante en paños. Era preciso esperar en cada familia, tal ó cual fiesta, para aprovisionarse de lo necesario para la casa. Por eso las ferias eran más ricas, porque con la seguridad de vender, acudían los mercaderes desde muy distantes lugares. Entónces estaban en su apogeo las ferias de Francfort, Leipzig y Hamburgo en Alemania; de Lieja y Gante en Flándes; de Beaucaire en Francia. Hoy día las ferias son perpetuas porque en casi todos los pueblos se puede obtener todo teniendo dinero, y como todo tiene su lado bueno y su lado malo, podemos consolar-nos de haber perdido aquellas carreras de sacos y tiro de carneros, y al propio tiempo bendecir á Dios por el aumento del comercio.

—Lo cual no impide que seamos unos imbéciles en estancarnos en un sitio, replicó Fritz, cuando podríamos divertirnos, beber buen vino, bailar, reír y solazarnos de todas las maneras posibles. Comprendo que nos arredrara el ir á Beaucaire ó á Flandes, pero cuando tenemos á dos pasos fiestas tan agradables y completamente iguales á las antiguas, ¿por qué no hemos de ir á ellas?

—¿A dónde? interrogó Haan.

—Pues, á Hartzwiller, á Rosbach, á Khingenthal. Sin ir más léjos, ahora recuerdo que mi padre me llevaba todos los años á la fiesta de Bischem y comíamos allí unos pasteles deliciosos... ¡deliciosísimos!

Haan le miraba asombrado; él apuntando con los dedos y bajándolos nuevamente, continuaba:

—Y cangrejos como puños, deliciosísimos cangrejos, mejores todavía que los de Losser y también bebíamos un vinillo blanco muy aceptable... sin duda que no era *johannisberg* ni *steinberg*, pero le alegraba á uno lo mismo que ellos.

—¿Y por qué no nos has dicho eso mismo hace tiempo? ¡Ya estaríamos allí! Verdaderamente te sobra la razón en lo que dices.

—¡Qué quereis, no lo pensé!

—¿Y cuándo es esa fiesta? preguntó Schoultz.

—Es... aguarda que me acuerde... es... el día de San Pedro.

—¡Entonces es mañana! exclamó Haan.

—Es verdad, tienes razón, dijo Fritz. ¡Qué casualidad! Vamos á ver, ¿os animais á que vayamos á Bischem?

—¡No hay inconveniente! ¡No tengo inconveniente! replicaron Schoultz y Haan.

—¿Y estos señores?

Speck y Nitzig se excusaron con sus ocupaciones.

—Pues bien, iremos los tres, dijo Fritz levantándose. Sí, tengo los mejores recuerdos de los cangrejos, de los pasteles y de aquel vinillo blanco de Bischem.

—Necesitamos un carruaje, hizo observar Haan.

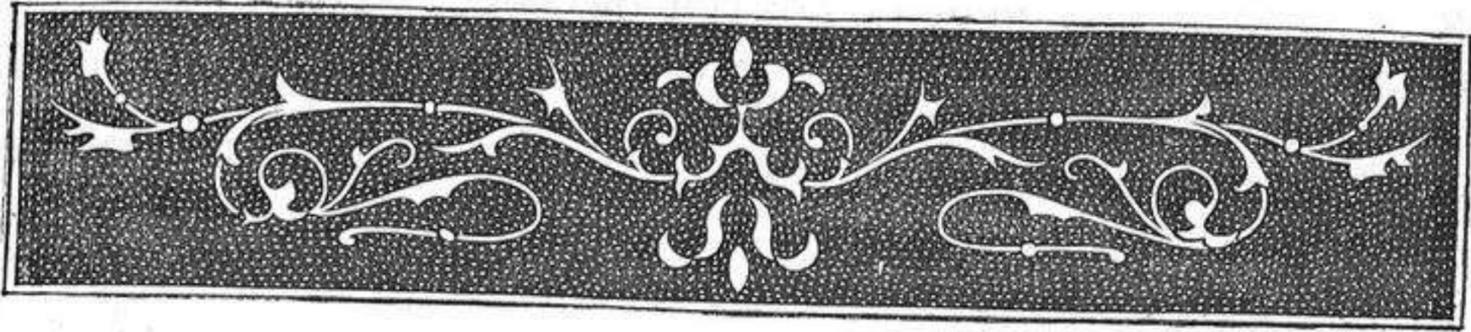
—Está bien, está bien, dijo Kobus pagando el gasto, eso corre de mi cuenta.

Algunos instantes despues aquellos vividores emprendían el camino hácia Hunnenbourg, y se les oía á media legua los gritos con que celebraban los pasteles del pueblo, los *koughelof* y los *kuchlen* que decían les recordaban al uno su tia, al otro su abuela, como si hubieran de resucitar porque ellos bebieran el vinillo en la fiesta de Bischem.

De este modo el amigo Fritz tuvo la satisfaccion de ver á Suzel sin alarmar á los demas.

(Se continuará.)





LA CIENCIA DEL HOMBRE

SEGUN LAS MÁS RECIENTES É IMPORTANTES PUBLICACIONES.

ARTÍCULO SEGUNDO.

I.

La antropogenia de Hæckel contiene en sus primeros capítulos un resúmen, con sentido apropiado al nuevo argumento, de las ideas del eminente naturalista sobre las leyes fundamentales de la evolucion orgánica expuestas y discutidas en la *Morfología general de los organismos* y en la *Historia de la creacion natural*. En nuestro anterior artículo hemos dicho lo bastante para que el lector se forje una como nocion adecuada del sistema, habiéndose procurado simplificar en lo justo las explicaciones del original para hacer la doctrina más clara y asequible.

Estudia tambien Hæckel la embriología en su desarrollo histórico desde Gaspar Federico Wolff, hasta Baer, Lamarck y Darwin, pretendiendo luégo empujar hácia sus naturales consecuencias los principios recibidos y experimentados en la piedra de la observacion.

Incluido el hombre por el diligente naturalista en la escala

zoológica, ocúpase éste en todo el curso de su notable trabajo de justificar su resolución; pero antes de fijarnos concretamente en sus ideas, necesario es conocer, aunque muy á la ligera, el proceso que ha seguido en la ciencia el conato de clasificación morfológica de los animales, desde Linneo en adelante.

Fué el eminente escandinavo el primer naturalista que, bajo una relación científica, acometió tan árdua empresa. No intentó Linneo establecer categorías según el parentesco morfológico que pudiera resultar de la consanguinidad, sino de clasificar á los animales con sujeción á sus caracteres peculiares y aislados, y con frecuencia puramente externos. Apoyándose en las particularidades que le ofrecía el estudio del corazón y el color de la sangre, dividió la escala zoológica de este modo :

- 1.^a Mamíferos.
- 2.^a Aves.
- 3.^a Anfibios.
- 4.^a Peces.
- 5.^a Insectos.
- 6.^a Gusanos.

Dado este primer paso, introdujéronse con el tiempo nuevas determinaciones encaminadas á obtener mayor precisión científica. Lamarck, por ejemplo, repartió las seis clases de Linneo en dos grupos denominados de vertebrados é invertebrados, á este tenor :

VERTEBRADOS.

- 1.^a Mamíferos.
- 2.^a Aves.
- 3.^a Anfibios.
- 4.^a Peces.

INVERTEBRADOS.

- 5.^a Insectos.
- 6.^a Gusanos.

Mayor perfección introdujeron en esta materia Baer y Cuvier, distribuyendo los animales en cuatro tipos fundamenta-

les, de los que cada uno correspondía á un plan de estructura particular.

VERTEBRADOS, abarcando las cuatro primeras clases de Linneo.

ARTICULADOS para los insectos ó miriápodos, las arañas y tambien los crústaceos y una gran parte de gusanos.

MOLUSCOS, pulpos, caracoles, almejas, etc.

RADIADOS, animales que se distinguen por la disposicion radial ó coraliforme de sus órganos.

Con el tiempo, Leuckart subdividió los radiados en:

EQUINODERMOS, que comprenden las estrellas de mar, los cri-nóideos, etc.

ZOÓFITOS ó CÆLERENTADOS, esponjas, corales, medusas, etc., mientras Sièbold reunía los infusorios, los rizópodos en una gran division llamada de los animales primarios ó *protózoos*.

Actualmente la mayoría de los naturalistas acepta una divi-sion de los articulados, que se fracciona de este modo:

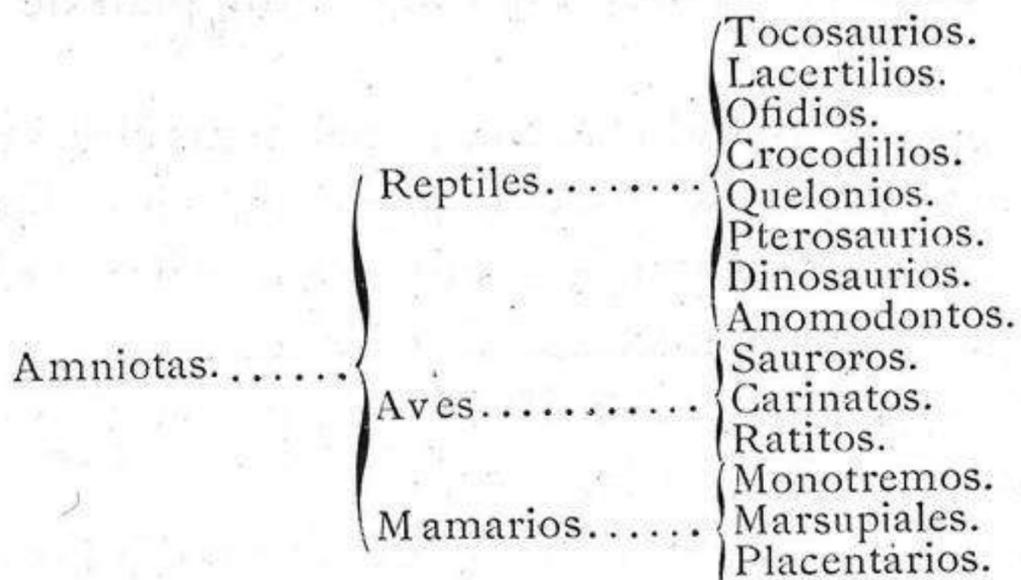
ARTRÓPODOS articulados con piés divididos en segmentos.

GUSANOS. Gusanos sin piés.

Hæckel se conforma, en una relacion general, con la clasi-ficion zoológica que parece hoy más conforme con los progre-sos científicos; pero se reserva modificarla parcialmente y en cuanto le importa para acomodarla á las ideas transformis-tas de que es entusiasta corifeo. Prescindiendo de todo lo que en rigor no encaja en la exposicion que intentamos, nos fijare-mos en los vertebrados, dispuestos segun Hæckel como se des-cubre en el siguiente cuadro :

A.	Acranianos.....	1. Leptocardios.	1. Leptocardia.	
	a. Monorinos.....	2. Ciclostomos.	2. Ciclostoma.	
B.	Cranianos } } b. Anfirrinos { } } I. Anamnios. { } } } 4. Dipneustos. 4. Dipneusta. } } } 5. Halisaurios. 5. Halisauria. } } } 6. Anfibios. 6. Amphibia. } } } 7. Reptiles. 7. Reptilia. } } } 8. Aves. 8. Aves. } } } 9. Mamíferos. 9. Mammalia.	3. Peces.	3. Pisces.	

Volvamos á prescindir de cuanto no es del todo punto in-dispensable á la investigacion comenzada y limitemos la aten-cion á las subdivisiones internas de los Amniotas.



Los mamíferos de la tercera subclase ó sean los placentarios, divídense en dos clases:

1.^a Indecidua, ó animales placentarios, sin membrana caduca: division que comprende:

- a.—Ungulata.
- b.—Cetácea.
- c.—Edentata.

2.^a Deciduata, animales placentarios con membrana caduca.

- a.—Zonoplacentalia.
- b.—Discoplacentalia.

Abarca la division discoplacentalia cinco órdenes.

- 1.º Prosimios.
- 2.º Roedores.
- 3.º Insectívoros.
- 4.º Quirópteros.
- 5.º Simios.

Este último órden facilita esta otra subdivision:

Simios.....	}	Platirinos.
	}	Catarrhinos.

Ahora bien; considerada la morfología en el hombre, acércase más al último de estos dos grupos que al primero, quedando, por tanto, limitado el debate para los zoólogos, á saber si en la clasificacion de los mamíferos, nuestro semejante debe de ser inscrito en el órden simio ó colocado junto ó sobre éste,

como representante de un orden particular de animales discoplacentarios.

No hoy, en que tan atrevidos pasos ha dado la ciencia, sino hace muchos años, Linneo asimiló el hombre á los monos, estableciendo un orden especial, que llamó de los primatos, entendiéndolo por tales al grupo de individuos superiores en el reino animal. Hasta Blumenbach se respetó la clasificación del naturalista sueco; pero aquel sabio hizo del hombre un género aparte, denominado bimanos, siguiéndole Cuvier en su empresa.

Frente á los bimanos colocaba Blumenbach los cuadrumanos, comprendiendo éstos á los simios y proximios; pero Huxley, hace quince años, empezó á combatir este arreglo, sosteniendo que los cuadrumanos eran en realidad tan bimanos como el hombre; concluyendo que todas las comparaciones anatómicas, entre el hombre y los simios, no destruirían el hecho de que las diferencias, también anatómicas, que separan al hombre del gorila y del chimpanzé, son menores que las señaladas entre el gorila, el chimpanzé y los monos inferiores.

Según Huxley, el orden de los primatos abarca de menor á mayor perfección:

- 1.º Los galeopitecos (simios voladores).
- 2.º Los queironidos (aye-ayes).
- 3.º Los lemuridos (proximios).
- 4.º Los arcttopitecos (monos con garras, americanos).
- 5.º Los platirrinos (monos verdaderos, americanos).
- 6.º Los catirrinos (monos verdaderos, del antiguo continente).
- 7.º Los antropinios (el hombre).

Para Hæckel esta subdivisión es exacta; si bien separa enteramente los proximios, ó sean las tres primeras familias, de Huxley, de los simios verdaderos, considerando á los proximios como resto probable de un grupo ancestral común, de donde brotaron, como ramas divergentes, los otros órdenes de discoplacentarios, y quizá todos los deciduatos.

Caracteriza á los simios verdaderos la forma especial de la nariz. Y si se estudian los americanos, adviértese que las ventanillas están de frente, no hácia abajo, por lo que se les

llama platirrinos ; mientras los monos del antiguo mundo tienen las narices dirigidas hácia abajo, como los hombres, designándoseles por esta causa con el nombre de catarrinos. Además, la dentadura de los catarrinos se asemeja á la del hombre; no así la de los platirrinos. Excluidos éstos del estudio, Hæckel entiende que no hay medio de eludir las consecuencias de las premisas que anteriormente sentara; y que, por lo tanto, se puede afirmar, como hipótesis científica, que el hombre proviene de individuos del grupo de los catirrinos que un día poblaron el antiguo continente. Añade el mismo autor, que catirrinos y hombres reconocen por origen animal un tipo comun, de donde anteriormente se desprendieron los platirrinos; pero cuando hace esta declaracion, cuida de acompañarla de ciertas variedades, afirmando rotundamente que, en el estado actual de nuestros conocimientos, es muy difícil trazar con mayor precision el orden genealógico humano. Sin embargo, escribe, derecho hay para afirmar que los más próximos antecesores del hombre fueron los catirrinos sin cola (lipocerca), análogos á los antropóideos actuales, que han salido evidentemente, con posterioridad, de los catirrinos con cola (menocerca), tipo originario del grupo simio.

Divídense los catirrinos sin cola, que hoy se conocen, en doce familias :

1.^a El gorila, habitante del Africa occidental, descubierto en 1847 por el misionero Savage.

2.^a El chimpanzé, tambien del Africa occidental, mas pequeño que el gorila.

3.^a El orangutan de las islas de Sonda.

4.^a á 12.^a El gibbon ó hylobates, con cuatro ú ocho especies. Más pequeño que los otros antropoideos.

Hæckel elimina del árbol genealógico humano á los platirrinos, creyendo que la América se pobló por inmigracion, y despues clasifica á los catirrinos con cola, en dos grupos: el primero de los antropoideos, que comprende los simios, ántes mencionados, y el segundo de los hombres, subdividido en *pithecanthropus* y *homo*.

Limitándonos ahora á exponer sus doctrinas, reservando el decir las razones con que han sido combatidas, más adelante

añadiremos que Hæckel se propone nada ménos que seguir la línea de retroversion de los antecesores humanos, llegando hasta el primer testimonio de la vida organizada.

Hé aquí el resúmen abreviado de su sistema.

ANTECESORES DEL HOMBRE.

SERIE INVERTEBRADA. PROCORDATA.

Primer grupo. *Las moneras*.—Hæckel se ve obligado á partir de un hecho puramente hipotético, cual es la generacion espontánea de estos primeros organismos animales, fijando su aparicion en el primer período laurentino, resultando de simples compuestos inorgánicos, como el carbono, el ácido carbónico, el hidrógeno y el ázoe. Tambien le parece regular el entender que un hecho repetido constantemente puede probar que los dichos antepasados han existido; el hecho consiste en la desaparicion del núcleo celular en el principio de la evolucion del óvulo. Por tal modo la célula ovular cae y se convierte en un cítodo ó monérula, regreso del plástido con núcleo, al plástido sin él.

Segundo grupo. *Las amibas*.—Desde el rudimento zoológico anterior asciende el reino animal, segun Hæckel, al segundo grado, determinado por los amibas, simples células ó partículas de protoplasma con núcleo. Bajo el punto de vista de la jerarquía morfológica, la amiba equivale al embrion humano y al de los demas animales. Nacieron estas primeras amibas de la monera, por diferenciacion, figurando en la aurora de la edad terrestre primordial; y como quiera que el óvulo humano es una célula simple, entiende Hæckel que no puede negarse que la amiba figure entre los antecesores directos del hombre.

Tercer grado. *Las synamibas*.—La segmentacion produce un conjunto de organismos monocelulares que son designados con aquel título. Esta misma ley de segmentacion se realiza en el germen humano, que se transforma mediante ella, encontrándose en una reunion de células, amibas idénticas entre sí en un principio y en todo análogas al sér hipotético que Hæckel designa con la palabra synamiba.

Cuarto grado. *Los planulados*.—De la reunion producida por las synamibas en un pequeño grumo que Hæckel llama mórula, procede en la mayoría de los animales inferiores y sobre todo en el último de los vertebrados, el anfioxo, una larva llamada plánula. Para formarla, las células externas agrupaditas en la mórula, emitieron prolongaciones capilares, pestañas vibrátiles que moviéndose en el agua, llegaron á transmitir al conjunto, ó sea al grumo, un movimiento rotatorio, perceptible por el microscopio. Distínguense, por consiguiente, desde entónces, las células del grumo en dos clases: células internas ó simples y células exteriores ó barbadas.

Entiende Hackel que en el hombre y en los demas vertebrados—excepcion hecha del anfioxo—y lo mismo en la totalidad de los artrópodos, esta larva particular se ha extinguido con el transcurso de los siglos por efecto de la herencia abreviada; pero calcula, que debieron existir tipos análogos en el comienzo de la edad primordial, en la serie de los antepasados humanos, segun que lo testifica la existencia del anfioxo.

Quinto grado. *Los gastrulados*.—Estudiada la evolucion en el anfioxo como en los demas animales superiores, adviértese que la plánula se transforma en otra larva, llamada gástrula, revelando la existencia de un tipo análogo dicho gastrulado.

Sexto grado. *Los turbelaridos*.—Los gastrulados engendran ó se diversifican en los turbelaridos nuevo y más complicado organismo. En sentir de Hæckel, debieron nacer en la aurora de la edad primordial, mediante la formacion de una hoja germinal media, muscular, y tambien por una diferenciacion más completa de las partes internas del cuerpo, diferenciacion que determina órganos distintos. En este grado zoológico aparece el sistema nervioso con órganos rudimentarios sensitivos de secrecion y de reproduccion.

Sétimo grado. *Los escolecidos*.—Determinaron un progreso sobre los anteriores, pues tenían sangre con una verdadera cavidad esplánica.

Octavo grado. *Los himátezos*.—Estos gusanos saquiiformes produjeron los más antiguos vertebrados acranios. Hoy los ascidios se les aproximan bastante, afirmando Hæckel que los himátezos son el puente entre los invertebrados y los vertebrados.

dos. Caracterizó á este grupo hipotético como los demas, la presencia de una médula espinal y de una cuerda dorsal. Precisamente, semejante situación del eje central del esqueleto entre la médula espinal, detras, y el canal intestinal, delante, es propia de todos los vertebrados sin exceptuar al hombre.

Aquí termina la serie ascendente por donde los organismos invertebrados debieron perfeccionarse hasta alcanzar una nueva evolucion, ó sea el sistema de los vertebrados.

Noveno grado. *Los acranios*.—Segun Hæckel, se puede formar idea del primer eslabon de esta nueva cadena, considerando el anfioxo lanceolado, aunque no se acerca bastante á lo que debía ser el acranio. En el principio de su evolucion embriológica, este animal se parecía á los ascidios, y luégo hubo de transformarse hasta alcanzar el tipo de un verdadero vertebrado, formando así el tránsito de las dos series. Sospéchase que los antecesores humanos de este grupo se diferenciaron bajo muchas relaciones del anfioxo, último superviviente de los cranianos, pues debieron asemejársele por diversos caracteres animales, sobre todo por la carencia de cabeza, cráneo y cerebro. Los acranios de este tipo, origen de los craneotas, vivirían durante la edad primordial, proviniendo del octavo grado gracias á la formacion de metámeros ó segmentos del tronco, y por la diferenciacion más perfecta de todos los órganos. Piensa Hæckel que en esa altura comenzó la diferenciacion de los sexos, pues todos los invertebrados precedentes eran hermafodritas, excepcion de los tres ó cuatro grados primeros donde no había sexo.

Décimo grado. *Los monorrimos*. De ellos pueden dar idea los ciclostomas actuales. Aún faltan órganos muy importantes, pero ya hay cráneo y cerebro, aunque rudimentarios; en cambio, no se conoce el gran simpático, el bazo, el esqueleto de la mandíbula, y los dos pares de miembros. Las extremidades anteriores se modificaron, trocándose el término de la médula en cerebro, y el de la cuerda dorsal en cráneo.

Undécimo grado. *Los selacios*. Debieron asemejarse á los escualos de hoy. Nacieron de los monorrimos, bifurcándose la nariz simétricamente, formándose un sistema nervioso sim-

pático, un esqueleto maxilar, una vejiga natatoria y dos aletas anteriores y ventrales, anuncio de los futuros miembros. Vivieron en la época silúrica.

Duodécimo grado. *Los dipneustos*. Salieron de los selacios cuando se adaptaron á la vida de tierra firme: entónces la vejiga natatoria se transformó en pulmon aéreo, las fosas nasales convirtiéronse en vías aéreas, que desde entónces se abren en la boca. Es el principio de la respiracion pulmonar. Los dipneustos constituyen el trazo que une á los selacios y á los anfibios.

Décimo tercer grupo. *Los sozobranquios*. Principio de los anfibios: las extremidades se subdividen y forman dedos agrupados, conservaron los pulmones y las branquias, como sucede con el proteo actual. Existieron en el promedio de la edad paleolítica ó primaria.

Décimo cuarto grupo. *Los sozuros*. En este grado desaparecen las branquias, pero no la cola; ejemplo, las salamandras y los tritones actuales. Debieron figurar en el terreno pérmico y tal vez en el carbonífero.

Décimo quinto grupo. *Los protamnios*. Aparicion del amnios, del aparato auditivo y del lacrimal. Fin del período pérmico.

Décimo sexto grupo. *Los promamalios*. Forma comun desconocida de todos los mamíferos. Probablemente los promamalios se parecían á los ornitorincos conocidos, aunque se apartaban por la dentadura, compuesta de verdaderos dientes. Terreno triásico. Las escamas se transformaron en pelos, y por primera vez se notaron glándulas secretoras mamarias.

Décimo sétimo grupo. *Los marsupiales*. Diferenciáronse de los anteriores, mediante la division de la cloaca en conducto génito-urinario y en recto, por la formacion de las mamas, y por la reduccion parcial del sistema clavicular. Comenzaron en el período jurásico.

Décimo octavo grado. *Los prosimios*. Aquí está contenida la forma comun ascendente de los verdaderos simios y del hombre. Probablemente ofrecían cierta analogía externa, aunque muy lejana, con los prosimios actuales de patas cortas, y debieron proceder, en el comienzo de la edad terciaria, de marsupiales desconocidos, próximos á los didelfos. De los marsu-

piales verdaderos se distinguían por la placenta, por la pérdida del saco ó bolsa y de los huesos marsupiales, y por el desarrollo del cuerpo calloso cerebral.

Décimonoveno grado. *Los menocercos.* — Debieron parecerse, según el autor, á los catarrinos y semnopitecos de hoy. Tenían la misma dentadura y conformación nasal que el hombre; el cuerpo estaba cubierto de un espeso y lanudo pelo, y tenían larga cola. Nacieron los catarrinos de los proximios por la transformación de la dentadura y el cambio de las garras en uñas. Era el comienzo de la época terciaria ó eocena.

Vigésimo grado. *Los antropoideos.* — Aparecieron en el período mioceno, probablemente. Han perdido la cola, despojándose parcialmente del pelo, y el cráneo predominaba sobre la cara. No se busque en los antropoideos actuales el orangután, el gibbon, el gorila y el chimpanzé, los antecesores humanos; éstos fueron antropoideos que han desaparecido, y que pertenecieron al período mioceno. Esta declaración importantísima debe ser tenida en cuenta al examinar las hipótesis naturalistas del origen humano.

Vigésimoprimer grado. *Los hombres-simios.* — Grado superior al proximo desconocido. Hombre sin palabra, alalus, que debió vivir al terminar el período terciario. Se diferencia del antropoideo acostumbrándose á la situación vertical, y por la mayor perfección de las extremidades. Las anteriores formarían las manos; las posteriores los pies. Faltábale, no obstante, la facultad de la palabra, signo verdaderamente característico de la racionalidad: el lenguaje articulado, con el desarrollo de la inteligencia y la conciencia subjetiva, hé aquí el verdadero hombre. Cree Hæckel que la existencia de los hombres sin palabra, es incontestable, y se halla testificada por la lengüística comparada y la historia de la evolución del lenguaje en el niño y en los pueblos, esto es, en la ontogenesia glótica y en la filogenia glótica.

Vigésimosegundo grado. *Los hombres.* — El grito animal se transformó gradualmente en sonidos articulados. El desarrollo de la función del lenguaje trajo necesariamente el de los órganos que á ella corresponden; esto es, la laringe y el ce-

rebros. El paso del hombre mudo al hombre elocuente se realizó, es lo probable, al principio de la edad cuaternaria. Es necesario admitir el origen múltiple del lenguaje, por pedirlo así la ciencia lingüística, y consiguientemente también es forzoso aceptar, que el tránsito del hombre alalus, ó sin palabra, al hombre perfecto y racional se ha efectuado en distintas localidades, y más de una vez.

Para trazar este cuadro y justificar la hipótesis que en resumen contiene, Hæckel ha procedido á estudiar analíticamente, no sólo el modo de desenvolverse la vida orgánica en los seres que designa como progenitores sucesivos del hombre, sí que también cuida de relacionar este exámen biológico y embriológico con el desarrollo de la tierra, acometiendo por tal modo el propósito de fijar las bases de una cronología humana, asentada sobre hechos geológicos positivos.

No nos es permitido seguirle en sus laboriosas disquisiciones á través de la taxonomía y de la anatomía comparada; baste saber que al llegar al hombre, Hæckel encuentra que su organización es conforme al tipo mamífero, que su estructura no rompe con las leyes de la progresión zoológica, y que el embrión humano presenta las mismas fases y pasa por los grados que se observan en el de los demás animales. En sus primeros aspectos no habría modo de diferenciar el embrión de una criatura racional del embrión de un mamífero superior, ni aún de un vertebrado superior, existiendo una ley ontogenética para las formas organizadas próximas en la taxonomía, de donde Hæckel deduce el parentesco genealógico del hombre y de los demás tipos mamíferos, afirmando que la perfecta identidad de forma y de estructura interna entre el embrión humano y el de los mamíferos existe aún en la época, relativamente avanzada, en que la determinación del tipo es ya evidente.

Si importantes son los capítulos que destina á demostrar la legitimidad de estas afirmaciones, no lo son ménos los que emplea en el estudio de la ontogenesia y de los períodos filogenéticos, con la mira de hacer ver que la duración de la primera es insignificante si se la compara con el inmenso espacio de tiempo que ha necesitado la filogenesia, ó sea la evolución

gradual de la serie de los antepasados, en la escala zoológica. Millares de años se han necesitado para que del generador mono-celular saliera gradualmente el más perfecto de los vertebrados, el hombre. Y es admirable que esta serie de formas, que los animales necesitaron millares de años para recorrer, las reproduzca el hombre durante las cuarenta semanas de su existencia en el seno materno.

Tan sorprendentes deben ser las metamorfosis de la filogenia, realizadas á través de toda la serie animal, como las metamorfosis ontogenéticas que á nuestros ojos se verifican: en cuarenta semanas la simple célula se convierte en un hombre, perfectamente determinado, mientras para ejecutar la misma evolucion, los antecesores del hombre han necesitado muchos millones de años.

Dedica Hæckel el último capítulo de su libro á resumir los hechos y principios que asienta en todo él, insistiendo en las afirmaciones que sucesivamente brotaron de su pluma. Empezando por el hecho fundamental de que todo organismo animal comienza por una célula, sigue luégo paso á paso los grados de la evolucion zoológica, descubriendo que la embriología de cada órgano considerado aisladamente, prueba que el gérmen humano se diferencia y se desarrolla exactamente segun el modo especial de los vertebrados.

Autorízale el hecho para señalar tan exactamente como es posible, el lugar del hombre en la clasificacion de los mamíferos, y por consiguiente, el parentesco que con éstos pueda tener. No entiende haber hecho más que desarrollar lógicamente la ley biogenética fundamental, hija de la observacion de los hechos y de las inducciones racionales á que conducen.

«Estamos, escribe, en el límite de la antigua y de la nueva concepcion del mundo. Toda la morfología moderna nos obliga con irresistible fuerza á reconocer la ley biogénita fundamental y sus consecuencias fecundas.» «Sin este conocimiento, añade, nos es imposible, en absoluto, explicarnos lo que sea la evolucion orgánica y esclarecer esta maravillosa region del humano saber.»

Reconociendo la conexion etiológica de las evoluciones embrionarias y filogenéticas, los hechos más sorprendentes se

explican sin esfuerzo, y los fenómenos embriológicos se reducen á efectos mecánicos y necesarios de la evolucion filética, conforme á las leyes de la herencia y de la adaptacion. La lucha por la vida, ó sea la seleccion natural, basta para explicar, por la filogenia, todos los fenómenos de la evolucion zoológica.

Descendiendo luégo á meros detalles, entiende que no hay en el cuerpo humano órgano alguno que no haya sido legado por los mamíferos, si bien las leyes de la adaptacion han debido modificarlos y hasta reducirlos á simples rudimentos. Todos estos principios guíanle á fijar definitivamente el puesto del hombre en la escala de la creacion natural. Segun Hæckel, la nueva taxonomía zoológica divide el reino animal en siete grandes compartimientos. Por el conjunto de su organizacion, el hombre está incluido, en primer término, en la gran division de los vertebrados.

En segundo lugar, le coloca en una sola clase, la de los mamíferos.

En tercer lugar, inclúyele en el órden de los simios.

Todas las particularidades características por las cuales la rama de los vertebrados se distingue de las otras seis, los mamíferos de las otras treinta y nueve clases, y los simios de los otros diez y nueve órdenes, las posee el hombre; y en suma, para Hæckel, el hecho capital consiste en que el hombre, independientemente de su consanguinidad real ó supuesta con los simios, es un verdadero *mamífero placentárido*, hecho indiscutible mediante el testimonio irrefragable de la anatomía cómparada. Posible es que los grados del parentesco en que el hombre está con los demas mamíferos sea otro que el asignado; esto no impedirá, dice nuestro autor, que se reconozca que, tanto el hombre como los mismos mamíferos, proceden de un mismo tipo ó forma ancestral comun, forma hace mucho tiempo extinguida, pero que debió desarrollarse verosímilmente durante el período del trías, constituyendo el antepasado monotremo de los mamíferos.

Hé aquí resumida en brevísima é incompleta idea la antropogenia natural. Hæckel opina que, aceptando sus principios, léjos de verificarse un retroceso intelectual y moral en el

género humano, avanzará el espíritu de éste por la vía de un amplísimo progreso, y de todos modos, piensa y sustenta que, para conseguir el conocimiento verdadero y científico del organismo humano, no hay más que un camino seguro, proclamado por toda la historia orgánica, y este camino es el de la *Historia de la Evolucion*.

Tiempo es ya de dar la palabra á sus contradictores.

FRANCISCO M. TUBINO.





UNA NACION OLVIDADA ⁽¹⁾

LOS KHAZARES.



háse por sentado en todas las discusiones que suscita la grande lucha entablada en Oriente, que los osmanlís son la única nacion turca que ha vivido en tierra europea. Como no consideremos que aquella parte de Rusia, que está aquende los Urales, no pertenece á Europa, imposible es sostener tal afirmacion, y se hallarían en la historia abundantes noticias para deshacerla. Léjos de haber sido hasta hoy los turcos de Constantinopla única muestra (*specimen*) de su raza en la parte del mundo que habitamos, hallamos ya su mismísimo nombre en obras clásicas como perteneciente á los habitantes de las cercanías del Volga, há más de mil ochocientos, si no de dos mil doscientos años. Por extraño que esto parezca en la actualidad, hecho es que comprobarse puede fácilmente con Plinio, Strabon y Heródoto. En tiempos plenamente históricos, entre los siglos viii y xi, descubrimos, en lo que es actualmente la Rusia meridional, uno de los más extraordinarios reinos que, segun re-

(1) Nuestro distinguido colaborador M. Karl Blind nos remite desde Lóndres este notable trabajo, que nos hemos apresurado á traducir, que será sin duda apreciado en lo mucho que vale por los lectores de la *Revista Contemporánea*.

sulta de árabes y bizantinos escritores, fué fundado y mantenido por un pueblo turco, que formaba, dicho sea sin que el lector se asombre demasiado, una monarquía judaico-mahometana de no inferior cultura y que se distinguía por el sentimiento de la justicia y su tolerancia en materia de religion. Vino abajo este reino bajo los golpes de rusos, bizantinos y rudas nómadas tribus. Pocos son los que actualmente, aún entre aquellos que más sobresalen en el conocimiento de los hechos pasados, conocen la historia ó han oído siquiera el nombre de los khazares, y aún echamos realmente de ménos una ordenada y completa historia de Khazaria. Y sin embargo, ésta un tiempo poderosa nacion turca, ejerció benéfico y ordenado imperio sobre las estepas situadas entre el Yaik y el Bony. Turca de raza y lengua, era judaica de creencias en sus clases elevadas, contaba mahometanos é infieles en su ejército, y otorgaba completa libertad á la propagacion del cristianismo. Durante algun tiempo este notable reino khazar parecía destinado á extender la civilizacion entre las tribus finesas y eslavas del Norte; mas fué destruido á mano armada, y su nombre desapareció de los anales del mundo.

II.

Echemos ahora una ojeada á algunas de las más modernas crónicas.

En los albores de la historia del Nordeste de Europa, vemos habitados los países que se extienden entre el Danubio y el mar Caspio, por razas germanas, escitas y sármatas, juntamente con algunas tribus turcas. Heródoto, Plinio y Strabon, mencionan á los Iyikai y los turcos (*turcac*) entre los habitantes de Europa, poco más ó ménos en la vecindad de las actuales ciudades rusas de Saratov y Voronesh. La palabra Iyikai es muy digna de notarse, porque aún hoy dia los turcos son llamados «yuruk» en el Asia Menor. Cualquiera duda que caber pudiera, desvanécese ante la palabra «turcac» que hallamos en antiguos textos. Los turcos vivían, pues, en Europa há tanto tiempo como teutones y eslavos; no sé si esto

es humillante para nuestro orgullo de aryas ; pero así es la verdad y tal es el hecho.

Luégo que la grande nacion goda, á la cual pertenecieron nuestros mayores, ocupó á un tiempo casi todo el territorio que se extiende entre el Báltico y el Mar Negro, nuevas inmigraciones turcas poblaron las comarcas comprendidas entre el Volga y el Don. Los búlgaros y los khazares ó chosares vinieron con aquéllas. Abul-Hassan-Massudir, geógrafo árabe que escribía en el siglo x de nuestra era, dice de los búlgaros que son una especie de turcos. Acaso esto parecerá mal hoy dia, pero históricamente hablando, no tiene remedio. Otro escritor árabe del mismo siglo, Ibn-Hankal, á quien somos deudores de interesantes noticias, nos dice «que los búlgaros hablan un lenguaje parecido al de los khazares, pero desemejante al de los rusos.» Los rusos á quien este autor se refiere no eran probablemente los finneses ó eslavos que poblaban lo que llamamos ahora Rusia del Noroeste, sino los warangianos, fundadores y señores teutónicos de aquel imperio, entre los cuales y los súbditos eslavos hacen los escritores árabes una oportuna distincion. Habiendo sido, pues, los búlgaros una especie de turcos, y habiendo hablado un lenguaje parecido al de los khazares, es evidente que tambien los últimos deben de haber tenido parentesco con la raza turca hasta donde el testimonio del lenguaje cabe que sirva de guía en investigaciones etnológicas. Pero Ibn-Hankal es aún más explícito. Claramente consigna que «la nacion chosar confina con los turcos y tiene mucha afinidad con ellos.» Este mismo autor distingue una raza más oscura y gallarda entre los khazares.

Como complemento de estas pruebas, hallamos en las crónicas bizantinas que los khazares son llamados resueltamente «turcos del Este» ó sencillamente «turcos», y su gobernante «rey de los turcos.» Así se expresa respecto de ellos Teofanes el año 626, cuando los bizantinos celebraron un tratado con los khazares contra los persas. La historia khazar forma parte desde entónces de la general de las razas turcas.

Hay un texto de Nestor, primer cronista ruso, que se ha interpretado en el sentido de que cita á los khazares como «on-

gros.» Nestor escribía en el siglo xi, y entónces el país próximo á Kieff llamábase aún tierra de ongnos. Distingue este autor entre los ongnos negros, á quienes conocemos por antepasados de los magyares y los ongnos blancos, á quien parece identificar con los khazares. Los historiadores bizantinos designan, por su parte, á los ongnos y á los khazares como turcos. Los escritores armenios van aún más léjos, pues llaman *chinos* á los khazares. Esto es muy admirable, en cuanto los turcos khazares eran turanios, y por consiguiente, parientes cercanos de aquel pueblo de tan antigua cultura. La verdadera prosapia de los khazares resulta, pues, comprobada plenamente con abundantes testimonios.

III.

Erróneo sería también suponer que el área de las poblaciones turanias estaba limitada en tiempo de la dominación khazar á lo que es hoy la Rusia meridional. Nuestras preferencias aryas no deben hacernos desconocer el hecho de que la Rusia europea, en su mayor parte, ha estado habitada desde los tiempos más remotos, por razas finnesas, tchoudes, uralias, turanias, ó como los escritores polacos prefieren llamarlas, finoturcas. Si no ha sido sólo la parte meridional de Rusia la que fué turca y tártara en tiempos remotos, la mayor parte del país que se extiende entre el golfo Finnés y la parte septentrional de la cordillera de los Urales y la que al Norte riegan el Dnieper y el Volga, estuvieron también habitadas por razas ongras de cercano parentesco con los turcos. El tronco de las verdaderas tribus eslavas, rama á su vez del Arya, vivía hace mil años hácia el Oeste sobre el Vístula, aunque, en parte, sobre el Dnieper superior y el Dniester. Algunas colonias eslavas estaban además diseminadas á lo largo del Danubio, pero la masa de la población de la gran llanura estaba compuesta de finneses turcos y otros turanios. El curso de su *eslavonización* en el lenguaje fué ménos lento, y aún hoy, no es completo. Este hecho innegable puede consignarse, sin que por eso se crea que queremos lanzar sobre Rusia á causa de no ser principalmente arya su origen; una condenación política é intelectual

irremediable. Nada estaría, en todo caso, más léjos de mis deseos. Ni he de entrar ahora en la vastísima cuestion de las poblaciones pre-aryas de toda Europa. Sólo recordaré que los constructores de las murallas kiklopeas, los aborígenes pelasgos de Grecia y los etruscos que enseñaron la civilización á los romanos, son por algunos reclamadas para ese árbol turanio que ha creado, despues de todo, una gran cultura en el Asia oriental. Basta echar una ojeada al *Atlas del mundo antiguo* de Kiepert, el cual fué compuesto hará cosa de setenta años y en éste se advertirá que están señaladas la Tesalia, una parte de Macedonia, Iliria, Pannonia, una parte de la Italia septentrional, Etruria, Córcega, Cerdeña oriental, Nordeste de Sicilia, y un pedazo de la costa mediterránea de las Galias, las islas Baleares, y la mayor parte de España con color amarillo, dándose por explicacion «razas blancas que no se atribuyen á las aryas ni á los semitas.»

Caben diferencias de opinion con respecto á los detalles; pero acaso no quepa dudar que hayan subsistido poblaciones no aryas en la Europa meridional. Decir que los turanios, por ser asiáticos, carecen del derecho de vivir en la comunidad europea, es cosa que no tiene sentido, pues las mismas razas aryas son inmigrantes en Europa, á la cual vinieron desde Asia. Decir *no europeo*, como sinónimo de no arya y como reproche, es cuando ménos, un término impropio, pues los finneses, así como otras razas turanias, han vivido en Europa ántes que los aryas. Ni debe olvidarse que Asia se vanagloria aún hoy de contener una crecida poblacion arya; por manera, que de uno y otro modo, resulta imposible trazar una línea divisoria. Conviene recordarlo cuando se trata de historia rusa ó khazar.

IV.

No obstante el interes que inspiran la formacion y desarrollo del poder judáico-mahometano de los khazares al revisar las noticias diseminadas en diversos anales, su historia está todavía por escribir. Las crónicas bizantinas hablan del gran pueblo khazar, aún ántes de que llegara á la cúspide de su po-

der. Ni debe confundirse la historia de aquella antigua nacion turca con la de ciertas hordas errantes dedicadas al saqueo y ajenas á todo instinto y capacidad políticos. Fueron los khazares obreros del progreso cuando estuvieron ya establecidos entre el Caspio, el Dnieper, el Mar Negro y el Oka. Obreros del progreso hay que llamarlos, comparativamente al ménos, cuando se considera el estado bárbaro en que aún se hallaban eslavos, fenicios y otras tribus ongras.

De un modo asaz notable combinábanse en el pueblo khazar aspiraciones á la cultura griega, con marcada preferencia por un credo semítico. La religion de aquel Estado, ó mejor, la religion de la corte y de una gran parte del país, no era otra que la Mosáica. Esta raza no semítica fué realmente judía. Quizás cuando el asunto se examina atentamente no resulta este hecho ménos asombroso que el de que nuestros antepasados abandonasen voluntariamente la adoracion de Woden, Thamar, Freia y Balder por una religion semítica asiática, que repugnaba á su carácter, á no ser que lo hicieran obligados por la fuerza, como sucedió á los sajones de Alemania, que despues de treinta años de heróica lucha, se vieron constreñidos á abrazarla por el sable cruel de un conquistador, que degolló á cinco mil, ó poco ménos, en un solo dia, y que hizo á su raza recibir el bautismo. Todo fué voluntario en la sumision de los khazares. Abrazaron espontáneamente las leyes de los desterrados de Egipto, y colocando luégo á musulimes y paganos en las más elevadas posiciones de su gobierno y ejército, sentaron como regla la más perfecta igualdad religiosa, que fué completa cuando acudieron al llamamiento del país cristianos bizantinos, que introdujeron los adelantos de las artes y el comercio, y á quienes se otorgó libertad plena de propagar sus creencias; extraño espectáculo en verdad para los que juzgan la capacidad de las razas por la doctrina política de la predestinacion.

En el siglo II de nuestra era, segun los escritores armenios, aparecen por vez primera los khazares en la historia de Oriente. Guiados por Wemaseb, y con la ayuda de su aliado Surhag, lanzáronse del Asia como terribles guerreros. En aquel tiempo, el vasto territorio que se extiende entre el Báltico, el Don y el

Danubio estaba ocupado principalmente por tribus góticas y teutónicas, diseminadas entre los sármatas. Algun tiempo despues, un torrente de razas hunas, ávaras, búlgaras, etc., del tronco turanio, avanzó en rápida irrupcion por la vasta llanura escito-sármata. En las filas de las huestes invasoras de Atila, que estaban formadas por hordas mogolas, juntamente con algunas tribus germánicas que se vieron obligadas á hacer causa comun con ellas, el pueblo chosar ó khazar es tambien citado como uno de los pueblos guerreros avasallados al «azote de Dios.» Con los hunos llegó una horda chosar hasta el territorio comprendido entre los Cárpatas y el Danubio. El elemento ongro del lenguaje magyar ha sido atribuido por algunos á los khazares más bien que á los hunos.

En el siglo vi los khazares dominaban el territorio comprendido entre el Volga y el Don. El Caspio era entónces llamado «Mar Khazar,» «Bahrchosar,» Balangiar, hoy dia llamada Astrakan, era la capital de aquel Estado. Tenemos noticias de sus luchas con los mahometanos por el dominio de Derbend, Georgia, Armenia, los distritos de la frontera persa del NO. y los territorios del Araxes. Un soberano persa, Kosroes, tuvo que cerrar su reino á las irrupciones enemigas por medio de una obra análoga á la famosa «muralla china,» de la cual se habla tantas veces erróneamente, y como símil retórico de una absurda reclusion, cuando era, por el contrario, barrera defensiva de la civilizacion contra la barbarie. En vasta y accidentada extension de terreno construyó Kosroes su muralla desde el Caspio hasta el Mar Negro. Despues de la toma de Derbend, Pedro I vió con asombro, subsistentes aún, algunos de sus colosales restos. El príncipe Demetrio Kantennair, que describió la ruinosa muralla, comparaba sus torres con las de Moscow.

En el siglo vii formaban los khazares un pueblo poderoso, que socorrió várias veces con armados contingentes al Gobierno de Constantinopla. Un emperador griego ciñe, en señal de agradecimiento, una diadema á las sienes del Chagan, llamándole hijo suyo. Durante los turbados tiempos de las luchas dinásticas en Bizancio, un emperador destronado busca un asilo en territorio khazar, y casó con la hija del Chagan, lle-

vándola despues á Constantinopla como emperatriz despues de su restauracion. Un príncipe, hijo de emperador griego y princesa khazar, reina en Constantinopla con el nombre de Leon el Khazar. La emperatriz Irene, famosa por su belleza y dones intelectuales, aunque tambien por sus crímenes, y cuyo ejército fué vencido en Italia por Carlomagno, con quien quiso luégo casar, era princesa de origen khazar.

Muchas fueron, pues, las relaciones de los khazares con el Imperio, asiento de la cultura griega. En dias festivos, solían vestir los emperadores traje khazar en señal de respeto á sus aliados. Y así, miéntras los khazares hacían invasiones al Cáucaso, Armenia y Média, y sostenían guerras dichas para ellos con los califas árabes, nunca tocaron á Constantinopla, contentos con buscar allí tranquilamente los frutos de la cultura humana.

Posteriormente vemos á los khazares que se habían aproximado gradualmente á las orillas del Mar Negro, extendiendo la mano hácia los restos dejados por los godos en Crimea. Una poblacion de origen germánico convertida al Cristianismo, no muy numerosa, pero harto distinguida por su valor, dominaba los distritos del SO. de aquella península. Estos godos, que no pasaban de tres mil, fueron fieles aliados del imperio bizantino. Al terminar el siglo XI, ellos tuvieron tambien que someterse á los khazares. Largo tiempo despues, el Quersoneso Taurico fué conocido con el nombre de Khazaria.

Muy pronto este reino se extendia desde los Urales hasta el Dnieper y el Rug, desde el Cáucaso y el Mar Negro hasta el curso medio del Volga y el Oka. Casi una mitad, la meridional de la Rusia europea, estaba, pues, sometida al dominio khazar ántes de que Egberto constituyera la monarquía inglesa.

V.

Ciento cincuenta años próximamente despues de la fundacion del Estado Khazar, los warangianos, bajo el mando de Rurik, se apoderaron de Novogorod, donde empezaron por formar un Estado de las tribus suecas y eslavas del Norte.

Estos guerreros teutónicos vinieron, segun Nestor, de las ori-

llas del Báltico, y constaban de urmenes (noruegos), suvenes (suecos), anglos y godos. Los rusos ó ros, como los llaman los escritores bizantinos, y cuyo nombre y origen ha sido diversamente interpretado, fueron, según todas las probabilidades, una raza goda unida estrechamente con los warangianos. Los nombres de éstos, tales como Rurik, Sineus, Truwor, Oleg, Sgor, Waldemar, Wladimiro, Veremundo Rualdo, Ledulfost, Reginaldo, etc., son de origen evidentemente germánico. Muchos de estos nombres aparecen con ligeras modificaciones en las crónicas francas y en los sagas de Islandia. El dominio que este pueblo, á quien últimamente nos hemos referido, creó, extendíase al principio sólo desde la Filandia meridional hasta las actuales provincias rusas de Estyonia, Pskow, Ustelesk, Smolenks, Tver y Wladimir. Algunos fineses del Nordeste hicieronse tambien tributarios de los caudillos warangianos. Este nuevo Estado ruso era un mero fragmento, situado al Nordeste y Norte del actual Imperio de los Csares.

Era sin duda alguna en aquel tiempo la nacion khazar la más adelantada en civilizacion. Dentro de los límites ya dichos, hallábase asentada bajo un gobierno regular y ordenado, en el cual la tendencia á un progreso pacífico fué bien pronto la más poderosa.

Al Este y Sudeste confinaba Khazaria con bárbaras tribus turcas, como Uges y Petcheneyos; al Norte con los fineses, tambien emparentados con turcos y tártaros; al Norte y Nordeste con la recientemente formada Rusia, confederacion eslavo-finnesa, constituida bajo la hegemonia teutónica.

Desde el siglo VIII hasta los comienzos del XI, conservó Khazaria su independencia y promovió los adelantos de su cultura. En las tierras donde cosacos, khirgises y kalmucos viven ó merodean actualmente, había ya creado aquel pueblo culto ricas poblaciones y fértiles campiñas. En los países de estepas y los desiertos que se extienden entre los Urales y el Dnieper, ellos tenían ciudades florecientes como Atel, Sarkel, Asmid, Kuran, Gadran, Segekan, Samandar, Albaida, Teruskapad. Según Ibn Hankal, estaba Atel rodeada de feraces terrenos que comprendían setenta millas. Ricos jardines tenía Asmid en su vecindad.

Parece que en no pocos casos los planos de las ciudades Khazares fueron debidos á arquitectos bizantinos que tambien construyeron los principales edificios. Griegos fueron los que construyeron á Sarkel ó «Ciudad Blanca,» hoy dia probablemente Bjelajaveza, es decir, «Torre Blanca,» como nueva residencia del Chagan, en lugar de la antigua capital Balangiar. Estaba Sarkel situada cerca de lo que es hoy dia una stanitza cosaca sobre el Dnieper. Con los griegos que vinieron á Khazaria por asuntos artísticos ó comerciales, llegaron tambien misioneros cristianos que predicaron libremente su religion. El emperador bizantino Miguel envió un pretense filósofo, llamado Constantino, para convertir á los «turcos del Este,» el cual misionero fué recibido con las mayores atenciones y agasajado; pero los más de los judíos khazares permanecieron fieles á sus creencias.

Karamsim, que escribió la *Historia del Imperio ruso* á excitacion del czar Alejandro I á quien la dedicó, reconoce abiertamente que no parece que los eslavos consideraran muy tiránico el yugo de aquellos conquistadores (los khazares). Añade este autor que todo «inclina el ánimo á creer que los khazares habían alcanzado cierta cultura.» Observa Karamsim que mientras los hunos y otros bárbaros del Asia hallaban placer sólo en destruir ciudades, los khazares pedían al emperador griego Teófilo un hábil arquitecto que les construyera una que resistiera á los ataques de los nómadas. Terror un tiempo de los monarcas persas y de los califas y poderosos protectores del Imperio bizantino, «sometieron los khazares á las tribus eslavas sin ensangrentar su dominacion.» Estos eslavos del Norte muestran harto debilitado el espíritu guerrero. Refiérese, en cambio, que cuando habia demasiadas hijas en una familia, la madre tenía el derecho de matar á las que sobraban.

Y no obstante, dice tambien Karamsin, aunque los khazares subyugaron fácilmente á esos eslavos, éstos habían de ser los que su imperio destruyeran. No añade, sin embargo, el historiador ruso, la obvia consideracion de que, no tanto por el poder eslavo como por el de los hombres del Norte que empezaron por someterlos juntamente con sus vecinos los finneses,

vino abajo aquel imperio. El cambio que hubo de realizarse para las razas vencidas, no era, sin duda, el que más regocijo podía causarles. «El régimen nuevo fué más penoso que el despotismo turco» dice Kunik hablando de los wiatitches, á quienes el monarca ruso libró de los khazares. Dos veces (981, 982) tuvo Wladimiro que refrenar la rebelion de estos wiatitches que se alzaron contra su tiránico yugo.

Difieren algo nuestros datos respecto á diversos detalles concernientes á la vida social é instituciones gubernamentales de Khazaria, mas estos detalles no afectan á los hechos principales. Escritores de distintas épocas, ó que sólo conocieron una parte del país, pueden muy bien suministrar diferentes noticias de muy buena fe y de un modo asaz satisfactorio. Un geógrafo nubio, Sherif-al-Hedrisi, que cita cierto número de ciudades khazares, dice que había muchos edificios hechos con arcilla en dicho reino. La necesidad de buenas construcciones de piedra en la mayor parte del país, puede explicar el hecho. Había tambien muchas habitaciones que eran tiendas y carros, y pertenecían á poblaciones que apénas habían salido de la vida nómada, pero que por supuesto habrían sido compelidas á entrar en la esfera de la vida civilizada. Asegúrase en una crónica arábica que los khazares formaban un pueblo exclusivamente agricultor y poco dado á las empresas marítimas. Vemos, sin embargo, en otros autores que navegaban con sus buques, los comerciantes, ya fuesen indígenas ó extranjeros por el Don, el mar Negro y áun el Mediterráneo, hasta las costas de España.

El rey, la corte y una parte considerable de los habitantes de este país progresivo, profesaban el credo mosáico. El ejército estaba compuesto principalmente de mahometanos é infieles. Tambien lucharon en ocasiones los cristianos bajo la bandera khazar. Desempeñaban los principales cargos de la administracion hombres pertenecientes á las distintas religiones del país. Nadie era molestado por sus opiniones religiosas.

VI.

No es tan detallada la noticia que nos dan las antiguas crónicas de la parte política de la constitucion khazar. Mandaba la ley que fuese el monarca de sangre real; mas con frecuen-

cia un miembro pobrísimo de la casa, que hasta entónces había vivido en el mayor abandono, era elevado al sólio. Tenía que ser israelita el jefe del Estado. Los monarcas del pueblo khazar tenían sin duda carácter de sultanes, pero éste se modificó en diversas épocas.

Había prácticas serviles, como el postrarse por completo al ver llegar al Chagan. Verdad es que esta misma costumbre es citada como una de las moscovitas por el capitán francés Margeret que tuvo un empleo en Rusia en los comienzos del siglo xvii, y resulta que allí no se hacía lo que hemos dicho sólo con respecto al monarca, sino para con todo superior por los pretendientes (1). No obstante, el Chagan khazar estaba tan lejos de ser considerado como un soberano de derecho divino, que al ser instalado, una ficción estranguladora hacíase con él cuando tenía que decir el número de años que pensaba reinar (*yoheu he had to declare how many years he intended to reign*). Si reinaba más tiempo y no lo hacía bien, era destronado por una revolución palaciega con escasísimas consideraciones. Además parece haber estado en vigor entre los khazares el principio de que el rey reina, pero no gobierna; pues tenemos noticia de un rey titular por un lado, y de un regente por otro. El título de chagan ó gran chagan que tenía el monarca es mogólico. Gengis Khan también fué llamado Gengis-Chagan, y este mismo título se encuentra en varias razas turcas de antaño. El regente khazar llevaba por su parte el título de Chagan Bech, en el cual fácil es hallar el *beg* ó *bey* turco. El chagan beg era el comandante general del ejército, regentaba los negocios extranjeros y tenía á su cargo la inspección superior del Tesoro. A sus órdenes estaban los llamados *tuduns* ó gobernadores, que percibían el tributo de todos los pueblos que reconocían la soberanía khazar. Los individuos de las diversas religiones eran juzgados con arreglo á sus códigos.

No tenían, por desgracia, á la vista los khazares ningún buen modelo de progreso político. No podían hallarlo en el

(1) *Estat de l'Empire de Russie et Grande Duché de Moscovie*, par le capitaine Margeret. Paris, 1607.

degenerado imperio de Oriente, en el cual la tiranía alternaba constantemente con el motin, ni en los procedimientos inciviles de los dominadores de Rusia, en la cual el despótico orgullo de monarcas de origen extranjero era alimentado incessantemente por la servilidad del pueblo. Los soberanos del pueblo khazar sólo podían aprender en Constantinopla los preceptos de la autocracia. En Rusia les habría llamado la atención el desprecio que sentían los conquistadores por los conquistados. Algo es que los chaganes con tales ejemplos á la vista no establecieran un rabinismo intolerante parecido al sistema de los ortodoxos soberanos de Bizancio y que no trataran rudamente á sus súbditos finneses y eslavos. Visto todo en conjunto, aparece que había manera de que por medio de los khazares la civilizacion avanzara gradualmente hasta las tribus próximas á ellas de raza turca, finnesa ó eslavónica establecidas en Europa. La luz helénica que pudiera brillar á la sazón en Constantinopla se habría abierto paso por Khazaria hasta la oscura hiperbórea noche del Septentrion. La corriente de la historia siguió un curso distinto y no tan digno de nuestras alabanzas.

VII.

Pues hemos dado hasta ahora á nuestros lectores una idea general, de esta harto olvidada nacion turca, será bien, para mayor conocimiento del asunto, que citemos algunos lugares de los escritores árabes ya por nosotros mencionados. Ellos han ilustrado grandemente la historia del Nordeste de Europa en los primeros tiempos de la Edad Media ; á ellos somos tambien deudores de algunas noticias sobre los primitivos dominadores germanos de Rusia ; y si el importante reino de Khazar no se ha perdido en un completo olvido, débese tambien á estos escritores : verdad es que, ó mucho nos engañamos ó en ocasiones aparece tambien en sus obras la rivalidad latente entre los semitas mahometanos y los turcos judáicos de Khazaria.

Abul Hassan, de quien es sobrenombre el de Massudi al hablar del Caspio como «mar chosar,» distínguelo del mar Man-

thiss y del Nithiss, que son evidentemente el Negro y el de Azoff. De éstos dice que son de rusos y búlgaros. Esta asercion sólo es admisible caso que la raza germánica que bajo Rusik I constituye la dinastía y aristocracia de Rusia, bajara ocasionalmente el Dnieper en alguna expedicion de merodeo contra Constantinopla. La Rusia no tenía términos á la sazón en el Euxino. Las razas que los tenían en sus orillas septentrionales eran los Khazares, algunos restos de los godos y los petehenegos. Debo advertir que estos aparecen citados en los *Nibelungen*. Los rinzen (rusos) y los hombres del país de Kieff son tambien aludidos en aquel antiguo poema germánico. Si tenemos esto en cuenta, no nos llamará la atención que en viejos cantos épicos de Germania, siglos ántes de la llegada á Europa de los turcos que conquistaron á Constantinopla, se cite un país europeo llamado Turquía (*Türkie*), del cual saca guerreros el imperio Bizantino (*durch kriechischin laut*). Esta *Turquía* de nuestros antiguos poetas es el país Petehenego y Khazar.

Los búlgaros, á quienes describe Abul-Hassan como una especie de turcos, se establecieron primeramente cerca del Caspio y el Volga, al cual rio son deudores del nombre que llevan, pues *Bulgar* era el nombre arábigo del Volga, y así se llaman Volgaros ó Búlgaros. En las orillas del Danubio, y próximos á los Balkanes, mezcláronse los búlgaros con los eslavos, y perdieron su lengua turania, lo mismo que francos, godos y normandos perdieron su lengua teutónica en Francia, ó que los longobardos y otras várias tribus germánicas perdieron la de cada una de ellas en Italia ó España. No obstante, de igual manera que en la Italia Septentrional, en España tambien hasta cierto punto y en grande escala en el Norte de Francia, la enérgica infusion de sangre germana puede reconocerse aún hoy en el tipo físico del pueblo y aún en los nombres de familia, así tambien muchos de los búlgaros de hoy exhiben claras señales de su descendencia turca.

Debemos parar mientes en que cuando Abul-Hassan escribía, todo el Sudeste de Europa estaba lleno de poblaciones turcas. Muchas de ellas perturbaron con frecuencia á sus parientes los khazares. En este punto, sus prácticas eran iguales á las que desgraciadamente caracterizaron á las diferentes tribus

teutónicas que fieramente guerreaban unas contra otras, sin tener en cuenta las relaciones de parentesco. Sin embargo, alguna que otra de las hordas turcas que rodeaban á Khazaria, mantuviéronse en buenas relaciones con este reino. Hacía constar Abul-Hassan que «entre las poblaciones turcas, de las cuales llega una parte hasta el mar Nithiss (mar de Azoff) y que se extienden hasta la ciudad de Rumia (Roma Oriental, Constantinopla) y al rey de Khazaria y el soberano de los alanos, hay un tratado de alianza.»

Vemos aquí una concentracion de fuerzas turcas realizada acaso para contrarestar el imperio eslavo-finés de Rusia, que avanzaba hácia el mar Negro y el Danubio. Los alanos constituian el elemento germánico de aquella alianza. Habitaban, á la sazón, los países situados en el Norte del Cáucaso, y descendientes suyos de negra cabellera y ojos azules, pero de condicion algo degradada, pueden verse hoy todavía en las comarcas centrales del Cáucaso. Interesante es leer en la obra de Abul-Hassan, que el país de los alanos confina con el de una nacion llamada Keschek, que vivia entre el Caspio y el Mediterráneo. Estos kescheks eran los circasianos, que aún son llamados entre sus vecinos kasachs. Véase la entusiasta descripcion que hace el geógrafo árabe del aspecto físico de los circasianos: «profesan la religion de los magos, y entre todas las poblaciones que hemos citado como habitantes de esos países, ninguna los iguala en cubrirse la piel, en lo bello del color, en la gallardía de los hombres y la hermosura de las mujeres. Las mujeres son de gracia y belleza singulares.» Este retrato puede tenerse por fiel aún hoy día.

En la capital de Khazaria, dice tambien Abul-Hassan, había muslimes, cristianos, idólatras y judíos. Su orgullo de mahometano le hace citar primeramente á sus correligionarios, pero añade que el rey y su córte profesan la doctrina mosaica. «Abrazó esta religion el rey de Khazaria en tiempo de Harum-l-Raschid, por lo cual acudieron á sus estados los judíos desde los pueblos islamitas y Grecia (imperio de Oriente), pues el emperador de ésta compelia á los judíos de su país á que se convirtieran á la religion cristiana y los maltrataba. El soberano actual del imperio es armenio... Fuéron-

se, pues, muchos judíos al país khazar, como hemos dicho, donde tenían un rey de su comunión... Los idólatras de ese país son pertenecientes á diversas naciones; hay entre ellos seklab (eslavos) y rusos.» Bajo el nombre de rusos incluye, sin duda, el autor á los inmigrantes veregnes. Al modo que Ahmed Ibn Tozlan, embajador arábigo en Rusia, que extendió en 921 una relacion de su jornada, cita Abul-Hassan la cremacion de los cadáveres, como una de las costumbres de esas razas heréticas. El quemar á las viudas es otra de las prácticas á que se refiere, comparándola, en cierto modo, con la costumbre índica.

Segun Abul-Hassan, la mayor parte de los habitantes de Khazaria eran mahometanos, que formaban el ejército. Tambien formaban parte de éste los rusos y eslavos que pertenecían al territorio de aquella nacion. El autor arábigo, á quien citamos, dice que era aquél el único de los reinos orientales que tenía fuerzas militares organizadas con regularidad. Los más altos cargos del reino eran desempeñados por mahometanos. Estaba convenido, que caso de estallar una guerra entre el rey judío de Khazaria y algun príncipe mahometano, los creyentes en la palabra del Profeta no podrían ser obligados á batirse con sus correligionarios. De otra parte, los soldados mahometanos y muchos comerciantes que profesaban la misma religion, se habían establecido en Khazaria por la justicia y probidad que en aquel país imperaban.

Es probable que el escritor arábigo exagere en lo concierne á la importancia de sus correligionarios en Khazaria. De todos modos, él mismo refiere que había siete jueces supremos; dos para los mahometanos; dos para los khazares que aceptaban la ley de Moisés; dos para los cristianos que eran juzgados con arreglo al Evangelio; uno para los eslavos, rusos y otros habitantes que eran juzgados solamente con arreglo al humano criterio. Segun resulta de la enumeracion, tenemos á la vista que los judíos y cristianos juntos eran próximamente el doble de los muslimes. En importantes casos dudosos, las partes contendientes comparecían ante los jueces mahometanos, sometiéndose á la ley que ellos eran encargados de aplicar. Este hecho se explica, caso de que

aceptemos el testimonio de Abul-Hassan, por la grande influencia que en los negocios públicos tenían los mahometanos, merced á su preponderancia en las filas del ejército.

Alega Abul-Hassan que los khazares eran principalmente agricultores, y que los hombres del país no servían para la cría de ganados. Habla tambien de los buques khazares que servían para la navegacion por un rio que es evidentemente el Don, cuyas orillas estaban habitadas por poblaciones turcas. Cargábanse grandes bajeles en Chowaresm. En otros buques eran llevados al interior las más bellas y costosas pieles de zorra. Hacíase el comercio de tales artículos, no sólo desde Khazaria con Derbend, Berthass y otras plazas de Chorasán, sino tambien en los países de los francos y con España.

Nos da tambien noticia Abul-Hassan de una expedicion guerrera de los rusos al mar Caspio, llevada á cabo por medio de embarcaciones y á través de rios y canales. Cuadro es este muy distinto del de un pacífico comercio. El hecho ocurrió probablemente hácia el año 912, y parece que se permitió á los expedicionarios pasar por el territorio del Chagan á causa de no haber podido éste cerrarles el paso. Cinco mil buques rusos cítanse nada ménos, tripulados por 100 hombres cada uno. Estos guerreros fueron al Caspio, al Yrak persa, á la tierra de Adzarbaitehan, hasta Baeu. Hubo terrible carnicería; niños y mujeres fueron exterminados. Los países invadidos por los rusos-veregnes fueron saqueados y devastados á sangre y fuego. Ninguna de aquellas poblaciones resistió á los invasores. Fué tal el pánico que se extendió por donde ellos iban, que las gentes buscaban la salvacion en las aguas del Caspio. Fueron, sin embargo, derrotados á su vuelta los rusos por las tropas mahometanas de Khazaria indignadas de la débil conducta anteriormente seguida por el Chagan. Ayudados por guerreros cristianos del país, los soldados musulmes empearon ruda batalla que duró tres dias.

Muchos rusos murieron en la pelea, no pocos se ahogaron, y 5.000 próximamente debieron su salvacion á la fuga. «Desde aquel dia, dice el escritor árabigo, cesaron los rusos de repetir sus incursiones.»

VIII.

Si volvemos á Ibn Hankal, otro geógrafo árabe, hallaremos que habla de la ciudad Khazar de Atel, situada sobre el Atel (Itil ó Volga) «rio que viene de Rusia y Bulgaria.» Con respecto á la division de creencias, este autor ofrécenos detalles que varían algun tanto de los de Abul Hassan. Dice así: «El rey de este país es judío; tiene en su gente 4.000 muslimes, chosares é idólatras, pero lo mejor de este estado son los judíos. Tiene 120.000 hombres de ejército.» Resulta evidentemente de lo que antecede que la mayoría en Khazaria era judía. Segun Ibn Hankal, había nueve jueces; muslimes, judíos, cristianos é idólatras. Sin embargo que hace constar que lo mejor del pueblo de que trata eran los judíos, asegura más adelante que éstos estaban en minoría, que la cuarta parte del pueblo estaba compuesta de mahometanos y cristianos, no obstante lo cual eran judíos el rey y los principales dignatarios. Los miembros de los tribunales pertenecían á todas las religiones. Dice tambien Ibn Hankal que las más distinguidas personas de Atel eran los comerciantes mahometanos, cuyo lenguaje era igual al de los turcos y no comprendido por ninguna otra nacion. Dice luégo: «El pueblo khazar confina con los turcos y tiene con ellos notable parecido. Hay dos clases de khazares, de las cuales una es más oscura y tiene pelo negro, por lo cual podría imaginarse que descenden de los hindous. La otra raza tiene hermosa presencia: los individuos de ésta venden sus hijos, pero entre los judíos y cristianos no es lícito venderse unos á otros ni reducir una persona á esclavitud.» Acaso esta distincion entre khazares nos lleva á la consideracion de un doble elemento etnológico; turanie el uno y arya el otro.

Siguieron una curiosa correspondencia el judío español del siglo x, Chisdai-ben-Jizchack, que fué ministro y médico califa de Córdoba Abderrahman Annasir, y el rey khazar Joseph-ben-Ahron. Estas cartas fueron escritas probablemente hácia el año 960. Su autenticidad ha sido puesta en duda con razones de poco peso. Un judío aleman, el rabbi Jacob-ben-

Elieser («de Nemez», es decir, de Alemania,) fué quien con mucho retraso entregó la carta de Chisdai-ben-Jizchack al chagan khazar, pues era á la sazón harto imperfecto el servicio de correos. Inspiró grande interés á Chisdai un país de la Europa Oriental que le parecía destinado á revivir la desvanecida gloria de Israel. Creía que el corazón de los israelitas se animaría y su posición en el mundo sería más respetada si se divulgaran convenientemente noticias del reino Khazar. En su respuesta habla Joseph-ben-Ahron del peligro ruso y de la dispersión de la raza judaica. «Vivo, decía, en la embocadura del río y no toleraré que los rusos, los cuales acércanse en sus buques, pasen á otras poblaciones.... pues si yo lo consintiera someterían toda la tierra de Ismael hasta Bagdad.... Pleague al Eterno Dios de Israel librar y reunir á los desterrados y dispersos!» Así, pues, el gobierno judaico de Khazaria sirvió durante algún tiempo de barrera entre los planes invasores de Rusia y los mahometanos del Caspio y del Asia menor.

IX.

Pero las fuerzas de los pueblos del Norte hicieronse gradualmente muy decisivas para el pueblo khazar, mucho más civilizado que ellos y que había resistido largo tiempo con plausible firmeza á las continuas irrupciones de las hordas errantes que venían del SE. En el mismo siglo de su fundación hizo armadas correrías el imperio ruso. De la confusión y desorden de un cuerpo de tribus, de las cuales la parte eslavónica era la menos guerrera, la dinastía de los Ruriks constituye un estado, pronto para la guerra.

Esta época remota de la historia rusa abraza desde el siglo ix hasta el xi. Durante ese tiempo los Ruriks reúnen las tribus eslavónicas y finesas de lo que es hoy día Rusia del NO., y luchan durante dos siglos contra el gobierno de Constantinopla, deseosos de unir á su corona la áurea tiara de Bizancio. Eran sus fines la anexión de la península de los Balkanes, el dominio del mar Negro, la conquista de Crimea y la del Cáucaso.

Desde 865-1043, las provincias del imperio de Oriente estu-

vieron pues expuestas á frecuentes ataques de los rusos. Los audaces hijos del Norte encaminaban sus huestes germanas, finesas, eslavónicas y en parte tambien tártaras á lo largo del Dnieper y hácia los países del Danubio ó á través del mar Negro, para aparecer como sitiadores frente á la «Ciudad Universal.» Las aguas del Euxino, las provincias que conocemos con el nombre de Rumania, Bulgaria, los pasos de los Balkanes y las costas de Rumelia eran los campos en que reñían encarnizadas batallas los bárbaros rus y los romanos de Oriente. Durante esta lucha, la capital de los rusos, como la llamaba orgullosamente uno de sus jefes, estuvo establecida al pié de los Balkanes en Prejislavetz. No satisfecho con esta conquista, señaló el invasor con la punta de su lanza á Constantinopla, como asiento de su gobierno. Ofrece no escaso interés encontrar en estas antiguas luchas los antecedentes de las modernas.

La Rusia pagana hacía estas tentativas contra Constantinopla mil años há, continuándolas despues de su conversion á la fe cristiana. Oleg, Ygor, Sviatoslav, Wladimiro, lucharon todos por dominar al imperio bizantino. Ellos encontraron como partes intermediarias por su situacion á los Khazares y Petchenegos. Desde los tiempos de Oleg hízose pues Khazaria un objeto de ataques invasores, procedentes unas veces de aventureros rusos independientes, como Askold y Dir y otros de regulares fuerzas capitaneadas por los Ruriks. Primero fueron desligadas del Estado las tribus que reconocían la soberanía khazar. Oleg destruyó la influencia del Chagan sobre las provincias de Vitebsk y Tcheringow, pues ésta había penetrado tan profundamente como vemos en lo que es hoy la Rusia central y septentrional. Sviatoslaw continuó esta misma política.

Los datos que tenemos sobre Sviatoslaw, primer caudillo verego de Rusia con nombre eslavónico, dícnos que era un fuerte y vigoroso hijo del Norte, de mediana estatura, rubios cabellos y ojos azules aunque de salvaje y tenebroso aspecto, con largos bigotes y menuda barba. Por lo chato de la nariz y la forma del cabello recortado en toda la cabeza, pero dejando un moño que se alzaba sobre ella «como señal de nobleza,»

parece haber tenido aspecto tártaro. Este semi-germano, semi-eslavo y al par tártaro caudillo, fué el que descargó más rudos golpes sobre la independendencia khazar en la segunda mitad del siglo x. Venció primero á los Viatitches, raza ongra comprendida en el estado khazar y que vivia próxima á Kahluza, Tula y Orel; es decir, en los puntos más céntricos de lo que es actualmente el imperio ruso. Derrotó luégo á los mismos khazares, apoderándose de su capital y fortaleza, Sarkel. La mayor parte del territorio khazar al S. del mar de Azoff cayó indudablemente, á la sazón, en manos de los rusos.

Tenemos noticia de ataques que luégo hicieron éstos hácia el año 969. Refiere Ibn Hankal que devastaron por completo la próspera ciudad de Bulghar. Fueron desde allí á Roum (imperio de Oriente) y á Andalos: el nombre de Andalos es usado comunmente por los escritores modernos en compañía de una interrogacion, y es considerado como palmario error del escritor arábigo. No me maravillaría yo, sin embargo, de que una partida de veregnes hubiera ido desde el Bósforo y el Egeo hasta Andalucía, que en tiempo de los califas Ommiadas era llamada Andalos. Ni sería, ante la seria crítica, más notable esta expedicion que la de otras razas del Norte ó Normandas al Garona y á Sicilia.

Á últimos del siglo x y principios del xi, un resto de Khazaria existía aún en Crimea. La riqueza de esta Península y el continuo contacto con el lujo y las artes de Constantinopla, habían debilitado el espíritu militar en los dominios del Chagan. Desgraciadamente, por una ofuscacion difícil de explicar, el imperio de Oriente sugirió á los rusos la idea de acabar por medio de sus fuerzas combinadas con el último baluarte de los khazares. Deseaban los bizantinos dominar por completo al Quersoneso Táurico. Una consideracion más acertada de las cosas les hubiera hecho comprender que lo peor para sus intereses era traer los rusos al Mar Negro.

La gratitud influye tan poco en la política, que no vale la pena hacer constar cuánto la olvidaron en esta ocasion los bizantinos. Durante todo el tiempo en que la corte y reino khazares habían sido principalmente judáicos y mahometanos, los

emperadores griegos habían solicitado y utilizado la amistad del Chagan.

Pero, cuando, gracias al espíritu tolerante de la legislación khazar, hizo grandes progresos el credo cristiano, al par que amenguaba el poder del Chagan, unióse el gobierno de Constantinopla á los rusos para completa ruina de los «turcos del Este.»

Citan algunas crónicas á Mstislaw, hijo de Vladimiro, como el jefe de las fuerzas rusas, á quien hicieron los bizantinos la proposición que nos ocupa. En otros lugares, el nombre de Spheng es dado al caudillo ruso; nombre evidentemente germano: Swenk, diminutivo de Swen ó Swein. Mandaba Andrónico las tropas bizantinas; y el año 1016 arribó á la costa táurica, y despues de una batalla en que los khazares fueron destrozados, el Chagan Georgio Tzulo cayó prisionero.

Este fué el golpe de gracia para la existencia política de aquella extraña nacion judáico-turca en las márgenes del Mar Negro. En los fronterizos pueblos asiáticos subsistió, por ventura, algun resto del poderío khazar hasta el siglo XII. En 1140, un rabbi Selusdah, levita hebreo, escribió un panegírico en loor del soberano khazar. No obstante, cuando sobrevino en el siglo XIII la gran irrupción tártara, todas las huellas de los khazares se habían desvanecido cerca del Caspio. Crimea era, sin embargo, mencionada por escritores que vivieron en las postrimerías de la Edad Media con el nombre de «Gasaria;» pero los khazares, una nacion independiente, habían dejado de existir.

Hay quien cree que la palabra alemana con que se designa á los herejes (Ketzer) es un derivado del nombre de Akatzyr ó Katzyri que en las crónicas bizantinas se da á los khazares, y acaso podría servir para la etimología de la palabra francesa *cagot* de los degradados descendientes de la un tiempo orgullosa raza que recorrió á Francia y España. Tambien se ha dicho que la secta israelita Karaita que ha conservado tantos tesoros de literatura judáica, procede de la parte de la población khazar que se convirtió á la ley de Moisés. Y, pues los karaitas continuaron la lucha de los saduceos contra los fariseos, podríamos sacar la consecuencia de que los khazares fueron inclinados á las ideas religiosas más progresivas dentro del

judaismo. El hecho de que los karaitas proceden de los khazares, es, sin embargo, dudoso. Las inscripciones hebráicas de Crimea, famosas por su antigüedad, datan tal vez de los khazares, á no ser que su origen sea aún más lejano.

Con mayor certeza podemos hallar nombres de ciudades khazares en los de algunos condados y aldeas de Rusia.

Ya al terminar el siglo xiv, el obispo Pimin hace constar en su *viaje á Constantinopla* la situación de las ruinas de Serklia que probablemente fué Sarkel. Chagan, cerca de Karssoff y otras ciudades próximas á Voronesh, son evidentemente de origen khazar.

Aunque muy extraño, no es inverosímil que el mismo título de los monarcas rusos ántes de que se adoptara el de Czar ó emperador, nació del contacto con el gran *chaganato* de los khazares.

La misma palabra Czar, que fué la que en definitiva sirvió para designar á los soberanos de Moscovia luégo que Ivan el Terrible conquistó los tres Czaratos de Siberia, Kazan y Astrakan, ha sido explicado por Casimir Delamarre y otros como un título tártaro que significa «Señor de las Estepas.» Niegan estos escritores que se derive de Cæsar. Es, sin duda, de notar, que como observa Margeret, el emperador del Sacro Romano Imperio era llamado por los rusos «Isisar,» nombre que derivaban de Cæsar, mientras que al monarca moscovita le llamaban «Zar.»

Si nos remontamos á la primera época de los Rusik, veremos que Vladimiro y su hijo Taroslaw eran celebrados en un panegírico eclesiástico como «Gran Kazar» y «Kazan.» Así dice el elogio: «Alabemos tambien en los límites de nuestras facultades y tan humildemente como podamos al autor de grandes y altos hechos nuestro maestro el gran kazar de nuestro país, Vladimiro.» Y en otra ocasión: «Ruega especialmente por tu hijo nuestro ortodoxo kazar Jorge (Jaroslaw Wladimirowitch), para que camine en paz y salud entre los males de la vida.» Segun Rurik, vivió todavía largo tiempo el gran kazarato en la memoria, y los labios del pueblo eslavo y de las razas del Norte sometidas á la preponderancia eslava. El poema de la guerra de Igor contra los polozians, compuesto proba-

blemente á fines del siglo XII, habla del placer de Jaroslaw, Oleg y Kazan en medio de las batallas. No cabe duda, por lo tanto, de que áun los más antiguos títulos de los monarcas rusos son de origen turco.

Acaso fuera interesante hacer constar aquí que cuando Vladimiro de Rusia pensó variar de religion, hizo que acudieran á su corte expositores de las diversas sectas. Proponíase este príncipe abrazar aquella religion que mejor sirviera para regir fuertemente un imperio. Entre los predicadores llamados, había un monje católico romano de Alemania, un filósofo greco-católico de Constantinopla, un sacerdote mahometano de Oriente, y un judío talmudista de Khazaria. Después de oírlos á todos, decidióse Vladimiro á favor de la doctrina bizantina, que sin duda se avino mejor con sus ideas de real majestad y autocrática soberanía. De otra parte, esta conversion podía ser y fué utilizada por él á favor de sus planes agresivos. Declaró, en efecto, que al mismo tiempo que recibiera el bautismo habría de ser reconocido como protector por la Iglesia de Constantinopla. Como el emperador griego vacilara en rendirse á esta exigencia, invadió Vladimiro la Crimea, donde estaba en parte reconocido el imperio bizantino, y amenazó con llegar hasta Constantinopla. Para satisfacerlo, fué necesario enviarle en calidad de novia una princesa griega y cierto número de clérigos que le bautizaran; sólo así se ganó la voluntad del ambicioso caudillo ruso.

Con tamaño peligro por la parte Norte, siempre á la vista, grave fué el error que los bizantinos cometieron, coadyuvando á la destruccion del reino intermedio de Khazaria. No obstante, pronto se debilitó Rusia interiormente por haberse repartido el país las diversas ramas de la familia reinante. En ocasion de estar dividida de esta suerte, sobrevino la terrible invasion de las hordas mogoles de Gengis Khan y Balú, y entónces comenzó la sumision de Rusia por dos siglos y medio al yugo tártaro. Así fué que la ruina y destruccion de los turcos del Este contribuyó sin duda á precipitar en grandísimo infortunio á la misma Rusia.

KARL BLIND.





GALATEA

FÁBULA GRIEGA PUESTA EN VERSO Y REPARTIDA EN TRES ACTOS

La escena en Chipre, durante las fiestas de Venus

PERSONAS

GALATEA.
PIGMALION.
ASPASIA.
MIDAS.

GANIMEDES.
LEÓNTICO..... }
CARICLES..... } *Amigos.*
ARÍSTIDES DE MILETO }

Dos mujeres flautistas que no hablan.

Acompañamiento de mancebos de ambos sexos.

El teatro representa el estudio del escultor Pigmalion, en que hay dos puertas, una que se supone ser la entrada, y otra que va á la habitacion de Pigmalion. Hay, entre otros objetos propios del arte escultural, una estatua de Terpsícore puesta en obra.

Al abrirse la escena queda la orquesta en las flautas á medida que se alza el telon muy despacio; y aparecen Pigmalion distraido frente á la estatua con el cincel y el martillo en las manos, y Aspasia estando en lo alto de la tarima en actitud de danza por un instante, mientras las flautistas aparentan estar tocando los instrumentos.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

ASPASIA, ofendida en su amor propio, desciende de la tarima y manda por señas callar á las flautistas, sin que Pigmalion se advierta , sumergido como está en la meditacion.

ASPASIA. Volver desden por desden
ó desprecio con desprecio,
sería pagar la deuda ;
mas no la deuda y el rédito.
(Se llega á las flautistas con precaucion.)
Parthénis, si en este instante
mirais mi ofensa, os empleo
para concurrir conmigo
á la venganza á que apelo,
sin que ese insensato entienda
en lo que es sencillo juego,
satisfaccion de un agravio ;
pues ni tal triunfo le cedo.
Frente al templo de la diosa,
aguardando mi regreso,
están Caricles, Leóntico,
y Arístides de Mileto :
vé, y diles que sin tardanza,
por ser precioso el momento,
Aspasia queda esperándolos
de Pigmalion bajo el techo ;
entiéndeme, no á la puerta
sino aquí en este aposento.
Y si alguno te observase
la obstinacion del portero,
porque su dueño prohíbe
dar entrada á los mancebos ,
diles que domesticado
hallarán al Cancerbero ;

díles vengan prevenidos...
¡qué prevenidos! resueltos
á llevarse á Pígalion
contra todos sus esfuerzos.
Corre, Parthénis, vé, lleva
mi encargo, y vente con ellos.

(Sale Parthénis.)

Tú, Musária, este bolsillo
que encierra drachmas por cientos,
al portero encadenado
darás, diciéndole á tiempo
cómo yo la libertad
por mayor premio le ofrezco.
Añádele, que al salir
le hablaré lo que pretendo
de él, á cambio de librarle
de la sujecion del hierro,
y que, á la que alzar pudiera
con su oro monumentos,
juzgue si le será fácil
comprar los grillos de un negro.

(Sale Musária.)

ESCENA II.

ASPASIA sola.

Pues ama el dinero Midas
más que el preciso sustento,
mientras gasta sin reparo
de su torpe usura el precio
por adquirir una piedra
á que da forma el ingenio
del escultor, de él me encargo.
Cada hombre está sujeto
á extraño influjo, y hacer
que vibre la cuerda en ellos
á que obedecen pacientes,
es instinto de mi sexo.
Midas prefiere una estatua
fria, inmóvil, sin aliento;
y este insensato, este loco,

desdeñando los modelos
de donde formó el conjunto
que dan á su estatua mérito,
quisiera animar el mármol
fiando en él sus deseos.

ESCENA III.

(Aspasia acercándose á Pigmalion á tiempo que éste sacude su letargo.)

- ASPASIA. Si así sorprende la vista
tan completa la ilusion...
- PIGMALION. ¡Oh, Aspasia!
- ASPASIA. ¡Cuán poco dista
la mágia de un grande artista
del poder de Deucalion!
Celos de hermosura tanta
la propia musa sintiera :
desde la alígera planta,
vuela más que se levanta.
Aquí, un leve toque diera
mayor ambiente al cabello.
- PIGMALION. Mañana al puro destello
del astro, padre del dia,
será mas tuyo lo bello
en la Terpsícore mia.
- ASPASIA. ¿Mañana?
- PIGMALION. La luz flaquea.
- ASPASIA. En hora más avanzada,
modelaste por Pantea
el rostro de Galatea,
yo presente.
- PIGMALION. *(Aparte.)* ¡Qué cansada!
- ASPASIA. Y apenas dejó este suelo,
enmendaste cierta línea
incorrecta en el modelo.
- PIGMALION. Fué...
- ASPASIA. Con ménos luz del cielo.
Tras ella al seno de Frínea
desnudo á tu voluntad,
con tanta curiosidad
buscaste la perfeccion,

que con harta realidad
de Frínea y Pantea son
juntos en la estatua aquélla,
de una el seno, de otra el busto.
Pienso que á prender en ella
en animada centella,
de Prometeo el augusto
fuego á los Dioses robado,
no hubiera en Grecia mujer
que la viese con agrado.

PIGMALION. A más luz...

ASPASIA. Has modelado
conforme á mi parecer
de cada una lo mejor ;
mas si se admira en Pantea
virtud, belleza y candor,
en Frínea...

PIGMALION. Será mayor
mi exámen cuanto más vea.

ASPASIA. De Frínea, tras los turgentes
contornos del blanco seno,
altos pechos atrayentes,
que hacen de jueces, clientes,
se esconde traidor veneno.

PIGMALION. ¡Ah!

ASPASIA. El veneno de flaqueza
natural en la hermosura ;
pues que constancia y belleza
en nuestra naturaleza
propensa á lisonja, dura
lo que el perfume en las alas
de ave que anida entre flores,
y por desplegar sus galas
deja en las etéreas salas
el precio de los olores.

PIGMALION. Como á la mujer trascienda
vil lisonja, es cierto, Aspasia.

ASPASIA. No hay mujer á quien no ascienda,
más que á los dioses la ofrenda
de los perfumes del Asia.

Una mirada furtiva
que escapa á la vecindad,

penetra cual llama viva
 en la mujer más esquiva
 y halaga su vanidad.
 Cuando llegan los reflejos
 de la aurora, y á lo léjos
 oye pulsar una lira,
 obedece los consejos
 del que á lo léjos suspira.
 Y al lujo de la mañana,
 beso del cielo caído,
 una flor en la ventana,
 nos dice la flor temprana
 el galan que la ha traído;
 pues leemos en la flor
 palabras del amador,
 y al contemplarla se siente
 brotar suspiro de amor
 cual si estuviese aún caliente.
 Esto en la núbil doncella,
 en la viuda recatada,
 en la que el marido sella
 su bien, confiado en ella,
 ya que no hay mujer guardada.

PIGMALION. Volviendo á la correccion,
 sospecho si no te es grata.

ASPASIA. Tan nobles las artes son,
 que prestan aprobacion
 al que en ellas roba y mata...
 Pero resuelve ahora mismo
 este problema social:
 si es la mujer un abismo
 cuando honesta, y el cinismo
 es en Frínea el ideal,
 ¿qué sería Galatea
 con el rostro de Pantea
 noble, ingénuo, pudibundo;
 y el seno de Frínea atea,
 frágil, torpe, súcio, inmundo,
 si como los dioses son
 más poderosos que el hombre,
 al mármol sin sensacion
 á que has dado forma y nombre

prestasen vida y razon,
y por su hermosura extrema
fueses tú su amante fiel?

PIGMALION.

(Aparte.) Problema, cruel problema
tan insoluble que quema
mi frente al fijarme en él.

(Vuelve á quedar pensativo á tiempo que entra apresuradamente Ganimedes y lo lleva aparte.)

ESCENA IV.

GANIMEDES Y PIGMALION.

GANIMEDES.

Sánete cómo te traigo
una nueva de tu gusto,
y cómo yo traigo el susto
de lo que acabo de ver.

PIGMALION.

¿Qué viste? Dímelo pronto.

GANIMEDES.

Si me quedé algo suspenso,
es que, cuanto más lo pienso,
dudo si podrá no ser.
Como de la estatua soy
el perpétuo centinela,
me hallaba entre duerme y vela...
(perdóname, Pigmalion)
y ya que desperezaba
tras esas horas eternas,
y estiré brazos y piernas
y la boca se me abrió,
sucédeme que me encuentro
los ojos de Galatea...

PIGMALION.

¡Dioses!

GANIMEDES.

Y que parpadea
sin dejarme de mirar.

PIGMALION.

¡A tí!... Sueñas ó deliras.

GANIMEDES.

Pero con muy mala cara;
como si se horrorizara
de mirarme bostezar.

PIGMALION.

¡Si soñaste! ¡si has mentido!
te cruzaré á latigazos. *(Sale precipitadamente.)*

GANIMEDES.

(Aparte.) ¡Hércules, ata sus brazos
si sale con que soñé!

Y eso que guardo en secreto
lo que ofenderle podría:
me miraba y sonreía
á tiempo que desperté.

ESCENA V.

ASPASIA Y GANIMEDES.



- ASPASIA. Ganimedes?
- GANIMEDES. Galatea!..
- ASPASIA. ¿Qué dices? ¿Cómo me llamas?
- GANIMEDES. Perdóname; tal estoy
en este momento, Aspasia,
que con ser tú la que prestas
aliento á mis esperanzas.
de relevarme algun dia
de ser Argos de la estatua,
te tomé por ella misma:
tanto en los ojos me baila.
- ASPASIA. Puse oído y comprendí
que zurcias una fábula.
Eres un Esopo á medias,
pobre esclavo, que no alcanzas
á ingeniar los argumentos;
pero yo te daré traza
por donde llegues á verte
sin esa piedra con faldas,
á que ha entregado un demente
las facultades del alma.
Decías á Pigmalion
que te miró.
- GANIMEDES. Y me miraba,
y al mirarme se reía
(yo á tí no te oculto nada).
O estoy más ido de cascos
que mi dueño, y no me valgan
mis ruegos, Aspasia bella,
contigo, que así me amparas,
si á sus labios no añadió
una mueca tan güapa,
que como soy Ganimedes

casi estuve por besarla.
 Esto lo digo á tí sola,
 guárdalo por mis espaldas,
 y líbrame para siempre
 con tu talento y tus gracias
 de esa linda Galatea :
 ni sé si es ninfa ó zagala,
 y de mí sé solamente
 que soy su perro, y me pasa
 que ya dudo si es de piedra,
 ó es moza de carnes sanas.

ASPASIA. Fia en mí. Vendrá un anciano
 cuando ménos pienses ; calla
 á tu dueño haberle visto.

Vuelve ahora á donde estabas.

GANIMEDES. Por Mercurio, te suplico
 no hagas tal.

ASPASIA. Dije, te vayas.

(Váse Ganimedes por donde vino.)

(Se oye tumulto hácia la puerta opuesta á la del interior ; luégo entran Leóntico, Caricles y Arístides de Mileto seguidos de un corto acompañamiento de jóvenes de ámbos sexos, entre ellos las dos flautistas.)

ESCENA VI.

TODOS. ¡Ebohe!
 Reina el amor.

(Aspasia les señala la puerta por donde han de encontrarse con Pigmalion y se va.)

CARICLES. Arístides de Mileto,
 un himno á Vénus la madre
 de amor.

TODOS. Que cante, que cante.

(Aparece Pigmalion defendiendo la entrada de la estancia en que se supone estar la estatua de Galatea.)

ESCENA VII.

LOS DICHOS y PIGMALION.

PIGMALION. ¿Aquí Caricles, Leóntico,
 y Arístides de Mileto,
 los que con turba insolente

allanan mi hogar doméstico?
¡Y sois vosotros!

ARÍSTIDES.

Lo somos.

CARICLES.

Tus antiguos compañeros.

LEÓNTICO.

Compañeros siempre tuyos.

PIGMALION.

¡Atrás! Si á un esclavo viejo
atado á ruda cadena
atropellásteis primero,
para insultar el sagrado
que negué á los ojos vuestros;
libre yo y mis brazos libres,
por mí solo lo defiendo.
¡Atrás, he dicho! ó por Júpiter
protector, que rompo, y temo
mataros.

CARICLES.

De Vénus madre
reclama el altar tu incienso.

LEÓNTICO.

La Diosa de amor te pide
palomas, flores y versos.

ARÍSTIDES.

En honra á Vénus, amigos,
un himno á coro cantemos.

LOS HOMBRES.

¡Oh, pródiga Vénus! ¡oh, madre fecunda!
tu cálido beso, tu aliento vital,
esponja de celo, de amores inunda
los cielos, el aire, la tierra y el mar.

LAS MUJERES.

Tú arrullas la tigre cual mansa paloma,
tú enciendes las piedras y tus besos van
besándose juntos, llenando de aroma
los cielos, el aire, la tierra y el mar.

TODOS.

¡Ebohe!

Reina el amor.

LOS HOMBRES.

Amor es la vida, su esencia es el alma...

LAS MUJERES.

Si amor es la vida, no amar es no ser.

TODOS.

Inúndanos, madre, en plácida calma
de esencia y perfumes, de aroma y placer.

(Pigmalion á medida que se prolonga el himno se va calmando hasta mostrarse conmovido.)

PIGMALION.

¡Oh, Vénus, cuán dulcemente
el corazón reverente
se rinde á tu voluntad!
Cantad, venturosa gente,
y unid mi ruego.

TODOS.

¡Al altar!

ARÍSTIDES.

Sí, amigos, vamos al ara
del templo en que se venera
la diosa de los amores,
á depositar ofrendas ;
pero ántes al noble artista,
que ha modelado en la piedra
la forma de una hermosura,
cual nunca los hombres vieran,
pedid amigos, rogadle
que con nosotros se venga.

UNOS.

Pigmalion, al altar.

OTROS.

Vénus, tus dones espera.

PIGMALION.

Rogad á la madre Vénus;
pedidle, y dejadme en esta
soledad, donde suspiro
trás un imposible, apénas
comprendido por mi mente
cuanto el corazon lo anhela.

ARÍSTIDES.

Quédese, dejad se quede
sin que agravemos la ofensa
con el ruego que hace á Vénus
víctima de su tristeza.

Siempre acompaña al artista
la nostalgia que lo aleja
de la verdad de la vida
en busca de una quimérica
perfeccion, que no se cumple
en los fines de la tierra.

Y aspirar es su destino
hasta que se muere, y lega
en la duracion del tiempo
á generaciones nuevas
sus obras ; dejad se quede,
mas logre en vida siquiera
ver coronado en su obsequio
su triunfo en su obra maestra.

PIGMALION.

(*Aparte.*) ¡Mi triunfo!

ARÍSTIDES.

Y su triunfo es

la estatua de Galatea.

LEÓNTICO.

A la estatua coronemos
de Pigmalion en presencia.

CARICLES. Por aquí pasad, amigos ;
él nos abrirá la puerta.

CORO
DE HOMBRES. } De mirto hay guirnaldas.

CORO
DE MUJERES. } De rosas tambien.

ARÍSTIDES. Ceñid sus espaldas , coronad su sien.

PIGMALION. ¡Teneos!.. voy con vosotros :
así propicia me sea
la deidad, en sacrificio
de que os abrazo en su fiesta.
Mi clámide, Ganimedes.

(Los amigos abrazándole.) Gloria á Pigmalion , mancebas.

EL CORO. ¡Ebohe!

ARÍSTIDES. Dejad salida.
Amor es la vida entera.

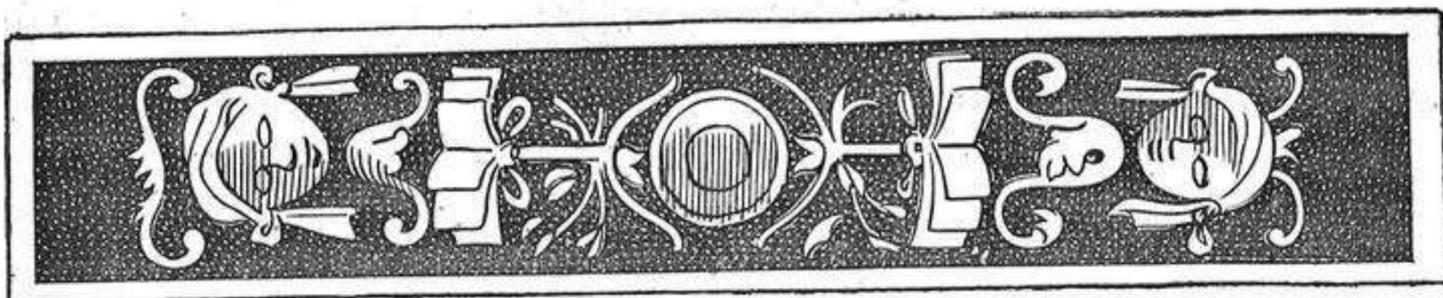
(Todos abren paso, yéndose tras Pigmalion y sus amigos.)

(Conforme va cayendo el telon se oye el coro.)

CORO. Si amor es la vida , no amar es no ser.
Inúndanos, madre, en plácida calma,
de esencia y perfumes, de aroma y placer.

FIN DEL PRIMER ACTO.





LA MUJER EN EL SIGLO XVIII



UNQUE no presumen de filósofos, han escrito MM. de Goncourt uno de los mejores ensayos psicológicos que leerse pueden : *La mujer en el siglo XVIII* (1). En este libro debe estudiarse la estructura y la vida de una de las formas más perfectas y delicadas de la organización humana. La anatomía, la psicología, la patología del corazón é inteligencia de la mujer en el siglo pasado, son registradas con ávida curiosidad, descritas extensamente con meticoloso cuidado y paciencia de micrógrafo que vuelve sin cansarse á la misma preparación anatómica, considerándola bajo todos sus aspectos, anotando las circunstancias más fugaces, teniendo en cuenta la hora del día, la naturaleza de la luz, las menores oscilaciones de la presión y la temperatura. Acaso se dirá que el libro de MM. de Goncourt está por hacer ; los literatos sostendrán que no es un cuadro sino una serie de estudios ; los filósofos juzgarán que la obra carece de método, y sobre todo de principios, que ninguna ley, ninguna idea general domina á ese caos de observaciones en que se agitan con grande confusión los elementos de una civilización pasada. Razonan muy

(1) Edmond et Jules de Goncourt : *La femme au dix huitieme siecle*. Nouvelle edition revue et augmentée. Paris, Charpentier, 1877, in 8.º de 524 pág.

bien los que tal sostienen, diré á mi vez ; pero deben tomarse los libros como son. Este en que me ocupo es una coleccion de notas y documentos. Hay muchos modos de escribir la historia ; pero no hay más que uno de interrogar libros y folletos, de leer cartas y memorias, de estudiar colecciones de cuadros y de estampas, de transcribir notas judiciales y compulsar documentos en los archivos. MM. de Goncourt, que son artistas hasta la médula de los huesos, harto han demostrado que saben pintar (1). De su voluntad dependía ofrecernos ó nó un cuadro ó agua fuerte de singular valentía. Acaso, y este es el único cargo que he de dirigirles, se han acordado por demas de su arte. Una serie de estampas serviría mejor para hacernos ver los salones, las modas y retratos de la época, que no esa laboriosa pintura á la pluma que decididamente no corresponde á la índole de nuestra lengua.

Ya vamos renunciando y al cabo renunciaremos del todo á la aficion por las grandes sinfonías del color en obras literarias. El gusto clásico, ó si se quiere los hábitos y tradiciones de la prosa francesa han dado cuenta de esas románticas invenciones. Nada más desacertado pudo imaginarse que llevar por estos caminos la prosa más transparente que jamás hubo, toda claridad y razon, la frase francesa, hasta entónces límpida y flúida como una corriente.

Si el historiador de nuestros dias quiere comprender á la mujer, ó mejor dicho, á la francesa de los reinados de Luis XV y Luis XVI, absténgase de mirar á su alrededor. No quiero decir con esto que las mujeres de nuestro tiempo no descien-den genealógicamente de las del pasado siglo: ¿de dónde habían de venir si no? Son las mismas mujeres, y sin embargo, son distintas. Si oportuno fuera hacer citas en griego, recordaría yo las palabras de que Aristóteles se sirve al dar principio á su inmortal *Historia de los animales* y que estoy parafraseando ahora. Muchos siglos ántes de nuestro Etienne Geoffroy Saint Hilaire, el padre de la anatomía comparada había entrevisto

(1). Esto se advierte al punto en los preciosos estudios, con tanta sagacidad escritos y con tan puro y delicado sentimiento en que asoma dulce melancolía, consagrados por M. Philippe Burty á M. Jules de Goncourt en un libro reciente : *Maitres et petits maitres* (Paris, Charpentier 1877).

la *teoría de los análogos* al escribir lo siguiente: «siendo la pluma en los pájaros lo que la escama es en los peces, lícito es comparar las plumas con las escamas.» Esta teoría de los análogos es la que debemos aplicar á las mujeres de ambos siglos; entre unas y otras no hay más que analogía. Son las mismas, y sin embargo, son diferentes.

No insistamos en la raza ni en los hábitos del cuerpo y el alma transmitidos por los antepasados y fijos en los descendientes merced á la herencia; conocemos esta raza, que es la nuestra, y en cuanto á los hábitos, ellos son familiares á cuantos han estudiado el siglo xvii. No sucede otro tanto con el medio social, y sobre todo, estudiando á la mujer en el siglo xviii. Diferenciábanse mucho las francesas de la época de la Regencia de las del reinado de Luis XV, y nuestras abuelas, las mujeres que vieron á Luis XVI y la Revolución, no se parecían apenas á las unas ni á las otras. Poseen, no obstante, todas estas mujeres ciertos caracteres comunes, y si es lícito decirlo, una especie de unidad orgánica, de mental estructura que permiten constituir con ella un grupo natural. Las circunstancias de tiempo y lugar explican muy bien las divergencias con respecto el tipo ideal por nosotros concebido. No han llegado, por otra parte, estas divergencias, á crear nuevas *variedades* por falta de tiempo. Y luégo, á despecho de la extremada movilidad de sus ideas y costumbres, la mujer es entre todas las criaturas la que conserva con más fidelidad los caracteres propios de la especie, de la raza y la nación.

Estudiemos, pues, algunas de las causas exteriores que modificaron á la mujer en el siglo xviii, indaguemos la influencia del medio con que fué atrofiada ó hipertrofiada tal ó cual parte de su inteligencia y corazón; tendremos al hacerlo ocasión de comprobar una vez más que ciertas ideas y pasiones no se desarrollan nunca sino á costa de otras ideas y pasiones, borradas de tal manera por falta de aplicación, que nos hace pensar en los órganos rudimentarios; y la ley del equilibrio (*balancement*) de los órganos nos parecerá en esta ocasión tan aplicable como la teoría de los análogos.

La francesa del siglo xviii heredó de la del xvii la afición á representar. Ora sea noble su porte, como en los últimos años

del reinado de Luis XIV, ó gentil y donairoso, como en tiempo de Luis XV, ó conmovedor é ingenuo, como en la época de Luis XVI y la Revolucion, la mujer aparece siempre en sociedad como en un teatro; nota que en ella se fijan las miradas del público, y acaba por representar una comedia con tanta naturalidad, que sólo parece afectada cuando intenta mostrarse espontánea y sincera. Largo es el papel, y de los más difíciles de desempeñar, y por eso empieza desde muy jóven á aprenderlo. Por mucho que á sus recuerdos se remonte, nunca se conoce la mujer sino representando. Fórmase desde la cuna para las buenas maneras. Niña, remeda á las señoras en el Jardín de las Tullerías. Saltar, correr, charlar en público, sería inconveniente, áun en edad tan temprana, al ménos en los primeros años del siglo. La cándida ternura maternal, de sensualidad tan profunda, las dulces horas de abandono y de loca alegría pasadas en jugar con un niño, en sonreírle, en escucharle, son cosas que hubieran parecido á la sazón bien inferiores. Baja la niña un momento cuando es de mañana y en compañía del aya á una habitacion de entornadas persianas: su corazoncito se oprime y al pronto no acierta á distinguir los sujetos.

Sin dejar de pensar en el puesto que ocupaba la víspera en los salones, en las frases oportunas é ingeniosas que dijo, en las esquelas que tiene que escribir y en los sitios á donde ha de encaminarse, entérase la madre de la salud, la conducta y los adelantos de su hija. Esto es todo, y la niña vuelve con el aya á las habitaciones altas de la casa. Cierta dosis de temor se mezcla con el cariño filial. Los niños quieren con *miedo y temblor*, no porque los padres tengan en el fondo más dureza que en cualesquiera otros tiempos, sino por no comprenderse el papel de padre y áun el de madre sin dignidad altiva y un tanto seca, que semeja á las veces crueldad.

Pero muy luégo esta vida de familia, si es que así puede llamarse, es considerada insuficiente para educar á una niña. Con arreglo al rango y riqueza de los padres, es llevada á Fontevrault ó á Ponthemont, al aristocrático convento de la calle de Grenelle, al de la Presentación ó con las madres de Santa María, calle de Saint-Jacques. Los conventos en el

siglo XVIII tenían, como es sabido, abiertas las puertas de par en par al mundo. Todos los rumores de la corte y la ciudad llegaban á aquéllos, y las noticias eran conocidas casi tan puntualmente como en casa de Mme. Doublet. El convento era el refugio de las señoras viudas ó de mediana posición, viejas ya ó que experimentaban un acceso de pasajera devoción, las cuales, sin renunciar al siglo, buscaban las discretas sombras de esos cláustros mundanales. Eran también los conventos ordinarios asilos de las interesadas en separaciones judiciales, cada vez más frecuentes, á todas las cuales hay que unir un gran número de las maltratadas por la viruela. Toda oídos en el locutorio, en los oficios, en las largas horas de recreo, la niña se acostumbraba poco á poco al modo de ser de su siglo, y continuaba en aquel retiro los estudios que comenzó en la casa paterna, recibiendo lecciones de baile, de canto, de música, adquiriendo cuanto era de más aprecio en los círculos elegantes, aún ántes de recibir la confirmación.

Sólo salía del convento cuando era llegada la hora de entrar en la casa de un marido á quien apenas había visto fuera del locutorio. En la nobleza y la alta clase media, el matrimonio era negocio de familia, y sólo se atendía á las conveniencias de rango y de fortuna. Casada muy pronto, á veces á los doce y trece años, á la niña le importaba ménos el marido que el matrimonio. ¿Para qué la serviría haber aprendido á andar, á tener buenas maneras, á saludar, si no hubiera estado destinada á pisar la primera escena del mundo, á ser presentada en la corte y á recibir en su casa la mejor sociedad? Iba á tener una casa puesta, diamantes, caballos, una berlina dorada y ricas libreas; se la vería en los paseos, en la Ópera, en la comedia; daría comidas y cenas, bailes, fiestas á que asistiría todo París. No pensaba en otra cosa al ir al altar. El matrimonio se consumaba en el campo. Al cabo de algunos días, la jóven regresaba á París; hacía sus visitas, y cubierta de diamantes se presentaba el viérnes en la Ópera.

Parece á primera vista que las jóvenes de la clase media más modesta estaban más cerca de la naturaleza. Ellas son sin duda ménos hábiles comediantas, pero es porque no tienen diamantes y no pueden ocupar los primeros puestos. La niña

no tiene en estas clases más aya que su madre y viste modestamente. Va y viene como una pequeña ama de casa entre los grandes sillones simétricamente colocados, los relucientes muebles y el sólido armario de nogal. Llévanla de ordinario á los once años al convento, bien á la abadía des Cordelières de la calle de Loureine, bien á la casa Saint Magloire de la calle Saint Denis, á San Agustin, ó al Santo Sacramento. Costaba el tenerlas en dichos colegios de 250 á 350 libras al año. En esas honradas y apacibles mansiones en que conságranse algunas horas del dia á la instruccion religiosa, no dejan las niñas de cultivar las artes de adorno, de aprender música y baile. En el siglo pasado pagaban maestros de baile hasta las gentes del pueblo. No era hombre, no era sobre todo mujer, quien no sabía presentarse en sociedad, saludar y hacer reverencias.

A los doce años sacaban á la niña de clase modesta del convento. En la casa paterna, donde tiene á su cargo todas las obligaciones de una criada, seguía recibiendo lecciones de sus maestros. Aunque no iba á la Opera hasta que tenía veinte años, frecuentaba los teatros caseros, tan extendidos á la sazón en todas las clases de la sociedad, y representaba con gusto en sus pequeños escenarios, donde trabajaban con ella sus hermanos y primos. Hallábanla de paseo en el jardin del Arsenal, en el del Rey, en el de Luxemburgo y en las Barreras. Los domingos de verano hacíanse excursiones á Meudon, al Pré Saint Gervais, á Saint Cloud. De noche tomaban el fresco las jóvenes de la clase media en la puerta de su casa ó en la ventana. Desde que están bastante crecidas y en plena juventud, cogen la manteleta y la cofia y se van solas á correr aventuras. Buscan marido y lo encuentran de ordinario, en paseo, en la iglesia ó en el baile. No se las casa, como sucede en las clases elevadas; se casan ellas.

Sólo despues de muchas visitas y de una corte hecha con sujecion á todas las reglas del amor perfecto, la joven *burguesa* permitía á su pretendiente que fuera al *quai des Orfèvres* en busca del anillo y medallon de matrimonio. Y es que en dicha clase, como observan oportunamente MM. de Goncourt, el dia del matrimonio no es el primero, sino el último

de la libertad para la mujer. Verdad es que ha elegido dueño, pues dueño es, y en adelante, le será tan difícil dejarlo como á su sombra. Todas sus costumbres de la infancia, sus gustos, sus amistades de la juventud, huyen ante las austeras obligaciones del hogar. En lo sucesivo, sólo el recuerdo querido de las piadosas y santas horas del convento, vendrá á alegrar esa existencia laboriosa, toda ahorro y severa economía. Sin duda al terminar el siglo será difícil distinguir á la mujer de la clase media de la gran señora; hasta tal punto este ahorro acumulado favorecerá el desarrollo del lujo en esa clase. Las grandes fortunas no estarán ya en poder de la nobleza. Los señores arruinados se dignarán casar con las hijas de los comerciantes en telas de la calle Saint Honoré. Pero el buen sentido del burgués de Paris le pondrá á menudo muy en guardia contra esta especie de enlaces desproporcionados en que sólo se mira á sus millones. Estas jóvenes conservan, generalmente hablando, luégo de casadas, virtudes que sólo son en sociedad singularidades.

Las personas de mediana posición no son las que dan á un siglo la fisonomía con que de los otros se distingue, porque ellas conservan, poco más ó menos en todas partes y siempre, los mismos vicios y las mismas virtudes. La razón de esto es bien sencilla: hasta la Revolución francesa las condiciones de existencia apenas varían para dicha clase en todas las naciones europeas. Otro tanto debe decirse de la mujer y la hija del pueblo, y aún hoy podría encontrarse en la sociedad francesa contemporánea esa juventud de los mercados que frecuentaba en el pasado siglo los figones campestres y los bailes públicos, que bailaba y bebía en Pont-au-Bled, en Petit-Gentilly, en el *Grand Vainqueur* de la barrera de los Gobelinos, y tenía sus groseros holgorios en medio de una barahunda de lacayos, sargentos de guardias y reclutadores.

Las costumbres de las clases elevadas de una sociedad son las que únicamente pueden caracterizarla, porque sólo en la vida opulenta y libre se desarrolla en toda su plenitud la vida humana, y se deja ver, tal como es ó poco menos. Todos los instintos oscuros de la sangre y la raza, que dormitan en el hombre del pueblo y se despiertan apenas en la clase media, esta-

llan entre los grandes en fogosas pasiones, en necesidades irresistibles, en gustos, costumbres é indomable ardor. El alma vieja del pueblo, es decir, el bruto que patalea y tasca el freno en las capas inferiores de la sociedad, cuando deja de sentir la rienda, se lanza á las alturas con furiosos relinchos. En cada generacion humana, sólo hay un pequeño número de hombres que viven verdaderamente, no sólo la vida de la inteligencia sino la del corazon y la de todos los sentidos. Ellos reciben el nombre de dichosos y afortunados del siglo, de gentes bien nacidas, hacen resonar el piso de los salones y palacios, y cuando andan por el suelo parecen llevados entre nubes de apoteosis, y no dejan caer sobre nuestra especie más que la fria é impasible mirada de los dioses inmortales.

La vida de la mujer de sociedad, de la gran señora ó de la riquísima burguesa es rara y preciosa esencia y como flor de una civilizacion. Hemos cogido en la cuna á la mujer del siglo XVIII, la hemos seguido al convento y al altar; héla ya casada con un gallardo sujeto á quien apénas conoce. Si por casualidad tuviera la candidez de amar á su marido, éste cuidaría de advertir cortesmente á su jóven esposa que la ternura conyugal es el colmo de lo ridículo. ¿Por qué? En primer lugar, porque usos son esos de la clase media, sentimientos sencillos y naturales, vulgares por ende. Cabe citar en el siglo décimo-octavo algunos casados fieles, unidos por los vínculos de sincero é inalterable afecto como los Beauvan, los Maurepas, los Chauvelin, los Vergennes, los Choiseul, los Necker; pero es bien decir en estos casos que la excepcion confirma la regla. No llamarían la atencion si no anduvieran de la mano entre esos grupos de esposos frívolos que se tropiezan, se separan, se evitan y que no reconocen límite en punto á facilidad, consideraciones y complacencia mutuas. Y aún hay algo más ridículo que el amor en los matrimonios, y son los celos. La difusion de las luces, el descrédito de las preocupaciones, la cortesanía y la suavidad de las costumbres se desenvuelven en una tolerancia universal.

No penetra el dia hasta las once en la habitacion de una mujer bonita. Luégo del primer rato de tocador dedica algunos instantes al clavicordio, coge el arpa ó bien da un paseo á ca-

ballo, que es lo que se hacía á últimos del siglo. La lectura de noticias manuscritas, de folletos ó de algunos otros libros de exquisita y refinada literatura, que sólo tienen de *Horas* el título que impreso tienen al dorso, ocupan á la mujer hasta que llega el momento de sentarse á la mesa. Despues de comer, sube al coche, hace algunas visitas y da otras tantas vueltas. Ya entre dos luces, bájase en las Tullerías, hora en que la buena sociedad se da cita. En otra época era la moda ir el jueves á los *boulevards*.

II.

La belleza de la mujer cambia con la moda en el pasado siglo. Bajo velos de transparente gasa, con sus trajes de oro y brocado, la mujer, en los primeros años de aquel siglo, tiene una hermosura insolente, de sensualidad algo bestial, de impudencia suprema, propia de una bacante que reposa. Mediado el siglo, adelántase graciosa é inteligente entre los flotantes pliegues de los grandes vestidos que bajan desde la espalda, casi desde la nuca, en la que se fruncen como manteos. La coquetería del traje de casa, el encanto del *negligé*, la vuelta á la gracia natural, han hecho que se abandonen las lujosas telas de antaño. Por último, hácia el año de 1780, renúnciase á los guarda-infantes, no se pone en el peinado sino ligerísima cantidad de polvos, y no se llevan más los zapatos de tacones altos, con gran desesperacion de Restif de la Bretonne.

La mujer, que ya sólo ansía conmover, pone de moda los ojos azules y el cabello rubio, y áun rojo. Para mostrarse más interesante, y con palidez dulcemente suavizada bajo la cofia con que, abrigándose, envuelve en sombras su lindo rostro, se hace sangrar. Prefiere la batista y el lino á la seda; lleva joyas de acero, cruces y medallones, que se mecen sobre la garganta. No le basta usar sombreros denominados de lechera, de pastora ó á la *Jeannette*, y acaba por preferir lo blanco y afectar toda su vida los ingenuos modales de la infancia. Recuérdese á Mme. Recamier, la inmaculada Nuestra Señora de l'Abbaye-aux-Bois.

La mujer vive sola, y el marido lleva el culto de las *conveniencias*, hasta el punto de irse á Versailles cuando ella viene á Paris, y de volver á Paris cuando ella llega á Versailles. Vive sola, entregada á sus sueños, á sus caprichos, pues la «deliciosa amiga» con quien ha erigido un altar á la amistad, el abate y el confidente, apénas tienen importancia en su vida. Mira alrededor, y sus libros, sus cuadros, los ejemplos de su siglo, todo la convida á gozar de la hora que pasa, todo la dice que no tiene la vida otro fin que la felicidad, es decir, el placer. ¿Qué hará este sér encantador y frívolo, de nervios siempre tendidos, más impresionable que una sensitiva, de refinado y elegante escepticismo, ajena á las preocupaciones, y libre, no obstante, de remordimientos? Tendrá un amante, no por pasion, sino por entretenerse, á manera de pasatiempo, y sosten en sociedad.

Detrás del sillón de toda mujer bonita está el galan de moda, el hombre de buena suerte y de mundo. No es él un Celadon; no pasa largos meses suspirando á los piés de una *cruel*; seguro de sí mismo, irónico y frio, triunfa sin frases, al punto en ocasiones y se divierte burlándose de su víctima. Así lo quiere la época, no hay tiempo para el perfecto amor. Fuera de esto, los ardores de cabeza han secado el corazon de la mujer que ya no puede amar. Bástanle el ensueño, la ilusion de amor, el relámpago de poesía. Acaso la realidad le causaría ménos placer. Siente como una artista, se entrega con arrebató á la quimera que la domina, se embriaga con sus sensaciones que se desbordan, y representa durante algunas horas con conviccion el personaje que quisiera ser. La fantasía se satisface, y esto es lo que desea. Era, en verdad, el amor, como decía Chanfort, el comercio de dos fantasías. Separábanse los amantes como se habían unido, por mero capricho, y con el vano intento de vencer el fastidio. Hubiera sido inconveniente por demas dejar traslucir emociones y una pasion verdadera. Todas las mujeres habrían dicho como Mad. d'Esparbés á Lauzun: «Sois, en verdad, hartó pueril: vuestros principios y vuestra manera de ser carecen de sentido comun. Creedme, primo mio, ya no tiene éxito lo romancesco; eso sólo sirve para ponerse en ridículo. Mucho me agradásteis, mas no es culpa mia que

tomárais esto por una gran pasión y que hayais creído que no iba nunca á acabar. ¿Qué os importa, habiendo pasado aquella inclinación, que me la inspire otro ó que yo no tenga ningun otro amante? Teneis muchas cualidades que os hacen simpático á las mujeres; servíos de ellas para gustarles, y estad cierto de que la pérdida de una puede compensarse siempre con el cariño de otra; siendo este el modo de ser feliz y amable (1).»

Pero el gran teatro de la mujer en el siglo XVIII no es tanto el *boudoir* como el salon. MM. de Goncourt han pintado una entera galería de cuadros de esos salones con brillantez y fidelidad histórica incomparables.

Esta es la parte más notable de la obra que examinamos. Y á la verdad, sólo en Versalles, en el Palais Royal, en el Temple, en los innumerables salones de los grandes señores, de los magistrados, de los negociantes y de las mujeres de talento, se formó esa Francia cortesana del siglo XVIII, que fué á la sazón para Europa lo que la Helada en la antigüedad para el mundo mediterráneo. No verá otra vez esas maravillosas fiestas del ingenio más agudo, brillante y sólido, las fiestas del talento francés, ese inimitable arte de conversar con sencillez aticismo, con gracia ligera y picante. Paris fué realmente entónces al modo que otra Atenas, la patria del gusto, la ciudad natal de las ciencias y las artes, el modelo de las costumbres humanas. Y fué la mujer quien elevó á este grado de perfección el arte de la vida, la finura de los modales, el refinamiento de las pasiones, la sutileza de las ideas y de los sentimientos.

Desde los salones pasa la mujer al consejo real, se sienta á la mesa de los ministros, dicta la política interior y la exterior, decide la paz ó la guerra. Preciso es reconocer que Mme de Prie, Mme de Mailly, Mme de Châteauroux, Mme de Pompadour, Mme du Barry misma y Mme de Polignac mostraron á las veces carácter, talento y resolución. Son las mujeres en aquel tiempo un «Estado en el Estado,» como decía Montes-

(1) *Memoires du duc de Lauzun*. Paris 1822, p. 23. V. ed. de L. Lacour. Paris 1858, p. 29.

quieu. No se consigue nada sin su apoyo ; todas las mercedes pasan por sus manos. En nuestros días, apenas tienen poder para otra cosa que para hacer académicos ; en el siglo pasado hacían lo mismo embajadores y ministros que obispos y generales. «Oí decir cierto día á una mujer : «Es preciso que se haga algo por ese jóven coronel ; sé lo que vale y le recomendaré al ministro.» Otra decía : «Es cosa notable que nadie se acuerde de ese jóven abate ; *es preciso* que sea obispo ; es persona bien nacida y puedo responder de sus costumbres (1).»

Suprímense estas últimas palabras, y se tendrá idea del modo de ser de esas bellas intrigantes, y creeremos oír su voz imperiosa, voz de cabeza, algo chillona y que se levanta á la altura de las circunstancias ; pues las mujeres hacen de ministros, de diplomáticos y hasta de generales, al modo que harán de pastoras y lecheras en las postrimerías de aquel siglo con el mismo arte de consumadas comediantas, aunque no con igual éxito.

Es evidente por demas que Mme de Pompadour no fué otra cosa que una comedianta, así en el castillo de Etioilles como en los gabinetes de Versailles, como en el escenario de los espectáculos regios, como en casa de su madre y su marido, en el bosque de Senart ó en Versailles, al lado del rey como al lado de la reina, en el consejo de ministros como al ir cubierta con velos rosados ó azules, cuando seguía al rey en sus cacerías á manera de ninfa, como bajo la espesa capa de blanquete y carmin que disimulaba las convulsiones de su agonia. Esmeradísimo era el arte de estas comediantas de primer orden, pero carece de influencia para nosotros. Los mismos MM. de Goncourt, que en ocasiones parecen estar todavía bajo el encanto de aquél, confiesan que las favoritas presidieron hasta á las «derrotas de nuestros ejércitos,» y que todos los proyectos recomendados ó concebidos por esas mujeres vinieron á parar en públicos infortunios, en desastres incalificables en todos los campos de batalla de Europa, en la decadencia del reino y en los trágicos destinos de la monarquía francesa. El carácter y decision de esas mujeres en las difíciles

(1) *Lettres persanes*, CVIII.

circunstancias, la fría pasión con que llevaron adelante sus empresas, son más bien que muestras de genio político, pruebas de terquedad femenina. Su inteligencia era viva y penetrante, pero no de muchos alcances é irremediablemente extraviada. Eran cerebros de pájaros educados en ricas jaulas de oro. MM. de Goncourt han apuntado con tino las ideas estrechas, las reflexiones ligeras, las locuras de las francesas del siglo XVIII y quizás de todos los siglos. De aquí, y por mucho que hagan, su insuficiencia en las cosas del gobierno, en la política exterior y sobre todo en la elección de personas. Lástima causa verlas ocuparse de asuntos públicos entre dos *toilettes*. Creen que meros recursos del momento, tienen el valor de las tradiciones.

Carecen las mujeres, en general, de sentido histórico; quizá porque no tienen continuidad en sus ideas. ¿Cómo olvidar que en el mismo año de 1756, en que fué honrada Mme de Pompadour con el cargo de dama de la reina, empezó aquella guerra de los siete años que costó á Francia sus colonias de la India y América, doscientos mil hombres y varios cientos de millones? La necedad, la frivolidad, la incapacidad de todos los favoritos á quienes esta marquesa entregó el mando de nuestros ejércitos, son notorias. Como hacen siempre las personas de estrecho y limitado juicio, ignorantísima, y ajena á toda elevada idea política ó histórica, obstínase aquella dama, tanto más cuanto más se empeñan los sucesos en contrariar sus miras. No fué bastante Rosbach para abrirle los ojos; era suya aquella guerra, y nada podía ser bastante á sacarla de su error.

La más alta expresión de la mujer de entónces, el tipo que con indelebles rasgos la caracteriza, es la *caillette* (1). ¡Cuántas mujeres del siglo XVIII, cuyo frívolo ingenio y distinguidas maneras nos seducen, cuando nos vemos en la semi-barbarie á que hemos caído, no fueron más que *caillettes* para sus contemporáneos! Y sería cosa de maravillarse que no fuera así, tratándose de una criatura que había llegado á ser casi tan arti-

(1) Llámense así las mujeres trívolas y habladoras. En la dificultad de hallar una palabra castellana que corresponda exactamente á la francesa, nos ha parecido preferible transcribir ésta.—(N. de la R.)

ficial como una muñeca. Las mujeres piensan apenas por sí mismas; las del siglo pasado, aquellas, sobre todo, que estaban perfectamente enteradas de los usos reinantes, habían llegado á perder hasta la costumbre de sentir y de proceder segun su naturaleza.

El traje, el modo de andar, el gesto, la actitud, constituían su principal estudio; y éste empezaba en la cuna. Pero todo esto era rudimentario: el modo de presentarse, de saludar, de manejar el abanico, de cecear, de modular y afeminar la voz, de hacer ciertos gestos, de tener ciertos aspectos; es decir, de afectar, segun los casos, diversas maneras elevadas, ligeras ó sentidas; el gran arte de sonarse, de comer, de beber guiñando los ojos; tales son algunos de los capítulos de una ciencia que comprendía, al modo que una enciclopedia, todo lo que la mujer debía sentir, pensar y hacer. Sólo á este precio se obtenía la «quinta esencia de lo lindo y lo amable», y se conseguía ser proclamada reina de la elegancia, hacer y deshacer modas, y regentar el gusto del siglo. Cuando era moda frecuentar los laboratorios de química, asistir á los cursos del Colegio Real ó del Liceo, la mujer disecaba y herborizaba como haría cualquier otra cosa, con igual desenfado, dichosa y sonriente. MM. de Goncourt han dicho la palabra que pinta mejor ese producto de invernadero de una civilización avanzadísima: «era un lindo monstruo.»

He insistido en lo débil de cabeza que eran las francesas del siglo XVIII. Podría haber mostrado también los defectos de su corazón. Aunque otra cosa se cree generalmente, apenas sentía, no ya la justicia y la libertad, pasiones demasiado abstractas, pero ni siquiera la equidad y la tolerancia. Sea un ejemplo Freron, crítico de literatura, de inteligencia clara, juicioso, discreto y muy superior á su reputación. Si cree que Fontenelle «fué un corruptor de todos los géneros en el arte de escribir» no faltará cierta Mme T..., poderosa amiga del filósofo para amenazar al periodista con encerrarle en un calabozo. Walpole no es tratado en *L'Année littéraire* á gusto de Mme du Deffaud y la «bella filósofa,» indica al punto tan impertinente licencia al duque de Choiseul. M. de Sartines recibirá el encargo de decir una palabra á Freron; en otros términos, de me-

terlo en la cárcel. La duquesa de Choiseul opina como su buena amiga; pero no tiene tanto disimulo. «Os ruego, escribe al duque, que metais en la cárcel á M. Freron para que aprenda á escribir (1).» El duque de Choiseul no pudo ménos de complacer á esas nobles *caillettes*.

Muchos otros rasgos del mismo género podría citar. No me causan asombro ni escándalo, pues el reinado de la mujer tiene que ser el del favor y el capricho. La justicia, lo repito, es para ella una virtud demasiado abstracta; pero bueno sería tal vez que los historiadores liberales de nuestro siglo perdieran la costumbre de celebrar los beneficios de Mme de Pompadour y las que eran como ella, á los filósofos y á la filosofía. Que el incienso de los hombres de talento hiciera perder la cabeza á tales *caillettes*, es cosa muy natural; bastaban uno ó dos granos para ello. En estado de guerra, más ó ménos resuelta, con las leyes divinas y humanas, las favoritas y las grandes señoras emancipadas tenían que estar instintivamente al lado de aquellos que denunciaban las preocupaciones y echaban por tierra, al mismo tiempo que la fe cristiana, el antiguo orden de cosas establecido. Es sensible que los filósofos se vieran en el caso de aceptar la proteccion de tales mujeres. Cierta comunidad de intereses y no la filosofía acercó algunos instantes los unos á las otras.

Y no porque las francesas del siglo XVIII carecieran de filosofía; pero aunque algunas fueron aficionadas al trato é ideas de los filósofos, y varias se distinguieron constantemente por no comunes luces y una inteligencia tan clara como elevada, era lo general que sólo envejeciendo volvíanse filósofas las mujeres.

Llegaba al fin la hora en que era preciso dejar el bullicio del mundo y retirarse, lo cual hacían consagrándose ó nó á la vida devota, segun sus gustos, medios y relaciones. Encontrábanse frecuentemente en los pórticos de las iglesias mujeres cuyos trajes eran de colores oscuros y apoyadas en un largo baston repartiendo moneditas á los pobres. La devocion es la última

(1) He indicado las pruebas de lo que acabo de recordar en mi artículo sobre Freron. V. *Revue des deux mondes*. Mars 1877.

de las modas que la mujer sigue; es para ella un ejercicio decoroso y de buen tono. Ocupa su sitio en la iglesia como ántes en los salones; ve y es vista. En punto á piedad y fervor religioso tiene muy poco ó nada. Bien quisiera conmoverse, sentirse enternecida bajo la bendicion del sacerdote y en las largas meditaciones de la oracion, porque eso fuera amar todavía; mas han pasado muchos años desde que su corazon quedó seco y como endurecido al calor de las mundanales pasiones, y ya no es otra cosa que razon.

Y luégo, en conciencia, ha oido ya en su salon la elocuencia académica hueca y tan fria como su alma, los discursos hábilmente preparados, llenos de *concetti*, y que resuenan como música vulgar en el púlpito de la parroquia. Lo mismo el lucido abate, que viste con tanta coquetería, que el pulcro y atildado clérigo que se cree jóven porque no ha sabido llegar á viejo, que el predicador jóven ó anciano, á todos los conoce, á veces hasta la saciedad, por haberlos recibido en su *boudoir* ó haberles confiado todos sus asuntos, así los secretos de su conciencia, como los cordones de su bolsa; pues en aquel tiempo el director espiritual, el abate, volvíase fácilmente comensal, familiar de la casa, tan pronto secretario como lector, ecónomo ó superintendente de los gastos. No había casa grande que no tuviera abate, jansenista ó molinista, segun soplabá el viento de la moda. En el altar, en el púlpito, en el confesonario, la mujer cuando vieja encontraba algun antiguo compañero de *whist*. Entónces el buen Dios se desvanecía, y sólo quedaba el señor abate.

Así era que toda la elocuencia de San Jerónimo no habría bastado á arrancar una lágrima, una sola de místico amor de esos ojos secos, deslumbrados aún por la claridad de los resplandecientes salones. La francesa del siglo xviii apenas conoció la enfermiza languidez y el descorazonamiento de nuestra devocion contemporánea. Los obispos, los príncipes de la Iglesia, que eran hombres de la mejor sociedad, no habrían dado nunca importancia á nuestros modernos milagros. Poseíase á la sazón, y segun parece, en todas las clases de la sociedad, una cualidad eminente, quiero decir, el tacto, el buen gusto y cierta delicada penetracion aún en materias de fe religiosa. La

religion, así como las costumbres y la literatura, tenía que mostrarse agradable. El cristianismo, lejos de ser como hoy el culto de María, era más bien una especie de deísmo. Por lo demás, el nombre y pensamiento de un Dios estaban ausentes del corazón de la mujer.

La verdadera religion de la mujer en el siglo XVIII es la moral; moral dulce y sonriente bajo su gravedad epicúrea, que no ensalza las virtudes sino por ser necesarias á la felicidad. La felicidad, el goce tranquilo y á los remordimientos ajeno de todos los bienes que ha puesto á nuestro alcance la naturaleza, los placeres sutiles y ligeros, rápidos y siempre nuevos como las horas, enemigos del vicio y de los excesos, que aletargan el ánimo, hé aquí el ideal de esa moral que no habría desaprobado el sabio de los jardines de Atenas. Se tenía interés en poseer una buena conciencia, en estar bien consigo mismo, en gozar del bienestar moral, digámoslo así, como de las comodidades todas de la vida. Una conciencia pura, un corazón virtuoso y exento de prejuicios, parecían bienes tan preciosos y aceptables como la salud.

Esmerábase la mujer en ser justa y caritativa; aunque hubiera querido ser dulce y tierna, no lo habría logrado; pero era buena, al par que un tanto maliciosa. Las mujeres de avanzada edad tienen en el pasado siglo singular serenidad, alegría, buen humor y una como robusta salud de la inteligencia. Saben envejecer, y se desquitan de la vejez con lenguaje y maneras más libres. Hablan alto y con imperio; después de haber sido reinas de la elegancia, son árbitras del gusto y viva tradición de los usos y costumbres de la sociedad francesa. Con una mirada, con una palabra, la anciana mariscal de Luxembourg indica el tono oportuno y natural propio de la buena sociedad.

Creeríase que la mujer no aprende tan bien á vivir sino para saber morir. En la hora de la muerte es cuando triunfa, como todos los grandes comediantes, en el último acto, ó más bien en la última escena. La flor de la urbana civilización del siglo XVIII se despliega de esta suerte con la gracia natural y espontánea con que la mujer abandona la vida. Sale de ella discretamente, como se sale de un salón cuando no se quiere interrumpir á los demás. Aunque incrédula, y á menudo *esprit*

fort, recibe al Señor por no escandalizar á nadie; prueba la más conmovedora de su buena crianza. Nada de llanto ni de lúgubre melancolía; ántes bien encantadora firmeza. Tiene delicadas atenciones para con la muerte; hace que la vistan y adornen, y usa los afeites como en dias de gran recepcion. Verdad es que pasa á menudo de la vida al sepulcro en medio del ruido de las ligeras conversaciones de sociedad. Diríase que quiere llevarse á la tumba, á manera de Viático para la eternidad, el último epigrama, ó el estribillo de la nueva cancion que escucha vagamente en su agonía.

JULES SOURY.





LA GNOSE



I.

EL MEDIO EN QUE SE FORMÓ.—SUS CAUSAS DETERMINANTES
Y SUS TENDENCIAS.



¿Qué es la Gnose? ¿cuáles fueron sus tendencias?

Para explicar esta divergencia del cristianismo, debemos remontarnos á analizar el medio en que surgió y las causas que la motivaron.

Muerto el dios Pan, una religion del espíritu estaba á punto de aparecer.

.....
El despotismo imperial había hecho iguales á todos los hombres en la corrupcion. Todos los pueblos sometidos ya á Roma confundíanse dentro de ella en la inmensa fiesta de su triunfo. El griego, el ibero, el celta, el galo, el germano, el judío, el persa, el sirio, el caldeo, el frigio, el egipcio y el etiope, eran ya tan romanos como el propio hijo de las riberas del Tíber. Cada pueblo había traído á la capital su dios. El panteon latino era ya cosmopolita; y así como era cosmopolita en los cultos, Roma éralo tambien en las orgías. En

sus festines adoraba todas las Venus : Astarté, Mir-Militta, Salambó, Cibeles, Isis, la Diana de Efeso, habían adquirido la misma consideracion que la Venus clásica. La crápula era general : de la orgía militar surgía el nuevo emperador en los cuarteles ; las ensangrentadas danzas de Cibeles conmovían á la plebe por las calles ; celebrábanse las Lupercales en las plazas ; las Saturnales habían invadido las viviendas ; las Tesmoforias santificaban la licencia dentro del templo ; la Bacanal se desbordaba por los campos ; comenzaban las Agapas en las catacumbas ; la sociedad romana estaba ébria : aquel pueblo nutrido con los restos del banquete de los Césares aplaudía los espectáculos más desvergonzados, entonaba las canciones más obscenas, recitaba los versos más provocativos, respiraba todos los perfumes, revestía todas las afeminaciones, probaba todas las embriagueces, extremaba todas las voluptuosidades, aplaudía todos los despropósitos y legitimaba todos los crímenes. Aquello era la descomposicion anticipada á la muerte, era el *delirium tremens del vicio*.

Pero despues de la sobreexcitacion viene la languidez ; en pos del goce, el hastío ; tras de la gula, el ayuno ; el placer no es más que la primera parte del dolor. El disfrutar extenúa ; la borrachera agota ; el sensualismo enerva ; la crápula embrutece ; de las orgías salen anemias, neurosis, histerismos y nostalgias.

Así, la carne que fué objeto de culto es ya estigmatizada ; la naturaleza ántes divina es aborrecida ; Baco se va y los sátiros aullan en las selvas : Atis espira entre los suspiros de las mujeres ; desaparece Osiris del sol en que habitaba ; Mitra se perdió en la derrota de las legiones ; Adónis está enterrado para siempre allá en el Líbano ; se acabó el divino carnaval, va á empezar la cuaresma. A esos hijos de un dios **único**, habidos de un incesto (1), sucédeles el hijo de otro Dios, de un Dios

(1) Las religiones del Asia Menor, de la Caldea y la Fenicia, que invadieron á Grecia primero y luego á Roma, partían del culto al Sol. A éste le consideraban hijo de la Tierra, pues cuando sale por Oriente creían que ella le paría, y al elevarse y enviarla sus rayos que hacen brotar la nueva vegetacion en primavera, decían que la fecundaba ; por esto muchas religiones asiáticas consagraron el incesto.—Baco, Tamuz, Atis, etc., son hijos de este acto.

casto, engendrado espiritualmente en el seno de una Virgen; también es Dios del amor, pero de amor místico, y á la par Dios de expiación y de sacrificio: despues de la corrupcion extrema, la penitencia exagerada; así lo exige la ley del contraste.

Ha hablado Platon, y su doctrina en manos de Xenócrates y de Speucippo degenera en pitagoricismo. La teoría de las ideas, que ya en vida del maestro había afectado formas matemáticas, va á perderse en la teoría de los números. Pronto la escuela platónica se engolfa en la polémica con las otras, y para sostenerla aguza sus argucias é inventa mil sutilezas; pero sólo produce sofismas y pronto se confunde casi por completo con el escepticismo que le ha prestado sus armas para la lucha. Aun es fiel en la forma á las doctrinas del maestro; pero su espíritu se ha desvanecido. ¿Cómo no, si era tan incoercible? Un extraño discípulo, Carneade, despliega un ardor infatigable, un arte increíble para conservar el dogmatismo platónico en toda su pureza. ¡Vana ilusion! ha querido conservar un muerto y éste se le descompone.

El gran Aristóteles ha podido mantener su doctrina entre el idealismo quimérico y el empirismo ciego, sin caer en ninguno de los dos extremos. Ideal y real ha sido su filosofía; pero al morir el pensador se transforma el sistema. Sus sucesores se apoderaron del peripateticismo y lo destrozan; tal lo han dejado que ya nadie lo reconoce. Unos cultivan su lógica y su física, dejando en el olvido esa filosofía superior de la que perdieron el sentido; los otros no desarrollan de la sublime doctrina más que el lado empírico y la rebajan á la categoría de un sensualismo grosero. El verdadero espíritu peripatético no existe ya en las escuelas; diríase que Aristóteles, reconociéndose superior á las épocas que habían de venir tras de su muerte, habíase llevado el secreto de sus ideas al sepulcro. Como una lámpara, cuya luz se extingue falta del líquido que la alimenta, la filosofía griega se desvanece, falta del genio que la producía. Las mentes hállanse vacías de una inspiracion que en vano buscan; sus tanteos sólo producen elucubraciones quiméricas.

Despues de los delirios aritméticos de Pitágoras, la filosofía

estuvo ya á punto de perderse en las miserias de la sofística. Levantóla un tanto Sócrates por el sentido comun y por el sentimiento moral; pero Platon luégo la hizo subir tan alto que, perdiendo de vista el mundo y sus realidades, anda volando en el vacío. Aristóteles sujetóla á la Naturaleza, elevando la experiencia al nivel de la especulacion; dándole lastre logra que su marcha sea segura, tanto, que áun hoy nos admira. Pero Aristóteles muere, y sus discípulos ¡insensatos! la transforman en una dialéctica refinada y estéril. Pretende el estoicismo reanimarla; pero el estoicismo no es más que un esfuerzo sistemático á impulsos del sentimiento moral; es un calmante que hace ménos dolorosa su muerte, no un remedio heróico que la salve; preséntase como un consuelo en su desgracia, no como un auxilio de la inteligencia, ménos como un destello del genio.

La Filosofía ha muerto; Filon el judío acompaña su espíritu hasta el propio trono del Eterno; si rara vez se la ve despues sobre la Tierra, es que Dios la envía, pues que sólo de Dios venirnos puede. Así lo afirman ya todas las escuelas.

Ya nadie crea. El método ecléctico de Potamon viene á ser la regla de todas las especulaciones. Ninguno de los que tratan de formarse una doctrina acude á la observacion. Sólo toman prestados restos de sistemas que sucumbieron. Ya no hay sistemas, hánles sucedido divagaciones eruditas. Sólo el estoicismo se mantiene firme y sobresale; pero se va alejando hasta perderse con el último resto del saber antiguo.

Desvanecidos los sublimes principios que Grecia había dado al espíritu humano, la ciencia es menospreciada, el arte es considerado ocupacion de esclavos, pues forma y color son accidentes de la materia, es decir, de lo corruptible; considérase el derecho ineficaz é insuficiente, y superior á él la gracia (1); ya la justicia no cabe en este mundo; sólo la religion avanza y lo avasalla todo, presentándose como salvadora.

La ciencia de Dios es de todos codiciada. Observar, calcular con datos de lo externo, ¡cosa vana! La cuestion está en definir la divinidad, que ya casi todos creen única, y no pocos se

(1) Tendencia puramente exótica, venida de Oriente.

ocupan del sér ó séres intermediarios entre esta divinidad única y las criaturas; á partir de lo cual las escuelas empiezan á elucubrar sobre el *Verbo*, el *Logos*, el *Demiurgos*, el *Paraclete*, el *Espíritu-Santo*, *Sofía Achamoth*, *Sabahot*, y *Ofiomorfos* (1); y la disputa crece al ocuparse de la naturaleza de los *eones*, de los *ángeles*, de los *arquetipos* y de los *démones*.

Aleandría es el punto de la controversia; de allí saldrán esas sectas extrañas, que, más que en la historia de la filosofía, deberán ser tratadas en la patología de la historia. Allí han ido á parar los restos de todas las filosofías inútiles y de todas las teologías degeneradas de Oriente. Alejandría en esta época es un inventario de todas las decadencias del genio humano, y á ella va el Occidente, para ver si con tales desechos se restaura.

Egipto, que había visto transformarse su monoteísmo en un supersticioso culto del dios de los muertos y de la Isis negra, había llevado á ella su Teurgia. La Judea, desesperando de hallar su paraíso acá en la tierra, y soñando en un porvenir de ultratumba, propagaba allí sus tendencias farisáicas. El Asia Menor, enternecida por la muerte y pasión de sus dioses incestuosos, se entregaba allí á un ascetismo que llegaba á la mutilación. Acudían en tropel los astrólogos asirios. Persia, contaminada con los medos, y corrompida en Babilonia, enseñaba allí la manera de adquirir el poder de la luz sobre las tinieblas en los misterios de Mitra. Pululaban los magos caldeos. Hasta la India ostentaba allí sus teorías de aniquilación completa. Y lo único que en Alejandría se presentaba racional y humano, era el Occidente, extenuado por el idealismo, y, por tanto, pronto á contagiarse. Y en esta confusión, al terminar la orgía del cuerpo, y, en medio de esta orgía del alma, entra el cristianismo en escena.

El cómo se había formado, no es ahora del caso averiguarlo.

Cuando aparece el cristianismo las imaginaciones están sobreexcitadas, los espíritus conmovidos, los caracteres débiles é irritables; se llora espontáneamente. Los casos de epilepsia son

(1) San Epifanio, en un *Tratado de las heregias*, cap. XXXVII, dice que los *ofitas* existían ántes que los *gnósticos*, remontándose esta secta á una época muy anterior á la aparición del cristianismo.

frecuentes, el histerismo general, las alucinaciones comunes: se sueña despierto; súfrense pesadillas á la luz del dia; el imperio en masa padece una neurosis.

En tal estado los sueños, el iluminismo, el vértigo, la monomanía y la locura vienen á ser inspiraciones divinas. Se perdió ya el buen sentido; los locos son los hombres de Dios, lo mismo para Zegreus que para los cristianos. Para agradar á Dionisos se ha de disparatar. «Somos locos por Cristo,» dice San Pablo (1); hasta á la misma divinidad se remonta la locura: «vale más la locura de Dios que la sabiduría del hombre,» añade el apóstol (2). «El Divino Maestro llamó locos á dos discípulos que encontró en el camino de Emmaus (3).»

Todos los dioses de Oriente santifican la ignorancia: «Bienaventurados los simples, dicen los dionisiacos y los órficos, lo mismo que los apóstoles, y el ignorante es más considerado que el sabio, el culpable que el justo. Se excusan todas las faltas, se perdonan todos los vicios, se absuelven todos los crímenes; á la rectitud de la justicia ha sucedido la arbitrariedad de la gracia. Muchos se abrogan el título de Inspirados por Dios; varios el de sus representantes sobre la tierra, y no pocos dicen ser poseores de la divinidad misma: Apolonio de Tiana, Simon el Mago y otros muchos afirman que llevan en sí el Espíritu Santo; hasta hay quien asegura ser el Cristo hembra.

Estas tendencias, estas creencias eran tan generales en esa época, que pertenecen á todas las sectas del imperio. Como hemos dicho, todo en esa época tendía al misticismo, á lo sobrenatural; cada dia se tendía más á explicarlo todo por influencias divinas; cada dia la filosofía se aproximaba más á la teología. Al aparecer el cristianismo estaban casi ya fundidas: se había dicho que el Pensamiento había precedido á la Creacion; que la Idea era anterior al Objeto, que la materia era la degeneracion de la idea, la degradacion del espíritu; que la sabiduría humana consistía sólo en un débil reflejo de otra anterior á la creacion existente en el cielo, y que la Justicia era sólo la voluntad de Dios ejecutada por los hombres, y

(1) Cap. IV, v. 10.

(2) Cap. I, v. 25.

(3) Evangelio de San Lucas.

esto venía aseverado con ligerísimas variantes por platónicos y pitagóricos, alejandrinos y talmudistas, órficos, dionisiacos y cristianos, pues constituía el carácter general de la especulación de la época.

Los filósofos como Platon, Filon de Alejandría y Ammonius Saccus daban una explicación ideal de la divinidad y de su acción sobre la tierra. Plótino y Próclo definían á Dios hasta en su esencia: daban de Él una definición sideral y astrológica los magos, caldeos y los teósofos egipcios, aritmética los pitagóricos y cabalistas; mejor ó peor todos abordaban el problema del origen de la Creación y de las relaciones de Dios con ella; y en tanto, aquellos de los cristianos que provenían del judaísmo callaban sobre tan importantes cuestiones. La teogonía judaica que aceptaban era árida como el desierto y no podía satisfacer á muchos de los que no siendo judíos se convertían al cristianismo. El pensamiento, excitado en ellos más vivamente por una naturaleza más viva de color, más rica en forma, más múltiple en manifestaciones, se demandaba el por qué de la Creación, y el cómo Dios coexistía con ella. Siempre la humana inteligencia buscará la razón de ser de todo lo que no comprenda. Sólo el que de ella esté privado aceptará sin comprender los principios que se le impongan; jamás la humanidad ha seguido un sistema sin una explicación que lo legitime. Podrá ser ésta falsa, por ser falsas las premisas en que se funda, ó por no abarcar la cuestión bajo todos sus aspectos; pero cuando el hombre lo acepta es porque, partiendo de las bases de que parte, le parece verdadero.

La razón humana intentando explicar á Dios, y partiendo de aquí la creación con todos sus antecedentes: hé aquí la causa de la gnose.

Los cristianos gnósticos son sólo aquellos que intentaron formar una ciencia de lo divino, no bastándoles el dogma áspero y contradictorio del judaísmo. No se debe echar vino nuevo en odres viejos, había dicho el Apóstol y no pocos cristianos; siguiendo esta máxima, creyeron que al sistema de Cristo (el cual se les presentaba sólo como una aspiración moral), debían de elaborarle una teogonía nueva que sustituyera á la mosaica, dentro de la que, á su entender, no cabía el cristianismo.

Todos los gnósticos no tienen otro punto de contacto entre sí que éste; por lo demás, sus sistemas son bien heterogéneos. Aproxímanse unos al dualismo persa; otros á la astrología caldea; los hay que son hijos directos de la filosofía platónica; impregnados algunos de sensualismo sirio, son crapulosos hasta la omnigamia, mientras que otros son castos hasta la castración y ascéticos hasta el suicidio. No creo fundado lo que opinan varios autores (1): que la gnose es sólo lo oriental en el cristianismo. Si vamos á separar lo oriental de lo cristiano, difícilmente nos va á quedar por residuo más que algo de la constitucion política de la Iglesia y algo de filosofía griega de los primeros padres, y adviértase que en la gnose tenía tanta parte el helenismo si no más que en la Iglesia. El mismo espíritu cristiano de sumision y mansedumbre era semita, y por tanto oriental. Mr. Vacherot es más preciso, aunque admite una tendencia oriental en los gnósticos, no sin haber hecho constar que sus teorías son diversas, que sólo tienen de comun el fin que se proponen, y que este fin es el de separarse de la teoría judáica (2).

Pronto la lucha se hizo patente entre los observadores fieles del cristianismo judáico y sus innovadores; triunfaron los primeros menos explicativos, más duros, más divorciados de la razon, ¿por qué? Ved aquí las razones. Lo que se piensa se modifica, y el continuo pensar sobre un tema, produciendo la modificacion continua del mismo, conduce directamente á su transformacion completa. Y como convenía que la tradicion bíblica se mantuviera intacta para que se constituyera una Iglesia y no una escuela, los *gnósticos* fueron eliminados de la ortodoxia por demasiado razonadores. Luego había otra razon más general para que que no triunfaran, y esto lo vemos en el movimiento general de la época. Desde que la filosofía había ido alejándose de la ciencia y acercándose á la religion, desde que la razon de ser de todo no se buscaba en lo natural y se hacía dimanar de un Dios único, el pensar, el calcular no era ya necesario; la ciencia de abajo á arriba era inútil; nunca la sabi-

(1) Castelar entre ellos, en sus *Estudios sobre los cinco primeros siglos del cristianismo*.

(2) Véase Vacherot. *Histoire de l'Ecole d'Alexandrie*. T. I, chap. *Gnose*

duría adquirida por el hombre podría llegar á compararse á la que de Dios emanaba. Los mismos *gnósticos* tenían que admitir partículas divinas en su alma, para legitimar lo que pensaban. San Pablo había proclamado ya la nulidad de la razón ante la fe divina. La *gnose*, pues, á pesar de ser una tendencia natural de la mente humana, debía ser eliminada como la magia y como la teurgia, pues marchaba contra la corriente. Donde Dios impera en absoluto, la ciencia es inútil: si es profana, de nada sirve; si investiga á Dios, es un sacrilegio; buscar la ciencia en lo absoluto es una quimera. Todos los sistemas que han partido de esta base, sólo han producido lucubraciones estériles (1). Por esto lo fueron los sistemas de los gnósticos.

La principal cuestión que preocupaba á los gnósticos era el por qué existe el mal sobre la tierra. Casi ninguno de ellos, al resolver este problema, admitía como Dios al Jehová judaico. El cálculo les llevaba á ello. Su espíritu de justicia les impedía considerarle como Sér supremo, Dios infinito, sabio, eterno y justo. ¿Cómo puede ignorar lo que harán los seres finitos que Él puso sobre la tierra? ¿Por qué se irrita, pues, cuando faltan? ¿Por qué no previó que podían faltarle? ¿Qué Dios es éste que se admira de lo que ha hecho, como si le hubiera salido bien tan sólo casualmente (2)? ¿Por qué es cruel, injusto, irascible y vengativo? Jehová, pues, no puede ser Dios de ningún modo. Si acaso, será un Dios secundario, una emanación divina, un Demiurgos. Y le colocaban en la categoría de los seres salidos de la sustancia de Dios mismo, que habían degenerado fatalmente al apartarse del foco de que se habían des-

(1) El moderno panteísmo alemán nos ofrece hoy día algunos sistemas parecidos á los de los *gnósticos* y *neo-platónicos* por partir de la misma base. El *Dios Nada*, de Proclo, tiene algunos puntos de contacto con el Dios de algunos discípulos de Hegel: Dios *inferi*, Dios que no existe en sí sino que se realiza en la conciencia. Tal es también el Dios de Renan. No falta algún gnóstico tampoco que con sus ideas de armonía llegue á conclusiones á que han llegado después los discípulos de Krause. El mismo Valentin se parece mucho á nuestro Castelar, cuando éste desarrolla sus ideas partiendo de lo absoluto. La diferencia entre ellos y los modernos está en que viviendo en una época en que se tendía á alejarse de lo natural, son más imaginativos que nuestros filósofos que viven en una época de observación, y de observación exacta.

(2) Los gnósticos se fundaban principalmente, para no admitir al Creador como Dios Supremo, en aquello de *Et vidit quod esse bonum*.

prendido. De aquí el que muchos consideraran que el mal era efecto del Dios de Israel, á la par que del diablo.

Pero la eliminacion de la Gnose de la Iglesia no fué completa, ni se verificó de una manera súbita. Hállasela en la lucha tan mezclada con la ortodoxia, que en muchos casos casi es imposible distinguirla de ella. Aún despues de haberla expulsado de su seno, quédanla á la Iglesia algunos restos. ¿Es acaso el Evangelio atribuido á San Juan más que un^a gnose moderada? ¿Por qué, al definir á Dios, la ortodoxia admitió en él tres personas distintas? Las divergencias de los padres de la Iglesia sobre la naturaleza del Verbo y la de Cristo, son otra cosa que una disputa gnóstica?

En los primeros tiempos del cristianismo, ántes de que llegara á ser la religion del Imperio, como no estaba aún definido el dogma, era harto difícil saber lo que era y lo que no era ortodoxo; de aquí la gran confusion en las definiciones que se dieron del alma y su destino, de las personalidades de que se componía la divinidad y del sexo del Espíritu Santo (1). Del propio Cristo no se fijó lo que había sido hasta el concilio de Nicea. Se sostenía que tan sólo había sido hombre; que era Dios sin mezcla humana; que era Dios y hombre á un mismo tiempo; que era un hombre especial, á quien le cupo la mayor cantidad de Verbo posible; que era un hombre justo llamado Jesus, á quien se había unido por el bautismo el espíritu de Dios llamado Kristos; y por fin, que era una ilusion, un mero reflejo sobre la tierra de otro Cristo que preexistía en el seno de la divinidad en el Pleroma.

Pasa la *gnose* por anterior al cristianismo. Como no nos proponemos hacer un estudio exclusivo de sus orígenes, no lo afirmamos ni negamos; sólo podemos decir que se encuentra atravesada en el camino del cristianismo ya desde sus principios, y por tanto, vamos á partir de aquí para estudiarla.

(1) Mientras los cristianos judíos sostenían que era femenino por serlo la palabra hebrea con que se le designaba; opinaban los griegos que era masculino porque lo es su palabra griega correspondiente. Algunas sectas de las primeras llegaban á decir que la union del Espíritu Santo con Cristo fué una cópula sagrada.

POMPEYO GENER.



JUNIUS.

I.



EL 25 de Octubre de 1760, por muerte de Jorge II, subió al trono de Inglaterra su nieto, tercero del mismo nombre, y tercero tambien de los reyes de la casa de Hannover. El pueblo inglés, á pesar de haber visto rodar por las gradas del patíbulo la cabeza de Cárlos I y de haber vivido, y con harto esplendor, durante doce años, bajo un gobierno que de nombre cuando ménos no era monárquico; —á pesar de haber visto más tarde á Jacobo II lanzado de su trono y convertido en opulento mendigo de favores en la corte de Versalles; —á pesar de haber presenciado cómo el derecho divino de la herencia era pisoteado dos veces consecutivas por el derecho puramente humano de la eleccion, —espectáculos todos no los más á propósito para mantener en sus ánimos el prestigioso respeto que es indispensable condicion de vida de la institucion monárquica, —conservaba entera todavía su fe en la misma, gracias tal vez al profundo amor á la tradicion que lo distinguía y lo distingue aún hoy, y al extraordinario predominio de la aristocracia, organismo esencialmente monárquico, y cuya preponderancia ha sido, es y por tiempo será la característica de la historia constitucional de aquel pueblo.

Gracias á este instinto de fidelidad al trono y á las especiales circunstancias que rodearon los primeros años del establecimiento en Inglaterra de los Hannovers, había esta familia logrado echar hondas raíces en el país, y su porvenir estaba asegurado. La habilidad y el talento político que desplegó durante su larga administracion el famoso Roberto Walpole; la

adhesion del partido whig, que era el dominante en Inglaterra, y que no podía simpatizar en manera alguna con el pretendiente, por odio político á los torys y por odio nacional á los escoceses, aquéllos y éstos sus más ardientes sostenedores; la derrota completa de éstos y de aquéllos y de su jefe Cárlos Eduardo en Culloden, tras de una guerra legendaria que el genio de Walter Scott ha inmortalizado, habían sido bastantes á desvirtuar á los ojos del pueblo todas las causas que podían inspirar repulsion hácia una familia de linaje extranjero, que blasonaba del mismo, y cuyos jefes, comenzando por desconocer la lengua del país que regían, acababan por no disimular siquiera su predilección por el pequeño electorado de Hannover, á cuyos intereses subordinaron más de una vez los de su reino adoptivo, con no exiguo menoscabo de estos últimos.

Semejantes gérmenes de impopularidad desaparecieron del todo en los últimos tiempos de Jorge II, y más principalmente en los primeros de su sucesor. Todo hacía presagiar un período de bienandanza. Los torys jacobitas, haciendo virtud de la necesidad, y cansados de ser del número de los vencidos, corrían á alistarse en las filas de los súbditos leales. Era tal su fervor de neófitos, que no parecía sino que fuesen ellos los fieles, y los rebeldes los otros. Los escoceses, los mismos escoceses, que habían sido el brazo más pujante de Cárlos Eduardo, volvían sus ojos y sus corazones á la dinastía intrusa. El rey escribía de su puño en el discurso á las Cámaras que habían dictado sus ministros, que se sentía orgulloso de ser inglés, y que todos sus afectos se cifraban en sus vasallos ingleses. ¿Cómo no sentirse halagado el amor propio de éstos?

Por desgracia, el *lastre* jacobita y tory pesaba ya en la nave de la dinastía, y las corrientes submarinas del absolutismo bañaban su quilla y la desviaban del derrotero que hasta entonces venía siguiendo.

Jorge III, educado por su madre, la princesa viuda de Gales; mujer de sangre y de aficiones alemanas y que juzgaba depresiva de la corona la *capitis diminutio* que la hacía sufrir el principio de la responsabilidad ministerial;—influido por Lord Bute, escocés de nacimiento, tory de raza, que por instinto y por su propio interés fomentaba y auxiliaba las aficiones anti-liberales de su querida la citada princesa;—rodeado, por fin, de una turbamulta de servidores altos y bajos que secundaban las miras de entrambos, como hechuras que eran suyas, y daban pábulo al espíritu de absorción que dominaba al jóven rey.—Jorge III, decimos, llevó al trono el firme propósito de soldar á favor de su persona las dos funciones de reinar y gobernar que la teoría y la práctica habían separado, y de reconquistar todos los privilegios que la corona había ido dejando enredados en los zarzales de la revolución. Su reinado fué una lucha continuada, y sostenida por todos con perseverancia, entre la autoridad y la libertad, en-

tre los principios muertos á mano del verdugo cien años ántes, y los que durante estos cien años habían ido paulatinamente ingiriéndose en las leyes políticas de la nación inglesa.

Al inaugurarse el nuevo reinado, ocupaban el poder Pitt y el duque de Newcastle. El primero, padre del otro Pitt, del temible rival de Napoleón, habíase elevado por sus talentos y por su elocuencia, desde la humilde esfera en que la suerte le colocó al nacer, á jefe é ídolo de la que pudiéramos llamar por aproximación democracia whig: era el segundo, á su vez, el jefe de la aristocracia del propio partido, liga de encumbreadas familias, que desde la muerte de Roberto Walpole venían poco ménos que monopolizando el ejercicio del poder.

La primera tarea que se impuso el novel monarca, ó mejor, la camarilla, presidida por Lord Bute, que le servía de apuntador, fué romper la alianza de los dos hombres de Estado. «Divide y vencerás.» La división era factible, gracias á las disidencias personales que entre ambos mediaban, y que no tardaron en dar su fruto. Pitt, abandonado de sus colegas de Gabinete en una cuestión de política exterior con España, cayó, dejando al de Newcastle á merced de las intrigas del escocés, quien ya á la sazón había logrado ingerirse en el Ministerio. Había caído el uno; pronto cayó el otro. Newcastle tuvo que ceder á la sorda animadversión del monarca y de los suyos: dejó el Ministerio, y con él el campo libre á Lord Bute, tres años ántes camarero del rey, y entónces, de un solo salto, primer Lord de la Tesorería. El jacobismo triunfaba; el rey caminaba á ser rey.

La oposición de los whigs al tratado de paz con Francia fué el pretexto elegido para cargar la mano sobre ellos, que no bastaba ya vencerlos; era menester más; inutilizarlos. Por los más fútiles motivos fueron lanzados de sus cargos militares y civiles los más influyentes, y sustituidos por los que se llamaban amigos del rey. La Cámara de los Comunes, que había de ser el núcleo de oposición á la política anti-constitucional del Gobierno, servía, por el contrario, sus intereses: lo que no lograron las manipulaciones electorales de Lord Bute cuando la renovación, lograbanlo fácilmente los honores, los destinos y el dinero repartidos entre los recalcitrantes ó los especuladores que de ella formaban parte: poníanse voluntariamente la mordaza de la conveniencia egoísta, y preferían callar, con ventaja para sus medros personales, á hablar, con infalible menoscabo hasta de su seguridad.

Así y todo, empero, la ocasión era prematura. Lord Bute, ó incapaz ó ladino, prefirió retirarse entre bastidores á lucir en la escena, y tras un efímero Ministerio, cedió el puesto á Lord Granville. No brillaba éste ciertamente por sus aficiones democráticas: adicto al rey y simpatizando con sus miras absorbentes, hubiera sido un digno sucesor del privado si la aversión á éste no lo hubiera llevado por instinto á inclinarse del lado de los whigs, que compartían aquel sentimiento. No lo

disimuló, ántes bien, representó franca y abiertamente ante el rey contra la camarilla de que se asesoraba, la cual, harta al fin de sus pujos de independencia, resolvió deshacerse de él. Recurrióse á Pitt, con quien se negoció largamente, mas fué en vano, porque éste exigía como condicion primera la vuelta de las cosas al ser y estado que tenían ántes de su caída, y especialmente la reposicion en sus destinos de los whigs destituidos por Lord Bute; condiciones que por entónces ni podía ni quiso aceptar el monarca.

De grado ó por fuerza hubo de continuar éste soportando á Lord Granville, á pesar de que, aprovechando tan propicia coyuntura, impuso el último condiciones encaminadas á remover la secreta influencia del privado. El rey las aceptó, á reserva de no cumplirlas. ¿Ni cómo hacerlo, si era Lord Bute el alma de todos aquellos manejos?

Así siguieron las cosas—el rey y su ministro en desacuerdo con respecto á todos los puntos ménos al de cercenar las prerogativas populares, tarea en que sus ánimos se conformaban maravillosamente—hasta 1765, que acentuada la discordia, con ocasion especialmente del *bill* de regencia que se trataba de someter á la aprobacion de las Cámaras en prevision de la incapacidad del monarca, cuya locura comenzaba á dibujarse, volviéronse á renovar las negociaciones con Pitt. Volvió éste á exigir, la camarilla á negar, rompiéronse de nuevo los tratos, y de nuevo el ministro se afirmó en su silla mediante acceder el rey al destierro de Lord Bute; mas ya era tarde. La línea divisoria era demasiado profunda, y tras unos pocos meses de lucha escandalosa, cayó por fin Lord Granville.

Excusado es decir que fué Pitt, ya que no el ministro, quien designó los miembros del nuevo ministerio. Volvieron los whigs al poder, en el cual mantuviéronse por espacio de dos años, hasta 1767; dos años de calvario para los ministros, víctimas de un rey que no les escatimaba las muestras de su personal aversion—luchando con unos comunes vendidos, ó amilanados y roídos todos por el gusano de la corrupcion más desenfrenada—desobedecidos por sus mismos subalternos, atentos siempre á la consigna del palacio de Saint James,—peleando á brazo partido con la camarilla, cada dia más envahtonada y enseñoreada más cada dia del ánimo de Jorge III,—y para colmo de desgracia, divididos por rencillas personales que con la desidia del uno, la falsedad del otro, la diversidad de miras de todos, acababan con las pocas fuerzas que la coalicion whig había ido salvando de los recios temporales en que se viera envuelta desde la muerte de su jefe más astuto, el hábil Walpole.

Semejantes premisas habían de producir su última y natural consecuencia. El partido de los amigos del rey triunfó en toda la línea. El duque de Grafton primero, Lord North despues, fueron los ministros que se encargaron de llevar á las esferas del gobierno los principios de política personal del monarca, quien resucitó de hecho, ya que no de derecho, la prerogativa real

fallecida cuando la revolucion, y rompió el prudente equilibrio de poderes que fuera, desde Guillermo de Orange especialmente, la base del gobierno interior de la Gran Bretaña. Por fin los Hannovers emulaban á los Estuardos, y la princesa viuda de Gales podía decir á su hijo con mayor razon que ántes: *por fin eres rey*. Si no lo era él, éranlo ella y su amante Lord Bute.

Aquí termina la primera parte de nuestro cometido. Ha sido menester, ántes de sacar á las tablas al personaje de quien nos toca ocuparnos, prepararle el terreno, porque para comprender á Junius, escritor político y escritor enteramente de su época, era preciso dar al lector algunos previos antecedentes de la misma. Los hombres explican los sucesos, pero los sucesos, á su vez, explican al hombre: hemos visto aquellos; veamos ya á éste.

II.

Mas ántes fuerza será, á fin de ayudar á la comprension de nuestros lectores, narrar, siquiera sucintamente, algunos acontecimientos especiales que no cabían en el cuadro general histórico que acabamos de trazar, y que, sin embargo, son esenciales á nuestro objeto, como que ellos dieron más directa ocasion á que empuñara su acerada pluma el terrible escritor que se dió á conocer con el pseudónimo clásico que sirve de epígrafe á este estudio.

Si hay ejemplo en la historia que pruebe lo contraproducente de las persecuciones injustas, es el de William Wilkes en Inglaterra.

Hombres que en épocas normales pasaran poco ménos que inadvertidos, crecen y se agigantan cuando un mal aconsejado rencor los elige blanco de sus tiros imprudentes. Entónces siente la víctima despertarse en su alma, de un lado, el sentimiento del amor propio, del otro, el de la vanidad; mírase engrandecido á sus propios ojos con la importancia con que el poder, persiguiéndolo, le engrandece; porque lo juzgan terrible, se juzga realmente terrible; su flaqueza natural tórnase altanero vigor, y empujado por las circunstancias, llega á veces á héroe el que naciera cobarde; manda cuando no servía más que para obedecer, y se hace redentor él que apenas podía contarse entre los redimibles. La opinion pública, por su parte, se pone de su lado, llevada del natural instinto de repulsion que excitan la injusticia y la iniquidad; ve en la frente del perseguido la aureola del martirio, y la juzga aureola del genio; personifica en él los agravios, los dolores de todos, y llega á sublimar á las alturas del heroismo, al que naciera para algo ménos que un héroe, y á tomar por redentor al que ve maltratado, como si en realidad lo fuese.

William Wilkes estaba léjos de haber nacido para representar el papel que la suerte le deparó. Hombre inquieto y no desprovisto de ambicion, sediento de popularidad, hízose eco

en el Parlamento de la animadversión que el pueblo sentía por Lord Bute; y supo, con su no común talento satírico, á la vez que irritar al ministro y al rey, captarse la atención y las simpatías populares. No satisfecho de su campaña parlamentaria, fundó el *North Briton*, y desde sus columnas tronó y relampagueó contra el Gobierno y su política. Subido al poder Lord Granville, éste, que profesaba á Wilkes un odio personal, y que, según hemos visto, no reñía con su augusto amo cuando se trataba de perseguir á los defensores de los derechos constitucionales, se puso de acecho para coger *infraganti* al denodado periodista. No faltó la ocasión, aunque algo traída por los cabellos. El 23 de Abril de 1763 publicó Wilkes el número 45 de su periódico, y en él el discurso que acababa de pronunciar en las Cámaras el monarca. Adornábanlo é ilustrábanlo sabrosos comentarios; cuya gravedad pretendía atenuar el escritor invocando repetidas veces el principio de la responsabilidad ministerial, á cuyo tenor eran atacables las palabras del monarca, como palabras puestas en su boca por los ministros. No le valieron semejantes protestas. A los siete días era preso, en virtud de un *varrant* (auto) general de prisión contra los autores, editores é impresores del *North Briton*. Auto de semejante naturaleza constituía una infracción legal gravísima; porque la ley mandaba que se consignasen nominalmente en los de aquella especie las personas contra las cuales iba dirigido. Tamaña ilegalidad fué parte á que el primer paso de la persecución se convirtiese en el primer paso de la apoteosis. Tras mil y mil peripecias, en que Wilkes desplegó una entereza de ánimo más que viril, logró ser llevado al tribunal; el cual, oída la notable defensa que pronunció de sí mismo el acusado, le otorgó la absolución más completa. Recuérdese que hablamos de tribunales en Inglaterra.

El Ministerio no se dió por vencido: Wilkes todavía menos. Volvió éste á la carga, llegando hasta á solicitar auto para que se practicasen reconocimientos en la casa de algunos ministros, á fin de recuperar los papeles y demas efectos que habían sido ocupados en la suya en el acto de su prisión: á su vez, aquél hizo que se instruyese un procedimiento criminal por el tribunal del Banco del Rey contra el autor del número 45 del *North Briton*; hizo declarar éste libelo sedicioso y calumnioso, y obtuvo que, la nunca bastante ponderada Cámara de los Comunes, mandase quemar por manos del verdugo un ejemplar del mismo, y que rechazase las pretensiones que ante ella aducía Wilkes para que se le amparase en el goce de su impunidad parlamentaria.

La persecución llegó á tomar proporciones tales, que, á pesar del abierto apoyo que le dispensaba el pueblo, especialmente el de Lóndres, más inmediato á los sucesos, Wilkes tuvo que emigrar á Francia; logrando así, á diferencia de varios de sus amigos menos afortunados que él, sustraerse á los furros gubernamentales. No se perdió, con todo, el tiempo; pues aprovechando su ausencia, y una reimpression del asen-

dereado número 45, el Parlamento decretó su expulsión, y el tribunal del Banco del Rey su castigo. Fuera del Parlamento y fuera de la ley. Como se ve, el Gobierno no pecaba de indulgente.

Transcurrieron tres ó cuatro años, y vinieron nuevas elecciones para los Comunes. Wilkes se presentó candidato por el condado de Middlesex, y fué elegido. Por fin pudo respirar. Volvió á su país; logró que se revocase el decreto que lo ponía fuera de la ley, y con ello que prosperasen los procedimientos judiciales, en suspenso hasta entónces, contra Lord Halifax y el subsecretario de Estado Wood, en cuyos méritos fueron éstos condenados (estamos en Inglaterra) á pagarle crecidas indemnizaciones, que el rey satisfizo de su peculio particular. No por ello pudo escapar al cumplimiento de condena que le impusiera el tribunal del Banco del Rey: sufrióla agravada con los rigores más inusitados. Ya entónces gobernaba el de Grafton. Durante la prision ocurrieron diversos movimientos populares, en uno de los cuales los alborotadores fueron atropellados por la guardia del rey, que hizo entre ellos algunas víctimas. La irritación popular caminaba á su colmo. Wilkes, cada vez más audaz, la espoleaba con sus apasionadas elucubraciones periodísticas. Una de ellas fué un atrevido comentario á la carta que dirigiera Lord Weymouth á los magistrados encargados de velar por el órden público, encareciéndoles la mayor rapidez y rigor en la represión de toda revuelta. El Ministerio no quiso tomar la iniciativa personal contra el escritor; pero halló en la dócil mayoría de los Comunes un cumplido ejecutor de sus iras. Segunda vez la Cámara decretó la expulsión de Wilkes.

Procedióse á nuevas elecciones en el condado vacante: Wilkes fué reelegido por una inmensa mayoría de votos y declarado diputado por los sheriffs que presidían el escrutinio; mas llevada al Parlamento el acta de la elección, la declaró nula, proclamando diputado por aquella circunscripción al candidato ministerial, Mr. Luttrell, que había obtenido una exígua minoría.

Aquel fué el pretexto, hábil por cierto, que eligió la oposición para batir en brecha al Gobierno. La prensa, la minoría de las Cámaras, el pueblo, todos los que veían conculcados de un modo tan escandaloso los fueros del sufragio, alzaron la voz. Fué un torrente de imprecaciones y de injurias, de discusiones que degeneraban en disputas, y disputas que degeneraban en altercados. Amigos y enemigos del Gobierno andaban revueltos en el torbellino, quiénes citando é invocando el interés público, quiénes interpretando y explicando la ley, quiénes torciéndola, todos enardecidos por el fuego de la controversia, todos buscando en la pasión sus recursos más encendidos; profundo desconcierto que llegó á transcender, tan grande era, fuera de la isla, aún con no tener la política en aquellos tiempos el carácter, digámoslo así, cosmopolita, que las circunstancias en que hoy vivimos imprimen á la contemporánea.

Entónces fué cuando salió á la arena del combate, calada la visera que hacía impenetrable su rostro, armado de todas armas y de la destreza en manejarlas todas, el terrible escritor *Junius*.

III.

Su primera carta—que tal fué la forma literaria de que se valió constantemente—y con ella su primer disparo de bala rasa, apareció en el número del *Public Advertiser*, periódico de oposicion que daba á luz en Lóndres el editor Woodfall, correspondiente al 21 de Enero de 1769. Dirige en ella el escritor una rápida ojeada á la política interior y exterior del ministerio Grafton, examina breve, cuanto severamente, el estado de los diferentes ramos de la administracion pública, é inaugura aquella formidable campaña de ataques personales á los ministros, que no debía cesar, para tormento de los mismos, hasta tres años más tarde, que de repente enmudeció la terrible voz que desde el fondo de un oscuro gabinete removía y sacaba á la superficie el cieno que enlodazaba el fondo de la política contemporánea.

Durante estos tres años ni un momento abandonó sus trincheras: de pié en ellas, fué descargando golpe tras golpe, primero á Grafton, luégo á Lord North; de vez en cuando, más ó ménos desembozadamente, al rey; manteniendo siempre viva la agitacion popular, sacudiendo los ánimos con la vibracion nerviosa de la ira, atento siempre á descubrir el lado flaco de su enemigo para apuntar contra él la estocada mortal y tirársela con todo el aplomo y la sangre fria del más consumado maestro.

Junius conocía á fondo el carácter de su pueblo, carácter por otra parte, salvas las diferencias accidentales que separan á unos de otros, comun á todos los pueblos.

Mal de muchos, dice cuerdamente el refran, consuelo de tontos, pero consuelo de todos. Los agravios que el poder infiere á los derechos populares, revisten por lo general formas personales, es decir, que en el momento que se infieren, gravan á un número contado de individuos, ya que no á uno solo. Su transcendencia queda á los ojos de la mayoría envuelta por la oscuridad de las cosas indiferentes. Aquietado el vocerío de los pocos que afecta inmediatamente el desafuero, ora por el castigo, ora por el temor del mismo, que la apatía, ó cobarde ó prudente, les inspira, poco á poco se va restableciendo la calma, amengua la indignacion, los intereses particulares y materiales del individuo, olvidados por un instante en aras del procomun, vuelven á recobrar su pristino imperio, y queda, prosiguiendo su sosegado oleaje aquél que fuera poco ántes revuelto mar, ébrio de tempestades. Ayuda á producir semejante calma la fuerza, si fuerza cabe llamarla, de inercia que domina, al igual que nuestro cuerpo, á nuestro espíritu, esa fuerza instintiva, mera variante del instinto general de

conservacion, que nos arrastra á anteponer á nuestra dignidad de ciudadanos nuestra comodidad de hombres, á los terremotos de la plaza pública las dulzuras del hogar doméstico, á los intereses de todos el interes de cada uno, y hace finalmente que seamos ántes hombres con la preocupacion de nuestro bienestar, que ciudadanos con la conciencia de nuestros derechos y de nuestros deberes. Suponed ahora que el agravio pendiente no se traduce en agravio materialmente sensible, que no afecta á nuestros capitales ni á nuestras rentas, á nuestras propiedades, ni á nuestras industrias, y sí tan sólo á nuestra dignidad, á nuestra personalidad moral, y ved entónces cómo la calma llega aún más rápida, cómo la agitacion es más breve, cómo es ménos dilatado el pedazo de mar que hincha la furia del vendabal.

Hé aquí el resorte de los gobiernos despóticos : la indiferencia, que es tal vez el estado normal de la sociedad, es su arma más terrible, más terrible porque es el arma que el suicida empuña voluntariamente. Así se conculcan los derechos, así se ultraja impunemente la dignidad, así se abofetean los rostros sin que asome el rubor á las mejillas, así los ménos se entronizan sobre los más ; luego, á la dignidad sustituyen en el ara en que se despedazan las víctimas, el bienestar, las riquezas, los intereses sensibles ; mas entónces, entónces es ya tarde ; los brazos caen sin fuerzas para empuñar el arma de la resistencia, y ruedan las nuevas víctimas bajo la segur del déspota, confundiendo sus despojos con los despojos de la dignidad, de la honra, de los derechos inmolados poco ántes entre las risas indiferentes de los dichosos.

Junius comprendió acertadamente que el pueblo inglés había de olvidar bien pronto el agravio inferido á sus derechos de pueblo libre con la declaracion de incapacidad de Wilkes para el cargo de diputado : comprendió que el pueblo, engañado por las reducidas apariencias de aquel acto, no había de alcanzar su transcendencia, y que adormecido por los sofismas de los defensores del Ministerio y del Parlamento, más poderosos como vencedores y más atrevidos como contando con la fuerza, había de considerar á la larga ó á la corta aquel acto como acto aislado, exigido por especiales circunstancias, y que no constituía sino una excepcion de la ley, leve por lo transitoria, más leve todavía por lo prudente.

Todos sus conatos, pues, se dirigieron á recordarle al pueblo una y otra vez el *Delenda Cartago* de aquella violacion de la ley, á examinarla, no por lo que era en sí, ántes como manantial de gravísimas contingencias, á poner de relieve todo el alcance ilimitado de éstas, á probar, de modo que no dejase lugar á dudas ni á sofisterías, su ilegalidad dentro del derecho constituido, su iniquidad dentro del derecho constituyente. La cuestion Wilkes fué por esta razon el tema preferente y reiterado de sus estudios.

A los defensores del Parlamento les probaba, con la pericia de un entendido legista, que dentro del espíritu y de la

letra de las leyes constitucionales inglesas, el acto que aquél acababa de llevar á cabo era una indisculpable ilegalidad: decía que la declaración de la incapacidad como accesoria de la expulsión, no hubiera procedido sino en el caso de que hubiese habido una ley anterior especial que colocase taxativamente entre las causantes de la incapacidad la expulsión, ó bien uno ó más precedentes de hecho que demostrasen que la Cámara de los Comunes había en otras ocasiones análogas considerado la incapacidad consecuencia virtualmente necesaria de dicha expulsión. Retábales á que le negasen esta teoría, cuya solidez patentizaba con citas de ley concluyentes, y á que, admitida ella, le citasen, ó la ley, ó el precedente que, según aquélla, eran precisos; luégo, articulando demanda y réplica, les demostraba con plenitud de razones, no ya que no había la ley—que de esto el silencio de sus adversarios era la prueba mejor—sino que los usos del Parlamento eran precisamente ántes de entónces todo lo contrario del recién adoptado, como se veía por el ejemplo aducido por sus adversarios, de Walpole, cuyo verdadero sentido fijaba Junius con una lucidez extraordinaria, refutando victoriosamente los racionios en que pretendían basar su errónea interpretación, y áun sacando á la pública vergüenza los ardides de mala fe á que apelaban para más bien defender su causa. A ellos y al pueblo les recordaba que las leyes inglesas no obligaban ejecutoriamente sino cuando precedía el acuerdo en ellas de las tres ramas del poder legislativo, el pueblo, la aristocracia y la corona, representados aquéllos respectivamente por las Cámaras de los Comunes y de los Pares; y que puesto que el acuerdo, no siendo un precedente práctico, como no podía serlo, porque la Cámara se había privado por un acto reciente de adoptarlos nuevos, ni tampoco conformando con ley ó con precedentes anteriores que lo justificaran, había de ser por fuerza considerado como una ley nueva; el dejarla pasar sin correctivo equivalía á consentir que legislase una sola de las tres ramas, con lo cual se derribaba el hermoso edificio de la Constitución, basado fundamentalmente en el concierto funcional de las tres entidades legisladoras. Al pueblo le hacía ver que detras de los accidentes de forma y de las referencias personales del acuerdo, en las cuales tanto hincapié hacían sus defensores, se ocultaba un precedente por el cual quedaban á merced del poder sus derechos electorales, y llamaba su atención sobre la posibilidad de que, amparados en él, cerrase las puertas de la representación nacional á sus verdaderos elegidos, echándoles el sambenito de una expulsión, nada difícil de lograr de una mayoría servil, que los incapacitara, y diera por resultado que un solo voto á favor del candidato ministerial pudiese más que todos los votos restantes emitidos á favor del de oposición. Y, finalmente, alzando aún más la voz, la hacía llegar hasta las gradas del trono, y severa como el acento de un fiscal, airada como el grito de la patria herida, recordábale sus deberes, echábale en cara sus propensiones despóticas, hacíale presente su origen, y

allá, por entre la bruma de los tiempos, le enseñaba la cabeza de un rey colgada por los cabellos de la mano del verdugo, que expiaba sus pensamientos de tirano, hecha irrisión y ludibrio de la plebe triunfante.

Su exposición al rey pidiendo la disolución del Parlamento como castigo ó enmienda á sus arbitrariedades, incluida por medio de una especie de preterición oratoria en su carta del 19 de Diciembre de 1769, es uno de los mejores modelos de severidad y de intención, de argumentación lógica y discreción política que registra la prensa europea. Todo es en ella admirable: sus juicios, su doctrina, sus razones: siéntese como correr al través de sus conceptos un hálito de la severidad de Tácito, á vueltas de una argumentación ciceroniana y de una intención profundamente sarcástica que envidiara el mismo Aristófanes.

Aquella carta era demasiado fuerte para que la dejaran pasar desapercibida un hombre como el duque de Grafton que tenía créditos de honra pendientes contra Junius, ni un rey como Jorge que enseñaba su espada cuando se le hablaba de disolución de los Comunes, y contestaba con altivo desden que terminaba en una carcajada, al Lord mayor y á los representantes de la ciudad de Lóndres cuando en nombre de ésta abogaban á su real presencia por obtenerla. Mas como la persona del escritor continuaba oculta en las tinieblas, fué preciso hallar una víctima; la víctima fué el editor del periódico. ¿Pensarían acaso por aquel camino dar con el culpable? Difícil era, porque todo concurre á hacer creer que ni él mismo sabía de quién se trataba, segun se contaban cosas estupendas del modo como le llegaban á las manos las cartas del anónimo: además de que es probable que éste tuviese buen cuidado por entonces de no darse á conocer ni á la misma discreción, porque las prendas que había soltado eran asaz comprometedoras para consentir sin riesgo que fiase de alguién. Sea como fuere, ni se logró con la persecución de Woodfall descifrar el misterio, ni aún siquiera atemorizar á aquél lo bastante para que cerrase las puertas de su periódico al desconocido colaborador cuya preferencia era un filon para su empresa editorial. Como la efervescencia del país hacía más peligroso que en la época de Wilkes todo acto de fuerza del linaje del que contra aquél se empleara, fuéle preciso al Ministerio apelar á la jurisdicción ordinaria del Jurado, instruyendo contra el editor un procedimiento por libelo. La indulgencia, ó mejor, la que pudiéramos llamar complicidad moral de los jurados, hizo el procedimiento poco ménos que ilusorio, á pesar de todos los subterfugios y amaños legales de que se valió para restringir los límites de su intervención en el fallo, el presidente del Tribunal de derecho que colaboraba con aquéllos, Lord Mansfield.

Ni el editor del *Public Advertiser*, como hemos dicho, se amilanó, ni cejó en su campaña el formidable Junius: ántes al contrario, no ya sólo insistió en su petición, ora lanzando los

rayos de su abrasada dialéctica contra el Parlamento, cuya conducta pintaba metiendo su pincel en el lodo y tirándolo á brochazos sobre la tela de sus cartas, ora comentando con las palabras más agresivas de que era capaz su agresivo ingenio la respuesta del rey á la representación de la ciudad de Londres, sino que revolviéndose, como jinete acosado por todos lados, contra Lord Mansfield, le echaba en cara los procedimientos ilegales de que se había valido para coartar la acción del Jurado, é iniciaba con aquella ocasión una nueva campaña contra el poder y sus agentes, en la cual desplegaba una vez más sus cualidades de polemista y áun su ciencia de jurisconsulto. Verdad era que la razón la tenía de su parte, porque encerrar el veredicto de los jueces de hecho en la mera resolución sobre la certeza de la publicación del libelo por el acusado, é inhibirles del conocimiento de lo que constituía el verdadero punto de hecho, es decir, si la carta ó artículo era realmente libelo y libelo sedicioso, como se pretendía, dejando que sobre este extremo capital resolviese el Tribunal de derecho, era realmente mistificar el procedimiento y reducir á la nada las atribuciones del Jurado, de cuya institución tan fervoroso devoto se mostraba el pueblo inglés, como quien veía en ella la única salvaguardia sólida de sus derechos de hombre y de ciudadano.

Entónces y mientras su corta, pero aprovechada campaña periodística, Junius y su colega *Filo-Junius*—porque es preciso advertir que se ayudaba algunas veces de este escritor, que no era otro que él mismo, para hacer alguna observación picante á sus observaciones anteriores, atestiguando su certeza si eran sobre hechos, y si sobre razones su pertinencia,—no descuidaron ocasión alguna para lanzarse sobre su presa.

Hoy era la guardia real, que en pleno palacio de Saint-James, en el santuario del poder ejecutivo, violaba una de las leyes privadas, arrancando á viva fuerza de manos de los agentes de la autoridad judicial al mayor general Gansel en el momento de ser conducido á la cárcel por insolvente: Junius, desde las columnas del *Public Advertiser*, denunciaba al pueblo, apénas advertido, el hecho con todos sus antecedentes y por menores, bien como si hubiese sido testigo presencial, y encarecía su transcendencia y las responsabilidades que sobre los culpables pesaban, á la vez que la criminal indulgencia que desplegaba el Gobierno para con ellos, ávido de no malquistarse con aquel privilegiado cuerpo, que era el sosten más fiel del poder personal del monarca. Mañana era éste quien, con especiosos pretextos, de los cuales hacía Junius una crítica irresistible, indultaba de la pena capital que el tribunal ordinario le había infligido á un agente ó *porrista* del duque de Grafton, que llevado de un exceso de celo por los intereses de su señor, había asesinado á un elector en los comicios; allí estaba Junius, con su ojo avizor y su perspicaz ingenio, á regalarles á los unos y á los otros sus mandobles, contra cuya fortaleza no había escudo bastante resistente. Se había propuesto

ir á Roma, y con tal de llegar, todos los caminos le parecían buenos.

Tal fué—y basta ya—el Junius polemista, y áun, si se quiere, publicista, que conceptos hay en sus cartas y teorías de derecho constitucional que le asignan un merecido lugar en tan noble categoría de escritores. Distingúase especialmente por la claridad de sus exposiciones, por el enlace y la lógica de sus razonamientos, y por su traviesa habilidad en pulverizar los contrarios: tenía el prurito de buscar, en las cuestiones que su poderoso espíritu analítico elegía por tema, el lado práctico; huía de las generalidades, por cuyo medio se desnaturalizan no pocas veces las cuestiones, envolviéndolas entre nieblas, tanto como de las formas personales de que se las revestía por sus contradictores, sabiendo bien que los actos más injustos parecen justos al vulgo cuando recaen en personas indignas de su interes, ó vice-versa, justos los más injustos; y que unos y otros disfrazan aparentemente su naturaleza cuando se les sabe circuir del vano nublado de la declamacion vacía; en una palabra, proponíase colocar á su espectador en el verdadero foco de convergencia visual, ni más léjos, ni más cerca. La cita de la ley, su exegesis cuando era equívoca, su aplicabilidad ó su inaplicabilidad al caso concreto, ese era su método; método de abogado que defiende concienzudamente los intereses de su cliente, y á la vez los fueros de la ley que con aquellos coinciden. Su cliente era el pueblo: pocas veces cliente alguno ha sido mejor ni más desinteresadamente defendido.

IV.

Conocemos ya una de las fases del talento literario de Junius; réstanos ahora, para completar su retrato, estudiar otra, más característica que la anterior, y, muy probablemente, más notable todavía. Junius era un maldiciente sin rival. Honra pública y vida privada, hechos é intenciones, ideas y sentimientos, nada se veía libre de su aguijon; donde él lo hincaba manaba sangre, y en vez de dejarlo, como la abeja, en la herida, lo sacaba más dañino, más afilado que ántes, y volvía á emprender su revoloteo, pronto á hundirlo nuevamente en las carnes de su víctima. La espiritual ironía, el mordaz epigrama, el rencoroso sarcasmo, el apóstrofe sangriento, el insulto agresivo, la injuria tabernaria á veces, todos los procedimientos que la retórica consagra en sus códigos para dar forma á la invectiva y al desprecio, todos tenían en Junius un cultivador peritísimo. ¡Ay de quien caía en sus manos! Abría de par en par las puertas de su casa, y cogiendo de la mano á su lector, lo introducía dentro; precedíanle y alumbraban sus pesquisas la infamia y el vilipendio; á su luz recorría todos los aposentos, husmeaba todos los escondrijos, levantaba todos los velos; aquí, en este lado, el monstruo yacía tendido bajo la mesa del festin, revolcándose por el suelo en las bascas de la embriaguez; allí, en el otro, veíase el lecho de sus adúlteros placeres;

más allá mostrábaselo negociando con su honra y regateando por el precio; más allá vendiendo al mejor postor los destinos públicos; en diversas partes las señales del vicio; en no pocas las del crimen; las de la infamia en todas. Nada respetaba: Grafton, Granville, Draper, Luttrell, Lord North, Lord Mansfield y otros y otros, cuantos caían bajo sus garras, salían de ellas arañados, acardenalados; sus golpes caían, caían cada vez más contundentes, cada vez más terribles. No había compasión en su ánimo ni tregua en su brazo.

A nada acaso son tan aplicables como á las cartas que Junius escribió de este género, las frases con que describía el folleto político inglés el original Timon, hablando de otro escritor más moderno, de Cobbett: «El folleto británico, decía, marcado profundamente con el sello de las costumbres de su país, soez, agresivo, grosero y brutal, nunca sonríe, sino que se rie á carcajadas estrepitosas; es incoherente, desordenado, y su cólera huele á aguardiente. Sin perífrasis ni rodeos, llama las cosas por su nombre propio, forma caricaturas que presenta al público enteramente desnudas ó grotescamente ataviadas, da voces y reúne á los que pasean, quítase la camisa y descúbrese la cintura, y con los cabellos desgredados, la vista torva, cierra la mano, anda á puñetazos, hiere á su adversario en el rostro, en el cuello, en el pecho, en los lomos, le rompe los miembros, lo derriba y pisotea.»

Este, salvo el atildamiento de su estilo, este es Junius.

Figuraos ahora si habían de hallar eco sus trabajos en el pueblo inglés, aquel pueblo que se desternillaba de risa con las chocarrerías descaradamente humanas, mas por maravilla artísticas, que eructaban entre dos sublimidades trágicas los personajes de Shakspeare; que aplaudía las ruines expansiones con que Pope fustigaba á sus rivales en la *Dunciada*; que tenía lores como Richmond que en plena Cámara llamaban insolente á Pitt, y diputados como Burke que comparaban el Ministerio á un trato de prostitutas, y convirtiendo el santuario de la representación nacional en abyecta taberna, hacían de Lord North suculentos retratos personales en que el calificativo más comedido era el de persona monstruosa.

Hay en el alma del hombre un fondo de malos sentimientos que lo lleva á escuchar sin protesta la difamación y la calumnia, á sonreír ante los añicos maltrechos de una reputación ó de una honra, á servir de pedestal de la envidia y de los celos, y á gozarse en rebajar todo lo grande, en ridiculizar todo lo sublime, en salpicar de lodo el armiño ajeno. En todas las épocas, en todas las sociedades, en todas las esferas, ha habido y habrá un altar para la murmuración y multitud de devotos rindiendo párias á la infernal deidad. Hoy como ayer, mañana como hoy, donde haya tres personas, puede suponerse sin miedo á equivocación que la una murmura, la otra adhiere sin rebozo, y la tercera escucha y calla, á reserva de constituirse al doblar de la esquina en eco, y eco amplificado, del que hablaba y del que asentía. Pero hay que convenir en

que, á medida que la cultura se difunde, ya que no se altere la sustancia de este pasto, se dulcifica su agrio sabor por medio del condimento; el cuerpo es el mismo, pero se suavizan sus asperezas con el roce de una urbanidad exigente, y sin que dejen de decirse las cosas, dícense de modo que hieren tanto pero que duelen ménos. Podrá ser esto hipocresía, arabescos grabados en la hoja del puñal con un veneno corrosivo; será todo lo que se quiera, pero es así, y en puridad de verdad, vale más que así sea. Aunque la muerte no deja de ser muerte, todos preferiríamos un veneno que matase lentamente y sin dolor, á morir á hachazos.

Sin embargo, para juzgar de los actos ó de las palabras de hombres de otras épocas, es menester identificarse con ellos, y hacerse, aunque artificialmente, una atmósfera que respirar como la que ellos respiraban. ¿Quién toleraría hoy las desvergüenzas y el cínico desnudo de los cuadros que Aristófanes llevaba á las tablas de Aténas? El culpable por décupla reincidencia del delito de injurias graves ó del de estupro, abominaría de los chistes soeces y groseros de que tachonaba aquel cómico sus por otra parte admirables creaciones; y sin embargo, reíase con ellos á carcajada suelta el más culto de los pueblos de la antigüedad, aquel dechado cuyo calificativo nacional simboliza hoy todavía por antonomasia la mordacidad y la maledicencia refinadas y la intencion delicadamente encubierta.

Desde este punto de vista de época y de lugar, las cartas de Junius pierden buena parte de su gravedad. Compréndese perfectamente que á un lector que no rompe en un acceso de decoro páginas del linaje de las que Junius escribía, corresponde un escritor como éste, que recordaba complaciente el origen bastardo de los antecesores de Grafton, pintaba al desnudo la avaricia doméstica de Bedford, y le echaba en cara sin rodeos su falta completa de sentimientos de padre, y no reparaba en llamar ladrón al ladrón, traidor al traidor, é infame al infame.

Hay que advertir, sin embargo, que aún para su tiempo y para no pocos de sus conciudadanos, la libertad que campeaba en las cartas de Junius sería tenida por licencia, y por licencia nada perdonable, cuando él mismo, en diversas ocasiones, y especialmente en un prólogo que remitió á su editor á fin de que lo pusiese al frente de la edicion auténtica que le autorizaba para publicar, de todas sus cartas, procuraba vindicarse de los cargos que le habían sido dirigidos, explicando su especial manera de pensar con respecto á la mision de la prensa; y cuando, con idéntica mira, copiaba en una nota puesta al pié de una carta de Draper contra él, incluida en la misma edicion, unos párrafos de otra de Pope al doctor Arbuthnot, en los cuales se decía, entre otras cosas, que «atacar los vicios de una manera abstracta sin tocar á las personas, podía ser, en efecto, un combate sin peligro; pero que era un combate con las sombras, y un combate sin resultados prácticos;» cuya cita corroboraba el citante llamando máxima vil y contrahecha,

inventada por los bribones y hecha moneda corriente entre los necios, la que aconsejaba «atacar las medidas, pero no á las personas.»

A pesar de todas estas citas y defensas en cuya hábil explicación lucía una vez más su extraordinario talento; á pesar de todas las consideraciones de tiempo y de lugar con que más arriba hemos procurado exculpar á Junius, parécenos que el carácter moral del escritor que se ocultaba detras de aquel pseudónimo, hubo de pecar algo de ruin y de poco noble, y que el rencor, el odio personal y acaso sentimientos más bajos todavía, hubieron de ser en más de una ocasion las Musas que inspiraron sus cartas. Tal vez sea aprension sin fundamento; pero nosotros notamos en ellas que faltan el calor, la efusion de la ira noble, de la pasión ardiente, demasiado ardiente quizás en sus ataques, pero pura en su origen, legítima en sus móviles; y si al modo que el zoólogo reconstruye un animal muerto en épocas desconocidas con sólo un hueso fósil que el azar pone en sus manos, le es lícito al fisiólogo moral reconstruir un carácter con sólo una de sus manifestaciones típicas á la vista, parécenos que no ha de ser simpática por extremo la reconstrucción del alma de Junius, si se observa que en sus ataques personales nunca hace reservas favorables á sus enemigos, mientras que, cuando defiende á sus amigos, como si le doliese el alabar, es reticente, á veces ambiguo, siempre parco: odia, pero no ama; y cuando ama, tan sólo lo hace á medias.

Hay además otro dato, puramente presuntivo, es verdad; pero que algo significa si bien se considera. A juzgar por la extensión y variedad de sus conocimientos, por la elegancia de su estilo, por las prendas de toda clase que de sus cartas se desprende que adornaban á Junius, y más que todo, por lo enterado que se manifiesta de ciertos detalles íntimos de la vida pública y privada de los hombres de Estado contemporáneos, hubo de ser aquel escritor personaje de alta alcurnia, y tal vez no de los más ínfimos actores de los sucesos que historia y juzga su inimitable pluma. Esto hace probable la suposición de que le unían estrechas conexiones con varios de los personajes que peor librados salen de sus críticas, y con ella la de que tal vez no era todo amor al pueblo y á la libertad constitucional lo que le inducía á denostarlos y desacreditarlos, como los denostó y desacreditó: y por otra parte, hace parar mientes en la extraordinaria habilidad de fingimiento y de hipocresía que hubo de desplegar para mantener oculto su secreto, viviendo en un círculo en que sus cartas habían de caer, y caían efectivamente, como bombas incendiarias, y entre personas que acaso dieran para averiguar el nombre del terrible maldiciente la mitad y las dos mitades de su fortuna; tales eran los agravios que de él tenían recibidos. Esa ciencia de fingimiento, esa redomada hipocresía, ¿no son, si bien se mira, un indicio grave de ruindad de alma y de bastardía de sentimientos? ¡Figuraos un asesino ayudando á los hijos de la víctima á descubrir al culpable!

Por desgracia, no para él, sino para la curiosidad, el verdadero nombre de Junius ha quedado envuelto en las sombras del misterio, y es imposible recurrir á su biografía para hallar la confirmacion ó la refutacion de semejantes sospechas. Multitud de nombres se han traído á colacion para bautizarlo: la crítica literaria ha porfiado en esclarecer este punto; mas segun parece, todos sus esfuerzos son inútiles. Conjeturas y nada más que conjeturas. ¿Fué Sir Philipp Francis como se llegó á creer por algunos, sobre todo, despues de las eruditas disquisiciones de Lake, editor de una coleccion de prosistas ingleses, por menor explanadas en la *Disertacion* que puso al frente del tomo de las célebres *Cartas*? ¿Fuéronlo Hugues Boyd, cuyo nombre figuró al frente de las primeras traducciones francesas; Gibbon, el famoso autor de la *Historia de la decadencia y ruina del imperio romano*, Pitt, Glover ó algun otro de los varios en quienes se han querido ver semejanzas de estilo y rasgos de idiosincrasia literaria iguales á los que dejan entrever las cartas de Junius?

Sea quien fuere, ello es cierto que su autor fué no tan sólo uno de los escritores de oposicion más terribles de su tiempo, sino uno de los literatos mejores que ha producido Inglaterra; que sus mismos enemigos, áun aquellos que como William Draper y John Horne —único, y sea dicho de paso que logró casi poner en aprieto á nuestro autor, —ménos agradecidos habían de estar á sus caricias de tigre, le reconocieron en el breve curso de las polémicas personales que sostuvieron con él dotes de escritor más que superiores; y que, finalmente, sus cartas, eliminado cuanto hay en ellas personal y de momento, no ya sólo constituyen un monumento literario impercedero, sino una serie de estudios sobre derecho constitucional inglés, digna de la meditacion de todos los pensadores.

Su éxito fué y ha continuado siendo brillante, así en Inglaterra, que cuenta con numerosas ediciones de esta obra, como en los demas países donde se ha dado á conocer. Han sido vertidas varias veces á distintas lenguas, una de ellas al castellano por D. Sebastian Irure de Espoz y Mina, que publicó la version en Pamplona, año de 1849, dedicada al ilustre poeta Quintana. Es posible que haya alguna otra que no conozcamos.

V.

Tal fué Junius. La influencia que ejerció en sus contemporáneos fué extraordinaria; y aunque sus aspiraciones, sus doctrinas y la política por él defendida tardaron todavía bastantes años en salir triunfantes, y, áun entónces, sólo en parte, de manos del poder absorbente de Jorge III y de su corte, es presumible que á sus escritos, pocos en número, mas profundos en intencion é irreprochables de forma, se debió no escasa parte de la perseverancia que el pueblo inglés desplegó en la defensa de sus derechos. Acaso sin él no hubiera caído, nueve

años despues de publicada la última carta que se le conoce, el ministerio North, ni con la subida al poder de los antiguos whigs se hubiera iniciado el período de relativa libertad, y con él de tranquilidad interior, que permitió á Inglaterra recobrar el equilibrio roto por la sacudida del desprendimiento de las colonias norte-americanas, y medir sus fuerzas y acabar con el coloso del siglo; acaso tampoco, en otro orden más modesto de acontecimientos, sin la vigorosa argumentacion de Junius, hubiera logrado Wilkes, como por fin logró, ver pisoteado por su amor propio el amor propio del rey y de sus enemigos, con la anulacion del acto del Parlamento que declaró ineficaz su eleccion por el condado de Middlesex.

JUAN SARDÁ.





REVISTA CRÍTICA



COMENZARON sus trabajos las secciones de Ciencias morales y políticas y de Literatura y Artes y las cátedras del Ateneo, y la Institucion libre de enseñanza. Notables como siempre, las conferencias de esta última atraen numerosa concurrencia, ávida de escuchar la elocuente palabra de los que de ellas se han encargado, y de adquirir conocimientos nuevos y profundos en aquel importante centro de cultura, donde el pensamiento libre y la ciencia moderna hallan todavía seguro asilo. Imposibilitados por ocupaciones especiales para asistir á tan valiosas cátedras, nos limitamos á enviar entusiasta saludo á los que las desempeñan y á la noble Institucion de que tanto espera la ciencia española.

Las cátedras del Ateneo son hasta ahora poco numerosas. Solamente funcionan en la actualidad las de lenguas vivas, la de *Geología agrícola*, á cargo del infatigable profesor Sr. Vilanova; la de *Organizacion militar del imperio aleman*, donde luce sus variados conocimientos en estas materias el Sr. Vidart; la del Sr. Mestre de San Juan sobre *Aplicaciones del microscopio*; la que desempeña el Sr. Fernandez Gonzalez con la mira de criticar algunas opiniones reincidentes, y á su juicio erróneas, sobre arte y literatura; y la que desde algunos años há explica el Sr. Bravo y Tudela sobre *Historia de la elocuencia*. Los méritos de estos distinguidos profesores no bastan, sin embargo, para dar animacion á aquella cátedra, acaso porque los asuntos que han elegido no tienen el interes palpitante ó la actualidad que poseen los temas explicados en la Institucion libre. Fuerza es que el Ateneo fije su atencion en este asunto y procure dar mayor lucimiento á sus cátedras; para lo cual acaso conviniera sustituir los

cursos anuales con conferencias sueltas y excitar á los profesores para que eligieran asuntos muy nuevos y de actualidad.

La Seccion de Ciencias morales y políticas del Ateneo ha tenido el buen acuerdo de someter al debate la transcendental y pavorosa cuestion social, ya discutida en 1872 en el mismo Centro, pero de tal suerte compleja é interesante que nunca se agota ni envejece. Encargado de exponer tan delicado tema el secretario de la Seccion, señor Fernandez García, é impresionado sin duda por lo vasto y complejo de la cuestion, la dió proporciones tales que, á entenderla como él pensaba, había de ser la suma de todos los problemas que el pensamiento humano puede proponerse. Extraviado por esta opinion, exacta en el fondo, pero erróneamente entendida por el Sr. Fernandez García, planteó sucesivamente este orador, en forma discreta y agradable, el problema religioso, el científico, el jurídico y el artístico que, juntamente con el económico, constituían, á su juicio, el problema social. Presentado así el tema, ofrecía tales proporciones, que su discusion era punto ménos que imposible; por cuya razon algunos socios trataron de restringirlo, mostrando que, si bien la cuestion social se relaciona bajo múltiples aspectos con todas las cuestiones que al hombre, considerado en su vida social, se refieren, examinada bajo su aspecto concreto, reducíase al problema económico, al problema de la miseria, al problema del proletariado. Terció en este debate previo el Sr. Azcárate, dando y negando á todos una parte de razon, y declarando al cabo que la cuestion concreta que ha de debatirse es la que por el nombre (no muy exacto) de cuestion social todos entienden. Comenzó la discusion, terciando en ella los Sres. Romero Giron y Vidart, que más bien plantearon que discutieron el problema, y el Sr. Tubino, que continúa en el uso de la palabra para la sesion próxima, y que parece decidido á resolver la cuestion bajo un criterio francamente naturalista.

Ménos acertada en la eleccion de temas la mesa de la Seccion de Literatura, ha formulado el suyo preguntando si las condiciones artísticas de la oratoria se cumplen mejor en nuestros tiempos que en la edad antigua. Cuestion es esta de escaso interes de actualidad, sin condiciones para que sea objeto de un verdadero debate, y ademas insoluble á nuestro juicio; pues siendo la oratoria un arte en el cual los elementos materiales de la palabra tienen capital importancia, no es fácil juzgar discursos que no se han oido, y que, despojados de los encantos de la pronunciacion, de la accion y del gesto, son lejanas sombras de lo que en realidad serían. Todo juicio póstumo de un orador es incompleto, por lo tanto; y comparar la elocuencia de hoy con la de ayer, sin haber escuchado á sus representantes, es lo mismo que comparar los cuerpos vivos con las momias ó los esqueletos. ¿Sabemos acaso si la oratoria de un Demóstenes sería hoy insufrible para nosotros? ¿Pueden darnos idea de la fascinacion que el gran orador ejerciera, las frias páginas en que la posteridad ha reunido su

vigorous razonamientos y sus enérgicos apóstrofes? Plantear esta cuestion es resolverla ; y es bien extraño que esta solucion no se les haya ocurrido á los ilustrados individuos de la mesa de la Seccion de Literatura.

El secretario de la misma, Sr. Reus y Bahamonde, expuso el tema en una extensa Memoria, que leyó con apagada voz y monótona entonacion. Lástima es por cierto que tan ilustrado jóven desluzca sus brillantes dotes, leyendo y pronunciando tan deplorablemente sus discursos. El que con tal ocasion leyó, merecía sin duda mejor suerte; pues era erudito y bien pensado, escrito con elegancia, quizá extremada y un tanto retórica, y abundante en buenas doctrinas; pero algo inmetódico, sobrado extenso y no siempre oportuno, pues en él se trataban cuestiones que ninguna relacion inmediata tienen con el tema. Esto es, al ménos, lo que pudimos juzgar, haciendo titánicos esfuerzos para percibir la palabra del orador. No todos fueron tan felices como nosotros; y acaso por eso no obtuvo el trabajo el éxito que, á pesar de sus imperfecciones, merecía. El debate ha comenzado despues, pronunciando un discreto discurso el Sr. Bravo y Tudela.

*
* *

Escasísima en novedades bibliográficas ha sido esta quincena. A nuestra redaccion sólo han llegado dos obras: los *Cuadros y cuentos de aldea*, de los Sres. Peño-Carrero y Becker, y la novela titulada : *¡Cuatro millones!* del escritor catalan D. Eusebio Font y Moreso.

La primera de estas obras, debida sin duda á escritores noveles, carece de importancia. Tipos lugareños mal dibujados, é historietas manoseadas y vulgares; sentimentalismo de relumbron, y lenguaje enfático, lleno de esas imágenes que pudieran llamarse *de repertorio*, y de todo género de lugares comunes; hé aquí lo que la crítica descubre en este libro, escrito con la inexperiencia propia de los pocos años, y falto por completo de condiciones literarias.

No ha sido muy afortunado tampoco el autor de la novela *¡Cuatro millones!* Su argumento no ofrece novedad alguna; nada más sabido que la eterna historia de la mujer interesada y ambiciosa que sacrifica el amor al lucro y olvida al amante que la adora, por obtener os millones de un viejo opulento, á quien vende, cual torpe meretriz, su mano. Tampoco es nuevo el contraste entre esta mujer y la amante modesta y virtuosa, que sufre en silencio el desvío del objeto de su amor, apasionado de la ambiciosa, y vuelto al cabo al buen camino, merced al desengaño sufrido y á la noble conducta de la que verdaderamente le ama. El Sr. Font debió buscar recursos más nuevos para condenar el amor interesado, y ya que no los buscara, debió dar mayor interes y movimiento á la accion, descargarla de prolijas descripciones y digresiones, aunque bien pensadas, inoportunas, y dar al diálogo más animacion y colorido, y al lenguaje mayor naturali-

dad y sencillez. De esta suerte tendrían más relieve los caracteres, generalmente bien pintados, de su obra, y más lucimiento el lenguaje, casi siempre esmerado y correcto, en que está escrita.

*
* *

La inconstancia de los afectos humanos dió márgen al escritor francés Cárlos Monselet para escribir un delicioso cuento, que no ha mucho tiempo tradujo, ó mejor dicho, arregló el Sr. Blasco con el título *Viaje redondo*. En este cuento, una sortija regalada por una esposa adúltera á su cómplice, va corriendo de mano en mano hasta regresar, por extraña casualidad, al punto de donde partiera. Igual asunto trató (convirtiendo en flor la sortija) el Sr. Campoamor en su pequeño poema *Las flores vuelan*, no sabemos si inspirándose tambien en el cuento de Monselet; y este asunto, tan traído y llevado, es asimismo el argumento de la nueva comedia del Sr. Blasco *La Rosa Amarilla*.

No es mucha, por tanto, la originalidad que ha demostrado el Sr. Blasco en su última comedia. Verdad es que no son nuevos estos procedimientos en el Sr. Blasco, que ya en *El Pañuelo Blanco* puso á contribucion un delicioso proverbio de Musset; pero el Sr. Blasco dirá á esto que lo mismo hacía Shakspeare, lo cual no impide que el autor del *Hamlet*, con no haber inventado un solo argumento, sea el más original de todos los dramáticos. Es cierto, y por eso no censuramos al Sr. Blasco, que ha tenido el acierto de dar novedad en *La Rosa Amarilla* al mencionado cuento de Monselet.

Que la verosimilitud no queda muy bien parada en *La Rosa Amarilla*, es cosa evidente; que las casualidades en que se basa su intriga son demasiadas casualidades, no lo es ménos; que en los personajes hay mucha exageracion, y en ocasiones caricatura, tambien lo es; y sin embargo, no es posible negar que *La Rosa Amarilla* es una de las mejores producciones del Sr. Blasco, y que el éxito que ha alcanzado ha sido merecido.

¿Por qué? Porque dado el género á que pertenece *La Rosa Amarilla*, es indudable que esta produccion llena todas las condiciones que se le pueden exigir. *La Rosa Amarilla* es un juguete sin pretensiones, cuyo objeto exclusivo es hacer reir, y siempre que en semejante género de obras se logra este objeto, sin mengua notoria del arte y de la moral, fuerza es aplaudirlas. En casos tales la cantidad de *vis cómica* es al modo de un velo que cubre todas las faltas que en la obra pueden hallarse; y el público, que ha ido á reir y se ha reido sin verse ofendido en su decoro, ni advertir que se haya cometido grave desafuero contra el sentido comun y el buen gusto, tiene perfecto derecho para aplaudir y afirmar que la obra es buena.

En pocas producciones ha derramado tan abundoso raudal de chistes el Sr. Blasco como en *La Rosa Amarilla*. Las cómicas é ingeniosas, aunque inverosímiles situaciones que la constituyen; las

festivas ocurrencias que la esmaltan; la facilidad de su diálogo y la ligereza de su elegante versificación, bastan para hacer olvidar sus defectos y conservar perpetuamente la risa en los labios del espectador, cuyo regocijo no tiene límites ante tan inagotable vena cómica. Y siendo así ¿cómo la crítica no ha de sentirse desarmada y cómo ha de ser severo el que no cesó de reír en toda la representación?

La ejecución de *La Rosa Amarilla* ofreció el acabado conjunto que siempre ofrecen las representaciones del Teatro de la Comedia. Acaso no hay en Madrid compañía mejor organizada que la dirigida por el Sr. Mario. Pocos de sus individuos son verdaderas notabilidades, y sin embargo, están tan bien combinadas sus especiales aptitudes, trabajan con tal celo, se ayudan con tanta inteligencia, y se amoldan con tal docilidad á desempeñar todo linaje de papeles, que cada representación es un cuadro perfecto en que nada desentona y todo concurre á la belleza del conjunto. Distribúyense allí con acierto los papeles, ensáyense y estúdiense con cuidado las obras, favorecen los distinguidos á los medianos, estímúlanse éstos y se acrecen, y á sí propios se exceden al contacto de aquéllos, y colaborando todos con igual celo y dentro de su esfera á la obra comun, no hay obra que se desluzca por el desempeño, y no pocas veces, gracias á él, se libran de merecido naufragio execrables producciones. Así se organizan las compañías, así se dirigen, así contribuyen al lustre de la escena.

En la ejecución de *La Rosa Amarilla* todos los actores trabajaron con inteligencia y celo. Dolores Fernandez interpretó admirablemente su personaje, quizá el más verdadero y mejor trazado de la obra; la señorita Morera desempeñó su papel con suma verdad y no poca gracia; la señorita Ballesteros ejecutó con acierto el suyo; Mario caracterizó con perfeccion el cómico tipo que le cupo en suerte; Julian Romea se distinguió tambien; y el Sr. Aguirre, á pesar de ser uno de los más endebles elementos de la compañía, nada dejó que desear.

Una advertencia debemos hacer, sin embargo, á los actores de la Comedia. Sea por condiciones del local, sea por culpa de los artistas, es lo cierto que los que concurrimos á aquel coliseo advertimos con frecuencia que no se oye bien á los actores. Si á la primera causa mencionada se debe ésto, nada tenemos que decir; si á la segunda nos creemos con derecho para reclamar de los actores que eleven más la voz, ó al ménos que cuiden de articular con mayor claridad las palabras. Los que hablan en público no deben olvidar que la primera condicion para hacerse oír, no tanto consiste en extender y ahuecar la voz, como en articular clara y distintamente los sonidos. Constantes y repetidos ejercicios de vocalizacion serían convenientes para el caso, y á ellos debieran dedicar parte de su tiempo los actores y los oradores.

En el teatro que nos ocupa se ha representado tambien un nuevo

sainete del Sr. D. Ricardo de la Vega, titulado *Vega, peluquero*. No faltan en él gracia y verdad; pero el escaso movimiento de su acción le hace inferior á los demas sainetes del Sr. Vega. La ejecución de esta obra fué inmejorable.

Una nueva producción del Sr. García Gutierrez se ha puesto en escena en el Teatro Español. Dolor y vergüenza produjo en nuestro ánimo el espectáculo que ofrecía el coliseo en la noche de la primera representación. Escasa concurrencia lo ocupaba; á ménos de su precio ofrecían localidades los revendedores. ¡Y era una obra de García Gutierrez la que se estrenaba! ¡Y entre tanto rebosarían de gente los teatros de Novedades y de Apolo! ¡Qué pensar de un público que se desdeña de oír una obra del autor de *Venganza catalana*, y acude, ébrio de sensualidad, á contemplar las formas de Miss Leona ó á escuchar los dislates de los Bufos?

Un cuento de niños se titula la última producción del Sr. García Gutierrez. Digámoslo con respetuosa franqueza: el Sr. García Gutierrez no ha estado afortunado en esta obra. Despojándola de esa brillante versificación que caracteriza á toda producción del gran poeta, nada queda en ella que no sea digno de censura. Las bruscas transiciones de lo cómico á lo dramático, que en ella se observan, impiden que el espectador experimente una emoción profunda y duradera. Si un rasgo dramático le hace sentir, un rasgo cómico interrumpe de repente la emoción y le obliga á reír; y apenas ha terminado la risa, cuando otro incidente dramático cambia de improviso el curso de sus impresiones. Llevado de este modo de extremo á extremo, el espectador no puede interesarse seriamente por la obra.

A esto debe agregarse la falsedad de la mayoría de los caracteres, que no están vaciados en un molde humano. Aquel anciano caduco, ridículo maniático á veces, austero y trágico carácter otras, que tan rápidamente y sin justificado motivo perdona la más sangrienta de las ofensas, y que en treinta años no ha concebido sospechas que el más menguado entendimiento concibiera, está fuera de la naturaleza humana, y de la verdad dramática por tanto. No lo está ménos el que juzga reparar faltas que no pueden repararse y hacerse perdonar ofensas que nunca se perdonan, casando á la hija del ofensor con el hijo del ofendido, y pretendiendo sacrificar á fines egoistas la felicidad de la que le debe el sér. No se explican tampoco la facilidad con que el protagonista de la obra se deja conquistar en breves momentos por los acordes de un piano y la lectura de un cuento, y la blandura que con todos tiene quien, sin razón ni justicia, es tan implacable con su hijo. Inútil es el acto primero, exposición oscura que nada explica y á nada conduce; violento y mal preparado el desenlace; mal conducida y fundada en poco verosímiles recursos la intriga. Un carácter cómico bien trazado (el ama de gobierno); algunas escenas sentidas; una versificación brillante y un animado y

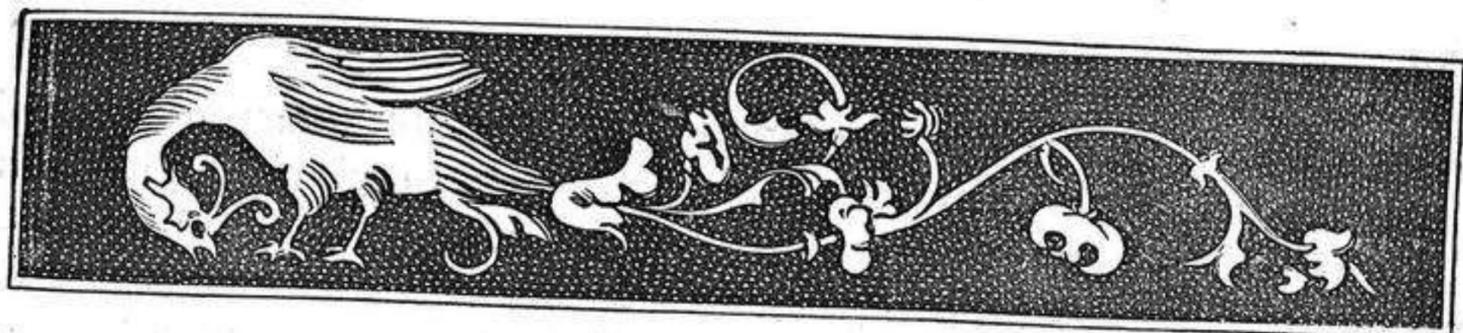
bello diálogo, no bastan á oscurecer los graves defectos de *Un cuento de niños*.

La ejecucion de esta obra ha sido excelente por parte del Sr. Valero. Las Sras. Contreras y Fenoquio desempeñaron con acierto su parte, y el Sr. Parreño dijo con discrecion la suya. Los demas actores contribuyeron al conjunto.

En el mismo coliseo se ha estrenado una pieza cómica del Sr. Estremera, titulada *Hay entresuelo*, muy inverosímil, pero escrita con gracia, y bien desempeñada por los actores, entre los cuales se distinguió, como de costumbre, el Sr. Fernandez.

M. DE LA REVILLA.





CRÓNICA MUSICAL

Teatro Real.—Los últimos sucesos.—Primera representacion de la *Dinorah*.

LA cuestion magna, la cuestion palpitante y capital que, pasando de los centros filarmónicos, ha preocupado á todo Madrid en estos últimos dias, constituyendo un verdadero escándalo, ha sido la de los ruidosos sucesos ocurridos en el Teatro de la Opera, con ocasion de las tormentosas representaciones de *Aida* y *Favorita*, despues de la no bastante justificada clausura de ocho dias, que nosotros ya indicábamos en nuestra última revista. Sucesos que no nos han sorprendido, por cierto, que preveíamos hace algun tiempo, como seguramente los preveían todos cuantos siguen con atencion el movimiento musical que viene verificándose desde que el regio teatro está á cargo de la actual empresa, y que juzgábamos inevitables en vista de la desacertada direccion en los espectáculos ofrecidos al público, y ante la incalificable conducta seguida por un empresario á quien se le toleran abusos como los que hemos presenciado últimamente, con detrimento del arte y menoscabo de los intereses de cuantos acuden á este coliseo, dignos, por cierto, de otras consideraciones y otros respetos de los que hasta aquí se les han manifestado. Somos enemigos de reconvenciones, y nos agrada muy poco hacer

alarde de catonismo para con nadie; pero ante ocurrencias de la especie que hoy presenciarnos, ante una manifestacion tan elocuente y significativa, es imposible que hoy ocultemos nuestro desagrado. No hay para qué ocultarlo; la culpa de todos estos escándalos, de estas manifestaciones poco cultas, sin duda, pero necesarias hoy, no la tiene nadie más que la empresa; la primera que ha faltado á sus compromisos para con el público, y particularmente con sus abonados, con los cuales tiene especiales deberes que cumplir, y la primera tambien que con sus mismos abusos ha provocado la indignacion del público más sufrido y tolerante, víctima hasta aquí de todos sus consentidos desaciertos y de todas sus mal permitidas inconveniencias. No apadrinamos el escándalo, no somos partidarios de cierta clase de demostraciones, que siempre dicen mal en favor de la buena educacion y de la cultura de quien las lleva á cabo; pero en ocasiones como las que han sido provocadas las que se han presenciado en el Teatro Real, en momentos críticos, como lo son realmente, si no están plenamente justificadas, merecen por lo ménos una dispensa, en atencion al gran número de razones que las han motivado. Se trata de resentimientos arraigados por el tiempo, de faltas cometidas por la empresa que dirige y explota desde hace muchos años el primer teatro lírico de España, el más concurrido, el de más rendimientos, con un abono que traspasa los límites de lo inverosímil; un teatro de ganancias positivas siempre y en todo tiempo, aún en las épocas más calamitosas para todas las empresas de espectáculos, y que no le aventaja ninguno de los existentes en Madrid, en concurrencia y proteccion por todas las clases sociales, desde el opulento banquero hasta el más apurado estudiante; se trata de un teatro que, si tiene grandes gastos, tiene mayores ingresos para cubrirlos y atenderlos; sin faltar á las exigencias del gran arte que allí se cultiva y sin privar al público de sus naturales y justos deseos; de un teatro que permite, por sus condiciones especiales, presentar los espectáculos como en ningun otro coliseo, con esplendor y magnificencia, con lujo y grandiosidad, segun exigen las grandes obras del repertorio moderno; se trata, por fin, de una empresa que, faltando á las condiciones de un contrato solemne que debe cumplir en todas sus partes, no tan sólo ha prescindido y hecho caso omiso de todas ellas, hace mucho tiempo, sino que olvida sus deberes para con el público y su compromiso para con los abonados, convirtiendo el templo del arte en campo de explotacion, y lleva su absoluta independendia y arbitrariedad hasta el extremo de prescindir de los derechos de todos en beneficio de su exclusiva personalidad y propio egoismo. La protesta ante tales circunstancias era incontestable, necesaria. Los abusos tienen tambien su límite. El público no podía tolerar por más tiempo que así se lastimaran sus derechos, ni que quedaran tampoco perjudicados por un momento los intereses de su arte predilecto. Pensamos que esta manifestacion

nos degrada por la forma y no nos favorece nada ante el mundo culto, pero nos eleva en cambio por la significacion que envuelve, no ménos que por el móvil levantado y noble que la ha llevado á cabo. Por lo ménos se ha demostrado con elocuencia que nuestro gusto y nuestras aficiones no se han degradado ni pervertido hasta el punto de consentir espectáculos indignos de uno de los primeros teatros líricos del mundo, que ha sabido conquistarse el puesto que hoy tiene y la reputacion que goza, en fuerza de ser tambien el público que le frecuenta tan respetable é inteligente como ilustrado y justo. Era una cuestion que tenía que resolverse necesariamente por un desenlace fatal, por más que la prudencia de los *dilettantis* tratase de evitarlo, sufriendo resignadamente un dia y otro faltas y abusos de la entidad que todos conocemos. Hoy las cosas habían llegado á un estado verdaderamente insoportable. El Teatro de la Opera jamás había estado en tal situacion ni tan desacertadamente dirigido, y el público ha tenido que hacer esta protesta.

Ignoramos los resultados que se obtendrán en favor del público y las ventajas que de tal manifestacion podrán resultar para el arte. Posible es que sea más el ruido que las nueces, y que la empresa, siempre incorregible, continúe por el camino que ha seguido hasta aquí, si la autoridad, preocupada con otros asuntos más positivos y trascendentales, no interviene de una manera directa y con energía en una cuestion que es de rigurosa justicia. De todos modos, creemos no serán tan estériles y de tan poca importancia los últimos sucesos, que dejen de reportar alguna utilidad para el arte mismo, y hasta para los mismos aficionados. La empresa no puede prescindir de tomar una resolucioin para realizar sus compromisos; tiene que mirar el porvenir y pensar seriamente en el camino que aún le queda por andar hasta el último dia de la temporada. El ridículo en que se ha puesto no debe haberle seducido tanto, para que quiera otra vez ser víctima de él de la manera que en esta ocasion lo ha sido ante un público tan numeroso. Esperamos, por consiguiente, que el Teatro Real recobrará pronto todo su esplendor, y que la empresa, empleando su discrecion y buen talento, como en otras ocasiones ha sabido hacerlo, procurará que el arte primero, y sus abonados con el público despues, vean realizado su ideal, atendidos sus deseos y respetados sus justos y respetables derechos.

* * *

Dinorah, esa deliciosa égloga musical, producto de los últimos años del ilustre maestro berlinés, inspirada creacion que la crítica ha colocado ya entre las primeras producciones artísticas de su género, es la última novedad ofrecida á los *dilettantis* por la empresa del coliseo de la plaza de Oriente en estos dias. Nuestros lectores, que conocen la admiracion que el público madrileño que asiste á la ópera profesa al inmortal autor del *Profeta*, y saben el lugar que hoy

ocupa para los verdaderos *amateurs*, comprenderán sin gran esfuerzo el gusto con que sería acogida esta representación desde el momento en que fué anunciada en los carteles. Conocida y apreciada por todos desde que la distinguida artista señora Ortolani creó el tipo poético de Barbier y Carré, haciéndonos sentir con la magia de su singular talento todo el encanto y todas las bellezas que el genio creador de Meyerbeer ha acumulado en este caprichoso *spartito*, la *Dinorah* no ha dejado de figurar en el repertorio corriente de las temporadas anteriores, obteniendo desde hace ocho años un éxito siempre igual, que le ha asegurado una vida larga en el porvenir, como ha sucedido con las demás obras del mismo maestro, hoy escuchadas con preferencia á cuantas se cantan de ordinario en el aristocrático teatro. Sin ser una producción de grandes proporciones, de esas que el gran compositor desarrollaba en la severa forma que corresponde al drama histórico, como los *Hugonotes* ó el *Profeta*, la *Dinorah* es de una idealidad y de una fantasía tan encantadoras, que constituye un verdadero poema musical, saturado del perfume agreste que se aspira en las ásperas montañas bretonas, donde está inspirada, lleno de novedades melódicas, de extrañas armonías, y revestido de una instrumentación de lo más variado y característico. Descendiendo Meyerbeer de las elevadas regiones de la historia y la filosofía, donde se resuelven los grandes conflictos sociales y las pasiones humanas que han conmovido al mundo, parece como que quiere colocarse ahora al lado de los sencillos aldeanos y pastores, con el fin de idealizar la vida dulce y tranquila del campo cantando los más tiernos y espontáneos sentimientos del corazón á propósito de la leyenda bretona que constituye el asunto dramático de su obra. Es un nuevo derrotero que se abre á la reflexiva fantasía del autor de *Roberto el Diabolo*, común y muy corriente entre los artistas del genio de Meyerbeer, compatible sin duda con su carácter austero y monacal, y que tiene su explicación sabiendo, sobre todo, la edad y estado delicado de salud en que se encontraba al escribir esta partitura el distinguido maestro. Cómo Meyerbeer consigue realizar su nueva aspiración y lleva á cabo el pensamiento poético del libro de Barbier y Carré, no necesitamos decírselo á nuestros lectores, que tan bien conocen esta obra, ni juzgamos oportuno consignarlo en esta Revista. La *Dinorah*, como composición musical, está suficientemente juzgada, para que nosotros ahora nos detengamos en hacer una crítica minuciosa, que no podría nunca ser más que una repetición de cuanto se ha escrito sobre su mérito hasta el presente.

Es por lo demás una composición que retrata de un modo singular y perfecto toda la personalidad de Meyerbeer, por más que en ella descubramos otro carácter, que no es el predominante en sus demás obras. Bajo el punto de vista de su forma y procedimientos, de su estructura y estilo, no oculta la paternidad y el origen. Tras aquella soberbia *sinfonía*, idilio musical eminentemente descriptivo, tan

sábiamente dispuesto y combinado con todos sus efectos, como resuelto de la manera más grata y conveniente; de los magníficos *tercettos* de los dos actos primeros; los dos duos del primero y tercero entre Dinorah y Corentino, y entre Hoel y Dinorah, el *aria* de la *sombra*, las *canciones* en el tercero del cazador, el segador y las pastoras, y la sentidísima *romanza* de barítono; tras los coros, en fin, llenos de expresion y carácter, de originalidad y poesía, que forman una verdadera pastoral, no puede ocultarse otra figura que la de Meyerbeer, verdadero genio del arte, cuyas aptitudes musicales se revelan en todas sus obras, en esas obras que son sublimes ó impercederos monumentos que le inmortalizarán ante la posteridad, como hoy son objeto de la admiracion de todos. *Dinorah*, para concluir, es una ópera que figurará siempre en cualquier repertorio, y será escuchada con gusto mientras haya artistas que sepan interpretar las innumerables bellezas que contiene con ese espíritu y sentimiento que exigen las verdaderas obras de arte, y sobre todo las del arte musical.

Por lo demas, la ejecucion que ahora ha obtenido, si no exenta de algunos lunares, que nadie mejor que sus mismos intérpretes conocen, merece consignarse aquí bajo el punto de vista de su conjunto y juzgada en totalidad. La señora Rubini, que es una artista de facultades nada comunes, tanto escénicas como vocales, y posee el difícil arte del canto en grado nada vulgar, tuvo momentos de verdadera inspiracion, especialmente en el *aria de la sombra*, que dijo con gusto y sentimiento, y en el duo final que caracterizó con verdadera expresion, prestándole todo ese profundo carácter religioso y solemne que Meyerbeer le ha prestado en la *particella*. Una pequeña parte del público, cuya inteligencia musical todavía no hemos comprendido, quiso demostrar su desagrado á esta simpática artista al terminar su *aria* del segundo acto; pero la mayoría, que aprecia el mérito sin pasion y le aplaude allí donde le encuentra, sofocó con un aplauso nutridísimo aquella inconveniente protesta, llamando á la escena á la señora Rubini, que se vió precisada á presentarse dos veces á instancias de los espectadores. Bresciani, que estaba encargado de la parte de Corentino, nos ha parecido el mejor intérprete de cuantos tenores han desempeñado este personaje en el Teatro Real. Sin exagerar el carácter cómico de su papel, dando al canto y á la frase el giro adecuado y conveniente, y amoldándose á las exigencias de la misma partitura en lo que se refiere á la entonacion variada de sus diferentes situaciones, ha conseguido, en nuestro concepto, realizar el verdadero tipo del meticoloso aldeano breton, y, por consiguiente, el pensamiento de Meyerbeer. Con más buena voluntad que suficiencia de medios llevó á cabo el barítono Grazziani la interpretacion difícilísima del apasionado amante de Dinorah, sin obtener el resultado que hubiera sido de desear. Aparte de la *romanza* del tercer acto, que cantó con gusto y sentimiento, nada hizo durante la re-

presentacion que no sirviese para mostrarnos la decadencia y debilidad de su órgano vocal de la manera más elocuente. Los restantes artistas que toman parte en esta ópera con carácter secundario, los coros y la orquesta no hicieron más que cumplir; pero sin hacer esfuerzo ninguno porque la *Dinorah* tuviese un verdadero éxito. Esto es cuanto hay que decir hoy de la primera representacion de la obra de Meyerbeer. Se anuncia *La Africana* para ponerla en escena á la mayor brevedad. Celebraremos sea mejor recibida que su hermana.

J. E. Y GOMEZ.

28 Noviembre 1876.



Madrid 30 de Noviembre de 1877.

Propietarios gerentes: **PEROJO HERMANOS.**

TIPOGRAF.-ESTEREOTIPÍA PEROJO
Mendizabal, 64